

# MUSEO NACIONAL

MINISTERIO DE EDUCACION PUBLICA

SAN JOSE DE COSTA RICA

::

MARZO DE 1955



## HISTORIA DE LAS TRAVESIAS de la CORDILLERA DE TALAMANCA por el LIC. MAINRAD KOHKEMPER M.

HISTORIA DE LAS TRAVESIAS

—— DE LA ——

CORDILLERA DE TALAMANCA

## JUNTA ADMINISTRATIVA DEL MUSEO NACIONAL

Señora Doris Stone  
Presidenta

Lic. Raúl Gudián  
Vicepresidente

Sra. Margarita O. de Macaya  
Secretaria

Sr. Santiago Crespo  
Tesorero

### VOCALES

Sr. Francisco Amighetti

Sr. Carlos Balser

Sra. Lottie de González

Ing. Fabio Gongora

Sr. Jaime Tormo

Sr. André Challe

Sr. George Lyon

### PERSONAL

Ing. Alfonso Jiménez Muñoz  
Museólogo

Prof. Carlos Meléndez  
Antropólogo

Prof. Noemí Morales  
Secretaria-Administradora

Srta. Rose Marie Campos  
Aux. Secretaria

## *P*resentación

*La Junta Administrativa del Museo Nacional de Costa Rica, en su afán de contribuir a toda obra que tienda a dar a conocer algo del ambiente nacional, ha patrocinado la publicación de "La Historia de Las Travesías de la Cordillera de Talamanca".*

*Sin tratarse de un trabajo científico, en el verdadero sentido de la palabra, sino más bien de un "Diario de Viaje", el autor ha detallado cada incidente en forma simple y humana. Pero en medio de la narración extensa de sus aventuras, el Licenciado Kohkemper nos da muchos datos etnológicos de las gentes del Sur de Costa Rica que, sin duda alguna, serán de gran interés para el lector. Puede considerarse también este trabajo como un estudio geográfico y, ha de ser para quienes lo lean, como un viaje imaginario por las altas y abruptas cordilleras, los caudalosos ríos y los densos bosques de esa porción del territorio nacional.*

*Como introducción a su trabajo, el autor detalla brevemente todas y cada una de las expediciones llevadas a cabo para tramon-  
tar la Cordillera de Talamanca, lo que en sí mismo constituye un  
trabajo de gran valor histórico.*

*El lector sabrá dar mérito a la devoción y cariño con que  
su autor ha preparado este trabajo.*

*Junta Administrativa del  
Museo Nacional de Costa Rica.*

*San José, Dic. 3 de 1954.*



## *Introducción*

*La lectura del libro "Viajes a Varias Partes de la República de Costa Rica" por el Dr. Bernardo Augusto Thiel, anotado y publicado por el Sr. Henri F. Pittier, que editó el Sr. José Francisco Trejos Q. en 1927 como primer tomo de su "Biblioteca Patria", despertó en mi ánimo de joven boy-scout el deseo de llevar a cabo, alguna vez, la muy penosa e interesante expedición: LA TRAVE-  
STA DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA.*

*Durante cerca de veinte años acaricié tal proyecto, siendo mi sueño dorado el conocer a nuestros indios de una y otra vertiente, estudiar sus costumbres y problemas; internarme por varios días en la espesa montaña, como lo habían hecho los valientes conquistadores españoles y el imponderable Monseñor Thiel; y tramontar el macizo de la Cordillera de Talamanca viniendo desde la costa Atlántica para llegar a Buenos Aires, en la vertiente del Pacífico.*

*Para establecer contactos y estudiar las posibilidades de la travesía, visité en febrero de 1946 los pueblos de Volcán, Buenos Aires y Ujarrás, en la vertiente occidental del país, y en febrero de 1952 los pueblos indios de Uatsí, Suretka, Katsi, Sipurio, Tún-sula y Amubre, de la Baja Talamanca en la vertiente oriental. A mi juicio, lo único que restaba era reunir los compañeros y financiar los gastos que el viaje demandaba, y la suerte me favoreció cuando el Sr. Portocarrero, Gobernador de la Provincia de Limón, sabedor de mis anhelos, me hizo extensiva su invitación para participar en la expedición que estaba proyectando a Talamanca.*

*La reseña de nuestro viaje con todas las experiencias y observaciones, a veces llenas de pequeños detalles que constituyen la vida misma en un "safari" de esta clase, la he redactado sin pretensiones de ningún género y dejándome llevar por el entusiasmo*

*lógico de un explorador y campista, con el objeto de informar y estimular a otras personas a realizar esta interesante travesía*

*La Junta Administrativa del Museo Nacional tuvo a bien aprobar mi trabajo y patrocinar su publicación como obra de divulgación de esa Institución.*

*No quiero cerrar mi Introducción sin hacer público mi agradecimiento a la Sra. Doris Stone, Presidenta de la Junta, quien realizó la travesía en 1947 y quien conociendo, más que nadie, la vida y costumbres de nuestros indígenas, me ha alentado a publicar este trabajo, aprobando así mi labor.*

*También quiero agradecer a la Srta. Noemí Morales, Secretaria-Administradora del Museo Nacional su valiosa ayuda en el arreglo y corrección de mi manuscrito.*

*Y finalmente hago extensivo mi agradecimiento a la Junta Administradora del Museo Nacional, por haber hecho posible la publicación de mi trabajo que someto a la benevolencia del lector.*

*Lic. Mainrad Kohkemper Meza.*

*San José, Costa Rica, 6 de junio de 1954.*





## INDICE CRONOLOGICO DE LAS TRAVESIAS DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA

|                 |                                                           |                        |
|-----------------|-----------------------------------------------------------|------------------------|
| 1 <sup>a</sup>  | Juan Vázquez de Coronado                                  | Enero de 1564          |
| 2 <sup>a</sup>  | Perafán de Ribera                                         | Enero de 1570          |
| 3 <sup>a</sup>  | Juan Cabral y Pedro Flores                                | 1591                   |
| 4 <sup>a</sup>  | Fray Pablo de Rebullida                                   | 1700                   |
| 5 <sup>a</sup>  | Lorenzo de Granda y Balbín                                | Febrero de 1710        |
| 6 <sup>a</sup>  | Capitán Pedro Rodríguez                                   | 1748                   |
| 7 <sup>a</sup>  | Fray Juan Mendijur                                        | 1748                   |
| 8 <sup>a</sup>  | Francisco Fernández de la Pastora y<br>Fray Juan Mendijur | Julio de 1748          |
| 9 <sup>a</sup>  | Travesía de los Terbis en masa                            | Marzo de 1761          |
| 10 <sup>a</sup> | Jesús Bonilla desde Chiriquí                              | 1875                   |
| 11 <sup>a</sup> | 1 <sup>a</sup> Travesía del Obispo Thiel: Oeste a Este    | 1881                   |
| 12 <sup>a</sup> | Las infatigables correrías de Henri F. Pittier            | 1887 a 1903            |
| 13 <sup>a</sup> | 2 <sup>a</sup> Travesía del Obispo Thiel: Este a Oeste    | 1889 a 1890            |
| 14 <sup>a</sup> | Travesía del Conde Mauricio de Périgny                    | 1912                   |
| 15 <sup>a</sup> | Las dos travesías del Obispo Blessing                     | 1916 y 1923            |
| 16 <sup>a</sup> | La doble travesía de José Ana Granados V.                 | 14 Mayo 1923           |
| 17 <sup>a</sup> | Pío Acuña Chaves y compañeros                             | 1924                   |
| 18 <sup>a</sup> | La Expedición científica de la Sra. Doris Stone           | 9 al 24 setiembre 1947 |
| 19 <sup>a</sup> | La Expedición del Gobernador Portocarrero                 | 12 al 25 marzo 1954    |

# CONTENIDO

|                                                                    | Página |
|--------------------------------------------------------------------|--------|
| Presentación .....                                                 | 3      |
| Introducción .....                                                 | 4      |
| Índice cronológico de las Travesías de la Cordillera de Talamanca. | 7      |

## CAPITULO I

### TRAVESIAS HISTORICAS DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA:

1. Antecedentes históricos. 2. Juan Vázquez de Coronado (1564).
3. Perafán de Ribera (1570). 4. Juan Cabrial y Pedro Flores (1591).
5. Fray Pablo de Rebullida (1700). 6. Lorenzo de Granda y Balbín (1710).
7. Capitán Pedro Rodríguez (1748). 8. Fray Juan Mendijur (1748).
9. Francisco Fernández de la Pastora y Fray Juan Mendijur (1748). 10. Travesía de los Terbis en masa (1761).
11. Las correrías de los buscadores de oro (1843 a 1870). 12. Jesús Bonilla desde Chiriquí (1875) .... 11

## CAPITULO II

### LAS TRAVESIAS DEL OBISPO BERNARDO AUGUSTO THIEL:

13. Primera Travesía del Obispo Thiel: Oeste a Este (1881).
14. Las infatigables correrías de Henri F. Pittier (1887 a 1903).
15. Segunda Travesía del Obispo Thiel: Este a Oeste (1889 a 1890).
16. De Moravia a Chirripó. 17. De Chirripó a Sipurio.
18. De Sipurio a Buenos Aires ..... 19

## CAPITULO III

### TRAVESIAS DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA EN EL SIGLO XX

19. Travesía del Conde Mauricio de Périgny (1912).
20. Las dos travesías del Obispo Agustín Blessing (1916 y 1923).
21. La doble travesía de José Ana Granados Vargas (14 mayo 1923).
22. La travesía de Pío Acuña Chaves y compañeros en 1924.
23. La Expedición científica de la Señora Doris Stone (9 al 24 setiembre 1947) ..... 31

## CAPITULO IV

### LA EXPEDICION DEL GOBERNADOR PORTOCARRERO: (12 al 25 marzo 1954)

24. Orígenes. 25. Salida de San José, comestibles, equipo y trastos. 26. Botiquines con medicinas. 27. Comienza el viaje. 28. En vuelo a Sixaola. 29. El puente, el ferrocarril y el Resguardo de Sixaola. 30. Las fincas de cacao de la Compañía Bananera. 31. Nuestra llegada a Volio y sus demandas. 32. De Volio a Piedra Grande. 33. La navegación por el Río Sixaola. 34. Suretka. 38

## CAPITULO V

### VISITA A LOS PUEBLOS INDIOS DEL SUR DE LA BAJA TALAMANCA:

35. Excursión a Urén, Túnsula, Katsi, Amubre y Sipurio. El campo de aterrizaje y el Namú-Uoki. 36. Sipurio y la Obra de Monseñor Thiel. 37. La llegada del Embajador Norteamericano a Suretka ..... 53

## CAPITULO VI

### VIAJE A LOS PUEBLOS INDIOS DEL ALTO COEN Y CABECAR:

38. Puerto Lari, Brisbeta y el ascenso del Piste. 39. Quichúguecha, el sukia Santiago Lec y su palenque. 40. Tipos fisonómicos y carácter de los indios. 41. La alimentación de los indios. 42. Parlamentaciones y preparativos para la travesía. 43. Viaje a San José Cabécar y a Cúrguicha. 44. Los indios cargueros ..... 63

## CAPITULO VII

### CRUCE DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA:

45. Ascenso del Búkku y su cima Hákku. 46. Del Búkku al Río Lari. 47. Del Lari al Coen y al Río Lori. 48. Del Campamento del Lori a Hákku y a Chibugra. 49. De Chibugra a Ujarrás y Buenos Aires. 50. Conclusión ..... 82



## CAPITULO I

# TRAVESIAS HISTORICAS DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA

- 1.—Antecedentes históricos.
- 2.—Juan Vázquez de Coronado (1564).
- 3.—Perafán de Ribera (1570).
- 4.—Juan Cabral y Pedro Flores (1591).
- 5.—Fray Pablo de Rebullida (1700).
- 6.—Lorenzo de Granda y Balbín (1710).
- 7.—Capitán Pedro Rodríguez (1748).
- 8.—Fray Juan Mendiúur (1748).
- 9.—Francisco Ferrández de la Pastora y Fray Juan Mendiúur (1748)
- 10.—Travesía de los Terbis en masa (1761).
- 11.—Las correrías de los buscadores de oro (1843-1870).
- 12.—Jesús Bonilla desde Chiriquí (1875).

### 1.—ANTECEDENTES HISTORICOS:

Talamanca fue descubierta por Cristóbal Colón. El 6 de octubre de 1502 fondearon la nao Gallega y las carabelas Capitana, Santiago de Palos y Vizcaina en la hermosa Bahía del Almirante, en una de cuyas islas divisaron los españoles veinte canoas tripuladas por indios que Colón mandó reconocer.

El territorio de Talamanca está comprendido en la Gobernación de Veragua que, en 1508, se dió a Diego de Nicuesa. Hernán Sánchez de Badajoz fue el primero que intentó colonizarla fundando en abril de 1540 la Ciudad de Badajoz, en la boca del río Tarire o Sixaola, cuya existencia fue muy breve.

Los españoles no volvieron a pisar el territorio de Talaman-



ca hasta el mes de enero de 1564 en que las gentes de Vázquez de Coronado bajaron de la Cordillera Madre, procedentes de la región del Pacífico. (1).

## 2.—JUAN VAZQUEZ DE CORONADO: (enero de 1564).

Al suceder Juan Vázquez de Coronado a Cavallón en la Alcaldía Mayor de Nicaragua y Costa Rica reunió con febril actividad gentes, víveres, armas, municiones y ropas, y embarcándose en El Realejo se vino a Nicoya. De ahí prosiguió su viaje el 3 de diciembre de 1563 hasta una de las bocas del Río Grande de Térraba o Diquís donde le esperaba Diego Caro de Mesa, Alguacil Mayor de la provincia, con gente y caballos.

Su propósito era ir a la provincia de Ara (la Talamanca actual) y a otros sitios en las vertientes del mar del Norte "en cuya demanda se habían perdido muchos capitanes y gentes, permaneciendo aún ignorado su secreto y encantamiento". (2).

Emprendió la marcha hacia el Atlántico y atravesó la Cordillera Madre venciendo dificultades inauditas. "Todos los caballos, con la mayor parte de las cargas, quedaron en el camino y hubo día en que no se pudo hallar agua en aquellas montañas tan altas y fragosas; pero desde la cima de la cordillera los conquistadores presenciaron un espectáculo grandioso y único: los dos océanos; y aquellos hombres rudos se quedaron asombrados de verse tan juntos al cielo". (3).

En seis jornadas llegó Vázquez a la Provincia de Ara, con cuyo nombre es designa todavía en Talamanca a las estribaciones de la Cordillera Madre del lado del Atlántico: las ásperas montañas del Arari, por cuya ruta transitó el Obispo Thiel en su primera travesía, viniendo del Pacífico. También conserva este nombre el río Lari, afluente superior o cabecera del río Tarire o Sixaola.

En el pueblo de Ara los expedicionarios instalaron su centro de operaciones para reconocer la comarca, recibiendo la obediencia de muchos caciques a quienes obsequió herramientas. Diego Caro de Meza descubrió el río aurífero de La Estrella que llamó así

---

(1) Ricardo Fernández Guardia, *Reseña Histórica de Talamanca* 1918, Pág. 29.

(2) León Fernández: *Documentos para la Historia de C. R. T. IV.* Pág. 358.

(3) Ricardo Fernández Guardia: *Historia de Costa Rica, El Descubrimiento y La Conquista.* Pág. 131.

porque en su boca se veía brillar una muy hermosa. La expedición prosiguió hasta la costa de Almirante y regresó a Cartago por el conocido camino de los españoles, vía Teotique, Atirro y Turrialba.

### **3.—PERAFAN DE RIBERA: (enero de 1570).**

Nombrado Gobernador de Costa Rica, Perafán de Ribera se vino por tierra desde Honduras con su familia y algunos soldados, llegando a Cartago en marzo de 1568.

Empeñado en ir a fundar una población a orillas del famoso río de La Estrella, sin que le arredrasen las grandes dificultades de semejante empresa, ni su edad avanzada, hizo los preparativos necesarios. Reunió oficiales, soldados, ropas, viveres y ganados y emprendió la expedición siguiendo, a la inversa, el mismo itinerario de Vázquez de Coronado; pasó por Corrosí, Atirro, Teotique, Chirripó, Pococí, Auyaque, Moyagua, Tariaca, Ciruro, los Mejicanos o Cicuas, La Estrella, el Real de los Caballos y Arariba.

Siete meses transcurrieron desde su salida de Cartago, siete meses de rudísimos trabajos, de luchas con los naturales y de rebeliones y descontento entre sus soldados; en Arariba la expedición se demoró unos meses más, mientras que sus lugartenientes exploraban los alrededores. En el palenque de Corayca determinó finalmente Perafán atravesar la Cordillera Madre.

Las penalidades fueron terribles, el hambre hizo estragos y los expedicionarios llegaron hasta comer culebras y zopilotes. (4).

En las cumbres de la sierra hubo grandes huracanes y lluvias y varios indios murieron de frío. El Gobernador y su mujer estuvieron a punto de helarse y hubo que sacarlos a cuestras. La expedición fue a salir a las sabanas de Chiriquí, al pueblo de indios de Tabiriquí, cerca del asiento de la ciudad de David.

Desde aquí se encaminaron hasta unos palenques situados en las Biritecas junto a Coto, donde pudieron conseguir provisiones y auxilios con los cuales regresaron a Cartago a principios de 1572.

### **4.—JUAN DE CABRAL Y PEDRO FLORES: (1591).**

El Rey Felipe II confió al capitán Diego de Artieda Chirino, el 19 de diciembre de 1573, el descubrimiento, pacificación y colonización de Costa Rica, especialmente de los territorios ricos de oro situados al sureste, es decir en Talamanca, donde Vázquez de Coronado había descubierto el río aurífero de La Estrella.

(4) Manuel M. de Peralta: Costa Rica, Nicaragua y Panamá. Pág. 666.

Este territorio, antiguamente llamado Veragua, fué la ilusión postrera de Cristóbal Colón y teatro de desastres para todos los que pusieron pie en él.

Artieda entró en el río Guaymí, hoy llamado Chiricamola o Cricamola y a dos leguas y media de su desembocadura fundó, el 8 de diciembre de 1577, la ciudad de Artieda.

Por rivalidades con los propios españoles, Artieda fue suspendido de su empleo y para reemplazarlo nombró la Audiencia al oidor Velázquez Ramiro quien, en 1591, encargó a los capitanes Juan Cabral y Pedro Flores para que continuasen dicha exploración.

Salieron de Cartago con algunos soldados y fueron a explorar la Bahía de Almirante, la laguna de Chiriquí, hasta el río Guaymí donde había estado la ciudad de Artieda. Siguieron aguas arriba de este río y *atravesando la cordillera* fueron a salir a los valles de Chiriquí en el Pacífico. En este viaje se pasaron grandes trabajos y muchas hambres. (5).

#### 5.—FRAY PABLO DE REBULLIDA: (1700).

A partir de 1689 entraron en su apogeo las misiones de Talamanca con la llegada de varios frailes que penetraron resueltamente en las montañas, predicando a los indios de los ríos Tarire, Coén, Arari, Urén, y Terbi. Fundaron quince ermitas y bautizaron varios millares de indios, sufriendo grandes penalidades y persecuciones.

Convencidos los misioneros de que para consolidar su obra era indispensable apartar las tribus sometidas de las que se mostraban irreductibles, emprendió Fray Pablo de Rebullida con otros frailes la tarea de trasladar una parte de los indios térrebes y téxabas *al otro lado de la cordillera*. En 1700 fundó en las llanuras del Hato Viejo, de los indios Borucas, en la *tertiente* del Pacífico, la población de San Francisco de Térraba.

Sabemos que en 1703 Fray Pablo había trasladado los téxabas que habían quedado en Talamanca, al nuevo pueblo de Térraba; es necesario acreditarle pues, a este fraile, por lo menos una segunda travesía, siendo fácil presumir además, que entre estos dos puntos a uno y otro lado de la Cordillera, los frailes en sus tenaces propósitos hubieran efectuado varios viajes, de los cuales no puede haber quedado crónicas minuciosas.

---

(5) León Fernández, Documentos T. V. Pág. 167.

#### 6.—LORENZO DE GRANDA Y BALBIN: (febrero de 1710).

El Gobernador de la provincia de Costa Rica, Lorenzo de Granda y Balbín resolvió atacar Talamanca por dos lados para vengar la gran sublevación de indios Cabécares y Terbis, que el 28 de setiembre de 1709, capitaneados por el Cacique Pablo Presberi mataron a fray Pablo de Rebullida. Este estaba en Talamanca hacía quince años y hablaba siete idiomas indígenas; mataron también a fray Antonio de Zamora, a dos soldados y a la mujer y al hijo de uno de ellos, incendiando y destruyendo además catorce iglesias, conventos y cabildos con sus imágenes y objetos sagrados.

A principios de febrero de 1710 marchó el maestro de campo José de Casasola y Córdoba con 80 hombres, directamente a Talamanca, *por el camino de Chirripó*, mientras que el Gobernador se fué a Boruca desde donde hizo que los indios abrieran un sendero hasta Viceita, al otro lado de la cordillera; *atravesando la cordillera* con sus soldados llegó a Cabécar donde se reunió con Casasola.

Juntas las dos fuerzas organizaron en este lugar su cuartel general, emprendiendo numerosas correrías a las tierras de los rebeldes, capturando 700 indios; 500 llegaron a Cartago y fueron repartidos entre los oficiales y soldados que tomaron parte en la expedición.

Pablo Presberi, Cacique de Suinsí, alma de esta gran sublevación, fue fusilado en Cartago pocos días después.

#### 7.—CAPITAN PEDRO RODRIGUEZ: (1748).

Las costas del reino de Guatemala fueron constantemente amenazadas por la codicia de los ingleses, amigos y protectores de los piratas y de los bárbaros zambos mosquitos. Esto convenció a los misioneros españoles de la necesidad de sustraer a los indios de las agresiones de estas gentes que periódicamente penetraban en Talamanca, arrasando sus cosechas y apoderándose de gran número de ellos para venderlos como esclavos en Jamaica y en otros lugares.

Con este motivo el maestro de campo Francisco Fernández de la Pastora marchó a Talamanca por el camino de Chirripó con 50 soldados, y a la vez otros 50, al mando del Capitán Pedro Rodríguez, se fueron a Boruca. En el pueblo de Térraba se le juntaron los misioneros, el padre Murga y fray Juan Mendíjur y acompañados de los indios cristianos de este lugar *atravesaron la cordillera*, como lo había hecho en 1710 el Gobernador Granda y Balbín, llegando a las tierras de los Terbis en el litoral Atlántico.

#### 8.—TRAVESIAS DEL FRAILE JUAN MENDIJUR: (1748).

Habiendo llegado el capitán Rodríguez y el padre Mendijur a las tierras de los terbis en el litoral atlántico, éstos se negaron a unirse a la expedición por miedo de los viceitas que eran sus enemigos, por cuyas tierras tenían que pasar para ir a Térraba.

Por este motivo el padre Mendijur se volvió, con los indios auxiliares y algunos terbis prisioneros, a San Francisco de Térraba *atravesando nuevamente la cordillera*. Rodríguez mientras tanto continuó su marcha hasta Cabécar donde se reunió con Fernández de la Pastora, quien enterado de lo que había ocurrido, mandó un correo al Padre Mendijur para que se viniera; le envió además una escolta de 50 soldados con 60 indios prisioneros, quienes después de sufrir dos ataques de los indios en lo alto de la cordillera, en la que perdieron tres españoles, lograron llegar a Térraba el 12 de junio.

El mismo 12 de junio salieron de regreso con el Padre Mendijur por el camino de Cabagra llegando a las cabeceras del río Terbi. Los indios de este lugar rogaron al Padre que les ayudase contra los chánguinas que los hostilizaban mucho, y éste, por complacerlos, *atravesó la cordillera* y se fué hasta el río Changuinola.

#### 9.—FRANCISCO FERNANDEZ DE LA PASTORA y FRAY JUAN MENDIJUR: (julio de 1748).

A causa de su viaje a Changuinola el Padre Mendijur no llegó a Viceita en la fecha convenida, y desesperado e ignorante de lo que pasaba, Fernández de la Pastora, salió en su busca con 20 hombres. *Atravesando la cordillera* llegó a San Francisco de Térraba, encontrándose solamente con el padre Murga, por lo que decidió enviarle de allí un mensajero al inquieto Padre Mendijur, para que regresase.

El padre Mendijur regresó poco después, trayendo en su compañía diez indios principales Terbi. Se celebró un consejo en el cual tomaron parte el maestro de campo, los misioneros y los diez indios, acordándose sustituir Cabécar por Terbi como centro de operaciones para estas incursiones, tanto por que los indios de allí eran amigos de los españoles, como por ser más fácil aprovisionarse desde Térraba y Boruca.

#### 10.—TRAVESIA DE LOS TERBIS EN MASA: (marzo de 1761).

En marzo de 1761 los Terbis del Norte se pusieron en campaña y *atravesando la cordillera* desde el Atlántico al Pacífico, en número de 300 guerreros, llegaron el sábado, vísperas del Domingo de Ramos, a Cabagra; saquearon y destruyeron la iglesia, el convento y todas las casas. Al día siguiente marcharon a San Francisco de Té-

rraba llegando cuando los vecinos estaban reunidos en la iglesia para oír misa.

Invadieron el pueblo por tres lados, incendiando de paso las casas, matando a los hombres y capturando a las mujeres; pero fueron rechazados por el concurso de todos los vecinos. Sin embargo el pueblo de Cabagra con 250 almas quedó totalmente destruido y los indios que lo habitaban se fugaron a Talamanca con los indios sublevados.

Térraba subsistió con sus 300 habitantes. Desde entonces y durante largos 26 años se suscitó un debate administrativo entre Guatemala y Madrid por diferencia de pareceres entre las autoridades eclesiásticas, y entre las mismas civiles, sobre el proyecto de entrar a las misiones con tropas.

Digna de admiración fué sin duda la obra de catequización de los indios de Talamanca. Tan tenaces como los franciscanos, los indios no cejaban en su rebeldía y si el resultado no correspondió a la grandeza del esfuerzo, tampoco fué estéril ya que los descendientes de aquellos indios que se sacaron de la montaña, voluntariamente o "a mecate", son hoy los pobladores de muchos pueblos del interior del país, de cuya civilización ya hace años están disfrutando.

#### **11.—LAS CORRERIAS DE LOS BUSCADORES DE ORO: (1843-1870).**

Con el abandono de las entradas de los misioneros a Talamanca, se perdió el contacto que, por su medio, se había mantenido con los indios; pero el interés en esta hermosa región vino a reanimarse en 1833 con el libro "Lecciones de Geografía" que publicó el Bachiller Rafael Osejo. En él repitió la fábula de la existencia de las *Minas del Tisingal*, asegurando que se había sacado poco menos riqueza, que del Cerro de Potosí en Perú. El error provino de que el geógrafo Antonio de Alcedo situaba en Costa Rica las minas hondureñas de Taguzgalpa, nombre que los bucaneros transformaron en Tisingal.

Don José María Figueroa, vecino de Cartago, explorador muy conocido, hizo dos viajes a Talamanca en 1843 en busca de estas minas de oro. En el primero fué desde Moín a Cahuita, de aquí a Cuabre, subió embarcado el río Sixaola y continuando por tierra a Bribri llegó hasta el PICO BLANCO; sin embargo no sabemos que halla atravesado la cordillera en busca de la vertiente del Pacífico.

En el segundo viaje el señor Figueroa entró por el actual río de la Estrella hasta las cabeceras del Tarire, regresando por San José Cabécar. Empleó seis meses en estas dos expediciones y lo acompañaron en ellas Zenón del Campo y unos indios.



Después de los viajes de Figueroa en 1843, otros exploradores, cuyos nombres no es del caso mencionar, fueron a Talamanca entrando y saliendo de ella por las rutas mencionadas, especialmente por el llamado "Camino de los Españoles" que, saliendo de Cartago pasa por Chirripó y el río de la Estrella. Recorrieron Talamanca desde la cordillera hasta el mar y desde Changuinola hasta el Chirripó sin encontrar las famosas minas de oro y *sin atravesar la cordillera*, pues tal empresa no tenía para ellos interés alguno.

En 1863, Pedro Iglesias, el último de los exploradores de esta época encontró señales de oro y cobre en el alto Coen y pepitas de oro en el río de la Estrella, pero por enfermedad de sus compañeros no pudo seguir sus exploraciones.

## 12.—TRAVESIA DESDE CHIRIQUI DE JESUS BONILLA: (1875).

El Dr. Eusebio Figueroa, estadista de la segunda administración de don Jesús Jiménez, había encontrado en el Archivo de Indias en Sevilla, datos sobre los lavaderos de oro del río de la Estrella, descubiertos en 1564 por Vázquez de Coronado.

Para localizarlos, organizó en abril de 1870 una primera expedición que entró por la boca del río Sixaola donde tuvo la desagradable sorpresa de encontrar, en la margen derecha del río, una pequeña aldea bajo la autoridad de un corregidor colombiano.

Treinta y cinco años después de la usurpación de Bocas del Toro, Colombia, nos despojaba por segunda vez de un nuevo y valioso territorio, acto iniciado con la instalación de dicha aldea, que fué el origen de varios incidentes tolerados por nuestro Gobierno por debilidad. La expedición llegó hasta Sipurio regresando a Moín.

En 1875 el Dr. Figueroa emprendió una segunda expedición acompañado de varios caballeros siguiendo la ruta de Old Harbour, Bocas del Toro, Guabito y Changuinola. A su campamento llegó a reunírseles más tarde Don Jesús Bonilla, quien había *atravesado la cordillera* procedente de Chiriquí, acompañado de un español, capitán de barco y de algunos trabajadores.

Bonilla y sus compañeros venían extenuados por un viaje de veintiocho días desde Chiriquí. Habían descendido de la cordillera siguiendo el curso del Changuinola, desde sus cabeceras hasta su confluencia con el Terbi, donde encontraron a los expedicionarios, quienes después de trabajar algún tiempo sin fruto, abandonaron la empresa.

## CAPITULO II

### LAS TRAVESIAS DEL OBISPO BERNARDO AUGUSTO THIEL

- 13.—Primera travesía del Obispo Thiel: Oeste a Este (1881).
- 14.—Las infatigables correrías de Henri F. Pittier (1887-1903).
- 15.—Segunda travesía del Obispo Thiel: Este a Oeste (1889-1890).
- 16.—De Moravia a Chirripó.
- 17.—De Chirripó a Sipurio.
- 18.—De Sipurio a Buenos Aires.

#### 13.—PRIMERA TRAVESIA DEL OBISPO THIEL: Oeste a Este. (1881).

El segundo Obispo de Costa Rica, Monseñor Bernardo Augusto Thiel, atravesó la Cordillera de Talamanca, haciéndolo brillantemente en ambas direcciones. Celoso de los intereses espirituales de sus diocesanos, había prometido a las autoridades del Valle del Diquís (Río Grande de Térraba), proveer a sus pueblos de sacerdotes. Pero, al llegar a esta Capital, los indios que habían de conducirlos a sus destinos, se negaron tenazmente a cumplir su palabra alegando pretextos de poca seriedad. Para evitar que los habitantes de tan apartadas regiones se desalentaran, se propuso él mismo emprender tan arriesgada expedición, y dar un ejemplo enérgico a su Clero. Se puso en marcha el 6 de mayo de 1881 acompañado del Presbítero Don Manuel Hidalgo, quien le sirvió de Secretario, siguiendo el antiguo "camino de los pueblos", cuyas etapas principales eran: Desamparados, Tablazo, Candelaria, Frailes, Tarrazú, Dota, Copey, Cerro de la Muerte, General, Térraba y Boruca.

A su paso por estas poblaciones, y en todo el trayecto, los dos eclesiásticos se entregaron con actividad y celo apostólico a las funciones propias de su Ministerio: bautizar, confirmar, predicar y ce-



lebrar matrimonios. Concluídas estas tareas, el señor Obispo decidió atravesar la Cordillera y pasar a Talamanca. Dos rutas se ofrecían: la una comunicaba las cabeceras del Río Cuibo, afluente del Diquís, con las del Río Coen en el Valle de Cabécar; y la otra atravesaba el Valle de Cabagra conectando las salvajes y ásperas montañas del Arari y del Utyúm con las cabeceras y curso del Río Lari. Esta última es incomparablemente más pesada y, sin embargo, fué la escogida por el Dr. Thiel.

El día 26 de mayo, a la cabeza de todos los habitantes de Térraba, que les hicieron cortejo hasta el Paso del Diquís, nuestros viajeros emprendieron la marcha acompañados por 35 indios bruncas, térrabas y viceítas. Pernoctaron en San José de Cabagra, pueblecillo de unos 50 habitantes situado frente a Térraba en las lomas de la margen izquierda del Río Grande.

El viernes 27 llegaron a la hora del almuerzo a Yguamin o Iwavin, pequeña rancharía de los indios bribri, yendo a dormir a Muetá o Mrata.

El sábado 28 almorzaron en las fuentes o cabeceras del río Cabagra, llegando por la noche hasta las Sabanas de Ulán y el domingo 29 llegaron a dormir a Cori. Estos lugares se hallan en la vertiente occidental de la Gran Cordillera que mira al Pacífico.

El lunes 30 se llegó al punto más alto de la Cordillera: allí se erigió una cruz y se dió al cerro el nombre de Cruz del Obispo (Cerro Utyúm), a 2968 metros de altura sobre el nivel del mar. Se almorzó al otro lado de la cordillera, ya en la vertiente oriental, llegando la expedición en la tarde a Lari.

El martes 31 llegaron a Dibús. Los trabajos y penalidades de estos últimos días fueron muy grandes, pues desde las fuentes de Cabagra, todo el camino se hizo a pie, venciendo dificultades e increíbles fatigas.

El miércoles 1º de junio, cumpleaños del Presbítero don Manuel Hidalgo, se celebró Misa y los indios se manifestaron muy alegres. Se almorzó en Ibrí o Iberi y bajo un copioso aguacero llegaron por la noche los viajeros a Bribri, pueblo de 50 palenques diseminados con unos 500 a 600 habitantes.

El jueves 2 de junio hizo alto la expedición para almorzar en el Río Depare o Dipari, una de las ramas principales del Arari, según H. Pittier, llegando a pasar la noche a Cucuricho en el Cerro del Palmital.

El viernes 3 de junio llegaron a mediodía a Curiquicha, hacienda del Cacique de Talamanca en el Valle Cuibo, donde habían 10 cabezas de ganado. Por la noche llegaron a Duriñak, esto es, la boca de la quebrada del Duri, donde se hallaba el asiento primitivo de los Duri-uák, una de las 10 familias del tronco Tübor-uák.

El día 5 de junio el Dr. Thiel y compañeros llegaron a *Sipuri*, capital o asiento principal de la Baja Talamanca en ese entonces; el 7 del mismo mes embarcaron en el Río Urén y navegando luego por el Telire, afluentes superiores del Sixaola, desembarcaron en Cuabre, hoy Margarita, asiento de una finca de cacao de la Compañía Bananera. Emprendieron la marcha a través de pantanosa y espesísima selva para salir a la Costa Atlántica en Old Harbour.

El miércoles 8 se hicieron a la vela con dirección a Limón donde llegaron el jueves 9 a las 6 de la mañana.

Completó de esta manera Monseñor Thiel, insigne Misionero-Explorador, su gigantesca expedición San José-Limón a través de las remotas regiones de Terraba, Talamanca y su imponente Cordillera andina, en 34 días de marcha. Empleó 20 días de San José a Terraba y 14 días desde Terraba, a través de la Cordillera de Talamanca, hasta Limón, saliendo de San José el 6 de mayo y llegando a Limón el 9 de junio de 1881.

Sus etapas fueron: San José, Desamparados, Tablazo, Candelaria, Frailes, Tarrazú, Dota, Copey, Cerro de la Muerte, General, Terraba, San José Cabagra, Yguamin, Mrata, Cruz del Obispo, Dibús, Iberi, Bribri, Dipari, Cucuricho, Curiquicha, Duriñak, Sipuri, Urén, Cuabre, Old Harbour y Limón.

#### 14.—LAS INFATIGABLES CORRERIAS DE HENRI F. PITTIER: (1887-1903).

*El señor Henri F. Pittier*, fué Director del Instituto Físico Geográfico Nacional, y autor de nuestro Primer Mapa de Costa Rica, según los levantamientos efectuados de 1891 a 1898, y publicado con el dinero de su propio peculio en el año 1903. Es autor, entre otros, del valioso libro "Ensayo sobre las Plantas Usuales de Costa Rica" publicado en 1908, del cual quedan pocos y codiciados ejemplares.

Pittier realizó posiblemente, aunque no con seguridad, la travesía de la Cordillera de Talamanca, entre los años 1887 a 1903, pues en este lapso viajó por todos los rincones del país, recogiendo datos geográficos para su valiosísimo Mapa, y datos botánicos para el libro ya citado. Puedo afirmar solamente que son suyas las siguientes anotaciones:

"Entre las notas que tomé en mi primera exploración del curso inferior del río Cabagra, en la vertiente del Pacífico, anoté el 6 de marzo de 1891 lo siguiente: se gastan cinco días para ir de aquí (Cabagra) a Bribri en Talamanca. La primera dormida es Mrata, la segunda Ulán, la tercera Cori de este lado de la Cordillera, la cuarta Dibús, la quinta Bribri y la sexta Túsula, del

lado de Talamanca." En otra parte agrega Pittier: "el 23 de marzo de 1895, hallándome en Túnsula de Talamanca apunté lo siguiente: Los indios hacen la travesía de Túnsula a Térraba, por la vía del Arari en una semana, yendo el primer día hasta Bribrí, el segundo hasta Dibús, el tercero hasta Cori, el cuarto hasta Ulán, el quinto hasta Mrata, el sexto hasta Cabagra, llegando a Térraba temprano del sétimo día."

El señor Pittier, refiriéndose a Don Mauro Fernández, Ministro de Instrucción Pública del Gobierno del Presidente Bernardo Soto, a quienes cabe la gloria de haber traído a nuestro país una brillante pléyade de sabios profesores y científicos europeos, en su mayoría suizos y alemanes, escribió lo siguiente: "Como primer paso, Don Mauro procuró la llegada al país de mi paisano Don Adolfo Tonduz, quien durante cerca de CATORCE AÑOS me acompañó en mis viajes; dividiendo conmigo las duras tareas y los peligros que generalmente son parte de los exploradores, así como también las alegrías que procuran al naturalista el maravilloso espectáculo de ciertos cuadros escondidos, en ignorados rincones de las selvas vírgenes o de las salvajes serranías, o el hallazgo de formas nuevas y nunca soñadas".

Es pues presumible la travesía del señor Pittier quien exploró el país en sus más apartados rincones durante diecisiete años. Vivió cuatro de esos años con los indios, llegando a dominar el idioma Bribrí. Escribió una Cartilla y una Recopilación de Leyendas Indígenas en dicho idioma y para propagar el conocimiento de las leyendas, las leía en uno y otro palenque, haciéndoles, hasta perfeccionarlas, las rectificaciones que le dictaban sus propios oyentes.

Los eminentes servicios que Henri Pittier prestó al país, merecen sobradamente los honores del bronce que los costarricenses hemos estado lerdos en concederle. La hechura del Primer Mapa de Costa Rica, no se logrará superar, ni aun en estos días, contando con todos los adelantos modernos y con la fotografía aérea, sino hasta dentro de diez años más, según se me ha informado. Este botánico famoso por su meritoria labor científica, declaró sencillamente, en su libro citado: "no hay como Costa Rica otro país en la América Española, desde el Río Grande de México hasta el Estrecho de Magallanes, que haya sido explorado y estudiado tan a fondo. Así se ha logrado reunir un herbario que es todavía hoy, la colección más rica de su clase, consistente en más de 16.000 muestras, y cerca de 5.000 especies de plantas."

15.—SEGUNDA TRAVESIA DEL OBISPO THIEL: Este a Oeste.  
(1889-1890).

DE SAN JOSE A MORAVIA DE CHIRRIPO.

Desde el 9 de diciembre de 1889 llegaron a San José dos comisiones de indios de Térraba y Boruca con el fin de acompañar al Obispo Thiel en el viaje que emprendió a esa lejana región en la mañana del lunes 16, tomando el camino de San José a Cartago y llegando a pasar la noche en Paraíso. El martes 17 prosiguieron hasta Tucurrique a donde llegaron muy fatigados, a causa del mal camino, como a las cuatro de la tarde.

El miércoles 18 salió el Obispo muy de mañana con los indios Térrabas y Borucas, tres guías de Tucurrique y el Presbítero Arroyo, que esta vez le servía de Secretario, almorzando a la orilla del Río P'cibaye. Llegaron temprano a Tuís, después de haber pasado por la montaña del Jurey y los llanos de Atirro.

El jueves 19 salieron de Tuís por la mañana muy temprano, siguiendo el curso del Río Tuís, hasta el alto de Tuisiquipá; atravesaron la quebrada de San Francisco y subieron la pesada cuesta del mismo nombre. Almorzaron en una quebrada después de subir la loma de Cabébatá, nombre indígena de "la loma del carrizo" y pasaron luego la quebrada de Huicric y el alto de Cabeza de Buey. En la bajada fueron tropezando con gran cantidad de árboles caídos que había por el camino, llegando al anochecer a dormir a la orilla del Pacuare.

El viernes 20 pasaron el Río Pacuare en el punto llamado Nimariñec, o sea "la quebrada del peje", y subiendo la pesada cuesta de Nimari, llegaron al alto de Hacung o Copal. Allí encontraron las primeras huellas del ganado de los indios de Moravia, lugar al cual llegaron a las dos de la tarde. Se hospedaron en la casa del Indio Nicolás, Juez de Paz del lugar, enterándose que había muerto hacía poco el Indio Chico López, gran amigo del Obispo, y que sus hijos andaban en Matina dejando una partida de cerdos para venderlos y comprar cacao para celebrar el velorio.

En efecto, la familia del difunto Chico López se preparaba en grande para celebrar el entierro. Habían desmontado y sembrado dos manzanas de maíz que ya estaba en buen sazón para preparar la chicha. Habían engordado gran cantidad de marranos y tenían destinadas unas diez cabezas de ganado para la fiesta y estaban preparando el cacao, ya que no debía faltar el chocolate en las ceremonias del entierro.

Nicolás andaba en Matina pasando invitaciones a todos los indios de la Montaña de Talamanca, y contratando varios *ahóas*

o brujos y *tsúcurs* o cantores para dirigir la fiesta. Con vista de los preparativos, predecían los indios entendidos en esta clase de fiestas, que las que se preparaban durarían por lo menos UN MES o CINCO SEMANAS. En efecto, los indios no suspenden sus fiestas hasta que toda la chicha, las carnes y demás provisiones hallan desaparecido, y siguen comiendo, bebiendo y bailando día y noche, interrumpiendo su orgía sólo cuando caen al suelo rendidos por el sueño, el cansancio o la bebida.

Gran fiesta iban a tener, pues, los Chirripóes y de seguro, como sucedía casi siempre, entre hombres y mujeres morirían varios o consecuencia de sus desarreglos y excesos.

#### 16.—DE MORAVIA A CHIRRIPO:

Resolvió entonces Mons. Thiel, no contando con la presencia del Juez de Paz que le ayudara a reunir los indios para sus menesteres evangélicos, y hallándose éstos absortos en la preparación de tales fiestas, continuar su viaje. Salió el 21 de diciembre a las 7 de la mañana, emprendiendo el camino a través de los llanos de Sharaí, que están cruzados por multitud de pequeños ríos que, empozándose en varios lugares, hacen la travesía muy penosa.

En el alto de la cuesta del Siripí almorzaron. De aquí comenzaron la bajada del Chirripó que es muy accidentada y resbaladiza, llegando al bajo, a la orilla de la Quebrada Bururi que significa "Agua del Cacique", a una distancia de unos 10 minutos del célebre río Duchí o Chirripó y en donde los indios recibieron muy bien a los viajeros, ofreciéndoles chicha y plátanos maduros. Algunos reconocieron al Obispo, pues en la expedición del año 1882, Mons. Thiel había permanecido en Bururi, entre ellos, durante tres días.

En la tarde del sábado 21 se despacharon correos a los diferentes palenques de Chirripó con el objeto de invitar a los indios a que se reunieran, pero el río había crecido mucho ese día así como el domingo siguiente y los mensajeros no pudieron pasar el torrente. Los indios de Hacserrí, Nari o Quebrada Sucia, Dukúa o Pejibaye y Sinori o Perico Ligeró llegaron a visitarlos y el Obispo les predicó en el idioma chirripó instándoles a que se hiciesen cristianos y adoptasen una vida más civilizada.

Durante el domingo y el lunes se hicieron infructuosas tentativas para cruzar el caudaloso Chirripó; este es un torrencioso río de aguas frías y pesadas aunque poco profundas, ya que el agua llegaba apenas a la cintura, de tres indios que lo cruzaron armados de fuertes bastones, pero con todo, las oleadas les cubrían la espalda hasta los hombros. Los bordenes cimbraban y los múscu-

los de los brazos y del cuerpo temblaban con movimientos convulsivos. En medio del cauce se levantaban fuertes olas o cáncanos, coronadas de blanca espuma, produciendo un branido sordo que deja pensativo al hombre más fuerte y acostumbrado a pasar estos ríos. El río, pues, inspiraba verdadero terror, estando lleno de grandes piedras recubiertas de una baba viscosa que sale de los musgos que abundan en el agua, y de ahí la dificultad de afirmar en ellas el pie para tratar de vadear este cauce.

En la tarde del lunes Mons. Thiel pagó a los guías de Tucurrique lo prometido y éstos regresaron contentos. Compró luego un marrano a los indios del lugar, quienes se lo vendieron después de repetidas súplicas a doble precio que en el mercado de la capital, recibiendo su dinero en plata blanca recién acuñada, con la que se pasaron la tarde mirándola y contándola infinidad de veces.

El martes 24 de diciembre, auxiliados por gran cantidad de indios y montados sobre la espalda de los más altos, lograron finalmente, el Obispo y sus acompañantes, el paso del terrible río, haciéndolo en dos etapas y valiéndose para ello de una alargada isleta que había en medio del torrente, en donde los indios exhaustos tuvieron que descansar.

Treparon luego por la empinada cuesta, y a las dos de la tarde, en lo alto de la loma se encontraron con algunos plataneros y ranchos abandonados. A las tres llegaron a Chiquiari, palenque grande habitado por tres familias. Allí se quedaron los expedicionarios para celebrar la Noche Buena, pudiendo el señor Obispo decir la Misa de Media Noche en conmemoración del Nacimiento del Niño-Dios, predicando a los indios el propio 25 por la mañana.

Los Chirripóes conocían bastante bien la religión cristiana y hasta había entre ellos una capilla en la Quebrada Sibú-uá, "Iglesia o lugar de Dios". Cuando en 1709 se levantó toda la Talamanca, en Chirripó los indios mataron a fray Antonio Zamora; a dos soldados y a la mujer y el hijo de uno de ellos. Los misioneros franciscanos, no pudieron continuar desde entonces sus entradas a la montaña y los indios cayeron nuevamente en sus supersticiones paganas, las que desde entonces quedaron mezcladas con multitud de ritos cristianos.

El principal obstáculo que se oponía a la evangelización de los indios, era el miedo que éstos tenían a los alcaldes que se les enviaba de Cartago, temiendo los maltratos o que se les obligara a emigrar del lugar donde habían nacido, llevándoles amarrados a lugares distantes donde habitaban los blancos. De allí viene la expresión SACAR A MECATE.



Contrario de este sistema, los antiguos franciscanos a fines del Siglo XVII, trasladaron por convicción a la Tribu convertida de los TERBIS, desde Talamanca a las llanuras del Hato Viejo, hoy Buenos Aires, formándose con ellos, —como dijimos en el Capítulo anterior—, el pueblo de Térraba.

La tribu de Chirripó, en esta visita, estaba compuesta de 27 Palenques muy diseminados con unos 148 individuos de ambos sexos, que se encontraban a uno y otro lado del río. En cada vallecito lateral de un río o quebrada pequeña había uno o dos palenques, haciendo sus plantaciones de maíz, yuca, etc., al otro lado del agua, a donde los chanchos, a cuya cría se dedican, no pudieran llegar. A fin de evitarse disgustos entre los vecinos, a causa de los daños que ocasionan sus cerdos, procuraban alejar un palenque del otro.

Los Palenques habitados por los Chirripóes en una extensísima zona se llamaban: Sharai (Moravia). Saleric. Zinoquicha. Bururí. Sibú-uá. Sinari. Cuari. Sarpuri. Ucarí. Curardi. Tulllari. Juva. Culhlari. Haquí. Šari. Chiquiaritépá. Jeréi en donde vivía el indio más rico del lugar, pues era dueño de 80 cabezas de ganado y Shurachiqué. Dukúa. Sinoli. Shimuri. Haquibetá. Cangchecú. Hócbata. Dutziri. Psiquiti. Lac, y Sucuibata que se encontraba ya muy alto en la cordillera a tres días de marcha desde Bururí.

En las fuentes del río Tarire, muy cercanas a las del Chirripó, VIVIA UNA TRIBU DE INDIOS ENTERAMENTE SALVAJE, que posteriormente fueron DESCUBIERTOS y catequizados por Monseñor Blessing en el año 1889.

Según datos de los nativos de Chirripó, estos indios salvajes tenían nueve palenques y veinticinco hombres de guerra, sus trajes eran de hojas de mastate y huían de las tribus vecinas. Eran descendientes de los cabécares y hacia unos 200 años que se habían refugiado, huyendo de los españoles, en las escarpadas montañas de las cabeceras del Tarire.

Entre estos indios vivía el USEKARA o Gran Brujo de Talamanca. Cuando el Obispo visitó San José Cabécar en el año 1883 este usekara trató de envenenarlo junto con sus compañeros. Desde entonces no se sintió seguro en su palenque de Cabécar y huyó a las cabeceras del Tarire. De Cangchecú podía visitarse en sucesivas jornadas los palenques de altura de Bac-chi, Dapaldi, Buruquein y Uruchka cerca de Cabécar.

#### **17.—DE CHIRRIPO A SIPURIO.**

El jueves 26 de diciembre a las 7 de la mañana salió de Chiquiari la expedición para atravesar la alta cordillera que separa las aguas del Chirripó y de la Estrella, atravesaron el Río Chiquiari y

pernoctaron en lo alto de la montaña en un rancho de cazadores llamado Cósquicha, o sea El Roble.

El Viernes 27 llegaron a Háku o "casa de piedra", inmenso peñasco en el río Estrella. Desde aquí en adelante soportó la expedición 8 días de lluvia. A horcajadas, sobre un árbol que botaron desde la orilla, atravesaron este río, y otros pequeños 18 afluentes, llegando al anochecer a lo alto, al palenque de los indios de la Estrella, llamado Biru-uá o cueva de los tigres. Los indios eran muy pacíficos y las mujeres tenían la cara pintada con líneas de ocre.

El lunes 30 llegaron a las 10 de la mañana a Psarabata o sea el "alto del biscoyol" en donde vivía un curandero anciano, astuto y desconfiado, siendo su mujer muy hábil en cazar venados con sogas. Pasaron el Río Coen en hombros de filas de 8 indios, apoyados en bordones, y siguieron a Muñoc, lugar donde desemboca el Moin en el río Estrella y allí pernoctaron.

El martes 31 de diciembre, guiados por el indio Simeón, y bajo un fuerte aguacero, se atravesó el río y se extraviaron al tomar un trillo que había para montear en la cordillera, por entre breñas y carrizales. Anocheció y se buscó un lugar a unas cien varas del río. Los indios de Chirripó y de la Estrella declararon que el lugar era poco seguro, ya que en la noche podía crecer el río; los indios de Terraba y Boruca persistieron que el lugar era seguro. Los primeros subieron a la montaña y los viajeros se quedaron con los segundos, comprobando ya a las 7 de la noche, que el agua llegaba al rancho. Tuvieron que buscar la montaña en la oscuridad y pasar la Noche de Año Nuevo, sentados en un tronco, sin poder dormir, pues llovía incesantemente. La noche se hizo interminable, pero como no hay mal que dure cien años, por fin llegó el ansiado día, el 1º de enero. Llegaron a mediodía al río Hobui a un palenque donde pasaron el resto del día secando la ropa y alistando bastimento.

Despachados correos el viernes 3, continuaron la marcha y pasando la loma Serer o Periquito, llegaron a Mome o Achote, donde vivía en 1883, el Cacique Emeterio en una isla, habiendo muerto él y su familia después de la primera visita de Monseñor Thiel.

En el alto de una loma fueron topados por el Juez de Paz y un grupo de indios quienes les mostraron los daños que las lluvias y las inundaciones habían causado en sus ganados, cría de cerdos, siembras y aún en sus casas. A las 5 de la tarde llegaron a Cachá-rue, escapando el último carguero indio de ser mordido por una toboha, que irritada por el paso de los expedicionarios, saltó sobre él, agarrando felizmente la carga que llevaba.



Los indios de la Estrella se iban extinguiendo. Había apenas 10 palenques con 45 habitantes y en la orilla de este río se encontraban entonces los palenques denominados: Bitéi, Cachárue, Hobui, Muñoc, Psarabata, Biru-uá, Mocung y Jurui o Zapote.

Saliendo a la una de la tarde de Cachárue llegaron en cuatro horas a Bitéi, donde tuvieron que pasar la noche, aunque era un lugar muy malsano, a causa de lo cual sus habitantes habían muerto de fiebre.

El domingo 5 de enero a las 9 salieron hacia Talamanca. Atravesaron extensos llanos entre los ríos Bitéi y Dlui, río que cruzaron 17 veces con mucho peligro e incomodidad, llegando al mediodía al pie de la cordillera que divide las aguas del Estrella y sus afluentes, de las aguas del Xiroles, tributario del Tarire. Ya en la cumbre, siguieron por el filete de la montaña, durmiendo tendidos en medio camino, mientras escuchaban los rugidos de los tigres y los gritos de los saínos.

El lunes 6 de enero se marcharon muy temprano, atravesando el Río Xiroles a las 8 de la mañana, pasando junto a la casa de un comerciante que poseía una finca de ganado y una tienda en donde se surtían los indios de los alrededores. Ahí vieron el sol por primera vez en muchos días.

A las 11 de la mañana del martes 7 de enero llegaron a Sipurio. El comandante Mr. John Lyon y su Secretario vinieron a toparles, hospedándoles en su casa hasta el lunes 13 de enero. A 300 metros estaba la población de San Bernardo compuesta de un cuartel, cuatro casas vacías construidas por el Gobierno para colonos del interior y unas cinco tiendas o taquillas, y nada más. Los pobladores eran unos pocos blancos, algunos criollos y el resto NEGROS e INDIOS. No había matrimonios y la corrupción de costumbres era muy grande.

#### **18.—DE SIPURIO A BUENOS AIRES:**

El lunes 13 salieron de Sipurio pasando por Túsula en donde estaba el Palenque del Cacique Antonio Saldaña, y pasando el río ARARI, llegaron a Págurchka o sea "el cañal" a orilla del Coen, hasta donde los acompañó el Jefe Político o Comandante de la región.

El martes 14 subieron por la orilla del Coen llegando a Amó-kicha o "el aguacate". El miércoles 15 pasaron el río Sung-huitzi llegando a Sigua-hú o "casa del blanco", en donde debían pasar el Río Coen por un puente de bejucos que construyeron los indios, afianzándolo en árboles de sotacaballo. Llegaron el

viernes 17 a Coctu o SAN JOSE CABECAR, antiguo asiento del Usékara o Gran Brujo de Talamanca, quien como dijimos se había retirado en 1883 en busca de mayor seguridad, a las cabeceras del río Tarire. En este lugar vivían entonces los indios de Buenos Aires que eran en su mayoría cristianos. Pasaron la noche en un palenque de Suébata y también los días sábado y domingo. Estos indios poseían ganado, vestían mejor que los indios de la baja Talamanca, y estaban proyectando sembrar café.

El Obispo les dió consejos y los animó al trabajo. Reflejaba el adelanto de estos indios la construcción de un camino amplio de cuatro metros de ancho, desde Suébata hasta Amókicha, aunque eran dos largas jornadas, lo hicieron para exportar con mayor comodidad su ganado, evitando el viejo camino de Acáshata que pasaba tres veces el Río Coen.

El lunes 20 de enero salieron de Suébata, pasaron el Coen por el puente de bejucos, y subieron durante cinco horas la ladera de la montaña opuesta, montaña perpendicular en donde en los despeñaderos tenían los indios estacas amarradas con bejucos que servían de agarradera. Ya en lo alto, llegaron a poco a Huépana o "sajinillo" en donde pernoctaron, pasando muy mala noche a causa del frío. (C. Búku).

El martes 21 continuaron la subida hasta llegar a las cabeceras del Río Arari, cima donde hace mucho frío y donde todos se enfermaron, unos de catarro y otros de calenturas. No obstante el jueves 22 emprendieron la marcha muy temprano llegando a las 10 de la mañana al punto más alto de la cordillera llamado Coeza, en donde soplaba un viento recio que casi los derribaba. Salieron de la montaña que rodea la cumbre y penetraron en las Sabanas de Ulán. Allí el panorama es hermosísimo descubriéndose toda la llanura de Buenos Aires, Térraba, Boruca, Cañas Gordas y Chiriquí. Bajando por Ulán, pasaron el río Cuijec y luego el río Ceibo.

Aquí vinieron a toparles los habitantes de Ujarrás y Buenos Aires, trayéndoles provisiones. Montaron a caballo y a las 8 de la noche llegaron finalmente a Buenos Aires. El martes 28 fueron a Térraba y el 29 a Boruca, cuyos pueblos estaban declinando rápidamente. El número de defunciones excedía al de nacimientos. En 1883 informaba Monseñor Thiel que había solamente 300 habitantes en cada uno.

El 4 de febrero regresaron a Buenos Aires donde vivían unas 25 familias del interior y de Chiriquí que tenían ganado, trapiches, siembras de maíz, frijoles, caña, etc. y observaban muy buena conducta. El jueves 6 de febrero salieron para General, lle-

gando al anochecer del día 7. El lunes siguiente tomaron rumbo a la costa pernoctando en Pacuare. El martes 11 se embarcaron en Uvita en un bote de los indios y gozando de buen viento y corriente, llegaron de noche a Golfo Dulce el jueves 13.

El martes 18 a las 4 de la tarde se embarcaron para Puntarenas llegando el domingo 23 de febrero a las 6 de la tarde, sin más novedad que el cansancio y el enflaquecimiento debido a las penalidades del camino, pero sintiendo gran satisfacción por la maravillosa expedición realizada.

En resumen 70 días duró esta expedición desde San José hasta Puntarenas por todo el territorio del sur del país a ambos lados de la Cordillera de Talamanca, cuya ruta y etapas fueron: San José, Cartago, Paraíso, Tucurrique, Atirro, Tuis, Pacuare, Moravia, Chirripó, Chiquiari, Muñioc, Hobuí, Cachárue, Bitéi, Sipurio, Págurcha, Amókicha, Sigua-hú, San José Cabécar, Suébeta, Huépana, Coeza, Cuijec, Ceibo, Ujarrás, Buenos Aires, Boruca, Térraba, General, Pacuare, Uvita, Golfo Dulce y Puntarenas.

Los resultados de los trabajos apostólicos fueron relativamente pocos: 179 bautizos, 414 confirmaciones, 1065 confesiones, 1013 comuniones y 36 matrimonios. De los 70 días empleados, 7 días pasaron en el mar, 56 días anduvieron a pie por la montaña, 5 días a caballo y durante 22 días pernoctaron en pueblos y palenques indios. Durante 36 días llovió; atravesaron 18 ríos grandes y unas 40 quebradas o ríos pequeños; tramontaron 5 cordilleras laterales con alturas que varían entre 4.000 a 7.000 pies y la gran Cordillera de Talamanca con una altura de 9,500 pies sobre el nivel del mar.



### CAPITULO III

## TRAVESIAS DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA EN EL SIGLO XX

- 19.—Travesía del Conde Mauricio de Périgny en 1912.
- 20.—Las dos travesías del Obispo Agustín Blessing en 1916 y 1923.
- 21.—La doble travesía de José Ana Granados Vargas (14 mayo 1923).
- 22.—La travesía de Pío Acuña Chaves y compañeros en 1924.
- 23.—La expedición científica de la Señora Doris Stone (9 al 24 setiembre de 1947).

#### 19.—TRAVESIA DEL CONDE MAURICIO DE PERIGNY: (1912).

El viajero francés Comte Maurice de Périgny, visitó Talamanca en el año de 1912 *atravesando la cordillera* desde Buenos Aires. Escribió en su libro "La République de Costa Rica" impreso en París en 1918, un relato de sus viajes. En él narra que en Duerí visitó a la viuda y a la hija del difunto Rey Antonio Saldaña y que vió en el palenque donde se custodiaban religiosamente las insignias del extinto cacicazgo: la corona de plumas y el collar con seis grandes águilas de oro.

Antonio Saldaña, último cacique o Rey de Talamanca, murió el 3 de enero de 1910 y ocho días después falleció también su sobrino José Saldaña, heredero del cacicazgo.

#### 20.—LAS DOS TRAVESIAS DEL OBISPO AGUSTIN BLESSING: (1916 y 1923).

Agustín Blessing Prinzinger, sacerdote alemán, misionero de la Congregación de los Padres Paulinos que regentan el Colegio Seminario de San José, fue por muchos años ilustre profesor y director de esa institución. Según los informes recogidos, atravesó dos veces la Cordillera de Talamanca de Este a Oeste, en la siguiente forma:

### 1ª Travesía:

Pasando sus vacaciones por un tiempo en el Curato de Turrialba, que tiene jurisdicción hasta Chirripó, emprendió un viaje, con fines de su apostolado, en los años 1916 a 1917. Salió de Turrialba en compañía de un Hermano lego y tres indios guías y cargueiros, por el camino de Tuis a Chirripó y de aquí al alto de San José Cabécar en donde decidió inesperadamente atravesar la cordillera, llegando a Buenos Aires.

### 2ª Travesía:

Varios años después, en 1923 aproximadamente, siendo ya Vicario Apostólico de Limón, con jurisdicción misional en toda la Talamanca, decidió visitar, en el ejercicio de su celo apostólico, todos los pueblos indios. Emprendió el viaje en compañía de un Hermano lego, embarcándose en Limón en el velero de su amigo de la raza de color, Mr. Shergold, quien lo condujo hasta *Puerto Viejo*, en donde lo esperaban los indios que lo llevaron en extenso recorrido hasta *Sipurio* y demás rancherías del bajo y alto Coen. Visitó San José Cabécar por segunda vez, y tomando el mismo camino que había trajinado antes, cruzó la cordillera y llegó a Buenos Aires.

### 21.—LA DOBLE TRAVESIA DE JOSE ANA GRANADOS VARGAS: (14 mayo 1923).

El señor José Ana Granados, residente en Buenos Aires de Osa, donde ha desempeñado con singular honradez el cargo de Tesorero Municipal del Cantón por más de veinticinco años, realizó la travesía de la Cordillera de Talamanca, en ambas direcciones, en el año de 1923 acompañado por su hermano menor, el joven Juan Granados, el señor Cayetano Estrada L. y el guía indio Pascual Reyes Navas.

Pocos meses después de haber contraído matrimonio, realizó esta expedición con el objeto de llevar a vender al Alto Coen una partida de ganado, de cuatro toretes y dos novillos. La relación del viaje que muy gentilmente me hiciera el propio señor Granados Vargas accediendo a mis ruegos, es la siguiente:

El lunes 14 de mayo de 1923 salieron los expedicionarios de Buenos Aires arreando las seis cabezas de ganado, llegando hasta Ujarrás donde pasaron la noche. El martes 15 treparon la empinada Cordillera de Talamanca y pasaron la noche en el alto, bajo una gran piedra que se encuentra al lado izquierdo de la Boca superior de la Sabana de Ulán (Háčku 2657 m.).

El miércoles 16 pasaron el Cerro Pelón y llegaron a dormir al Río Lori; el Jueves 17 treparon una loma (Alto Krikikuta?) y descendieron hasta la cabecera de la Quebrada Kriku cuyo lecho sirve de camino. Veintiocho veces cruzaron el lecho del río hasta llegar a su desembocadura en el Río Lari. Allí acamparon.

El viernes 18 continuaron la subida y llegaron a Sahinillo; el sábado 19 ascendieron un poco más, hasta el Alto del Convento desde donde se divisa la hondonada del Río Coen, al pie de San José Cabécar. Bajaron y muy tarde llegaron junto al paso del río, durmiendo en la choza de una india muy anciana que vivía con su hijo.

El domingo 20 pasaron con alguna dificultad el Río Coen que estaba crecido y llegaron a San José Cabécar adonde descansaron todo el día para darle alivio al ganado que estaba muy "gafó y rendido, con los jarretes y pezuñas desollados". El lunes 21 siguieron río abajo por su margen izquierda y durmieron donde un indio que llamaban Chalin. (Será acaso el sukia Víctor Chale quien vivió en este punto del río?).

El martes 22 siguieron río abajo, y a eso de las diez de la mañana lo cruzaron, pasando a su margen derecha en donde los sorprendió un aguacero que duró cerca de cinco horas. El río creció mucho y tuvieron que seguir por la orilla del mismo, sufriendo grandes dificultades ya que hay al paso peñones y precipicios. Llegaron por fin al principio de las planicies (Brisbeta), pasando la noche en el rancho del indio Esteban Masa.

El miércoles 23 alquilaron un bote y cruzaron el río, haciendo alto en el rancho del indio Roberto Sáenz, al que tomaron como punto de partida para ir a visitar los comisariatos de la bajura. Estos quedaban en medio de enormes plantaciones de banano cruzadas por extensas e interminables líneas férreas que corrían en línea recta, cuyo fin apenas se alcanzaba a divisar. La población de trabajadores de la Compañía Bananera, era una mezcla de negros, indios, panameños y ticos blancos.

En Finca Sipeque estuvieron varios días esperando el pago de los animales que habían vendido, regresándose en seguida a Buenos Aires, en lo que tardaron cinco días. En todo el viaje emplearon un mes, habiendo llegado tan demudados a causa de la mala alimentación y de las penalidades sufridas, que los familiares apenas los reconocieron.

Los habitantes aborígenes de aquella región fueron muy hospitalarios con los viajeros, hospedándolos como amigos en sus palenques y compartiendo con ellos el "tibio", cacao molido y batido en agua hirviendo, servido con plátano maduro asado.

*Descripción del nacimiento de un indito:*

El señor Granados me describió en su carta las costumbres y ritos observados por una india en su alumbramiento, que tuvo ocasión de presenciar:

"En los días que estuve en Talamanca en casa del indio Roberto Sáenz, quien además del idioma bribri y del castellano se entendía en inglés con los negros, había una india embarazada próxima a dar a luz. Un día a las ocho de la mañana se fueron los dueños de casa que eran Roberto y su mamá, quedándonos en el rancho la india, mi hermano Juan y yo. A poco la mujer se cambió de ropas, se peinó y se fué de la casa con dirección al bosque, y como a las diez de la mañana la madre de Roberto habiendo regresado y preguntado por ella se fué en su seguimiento con un cuchillo, con el cual oí que se puso a trabajar, haciendo como a cien metros de la casa, a la par de una ciénaga, un pequeño cobertizo de hojas de platanillo.

Por la tarde y la noche llovió torrencialmente y el señor Granados intrigado por la conducta de los indios fué a observar con toda cautela el cobertizo, encontrando en él a la joven india acostada sobre un haz de hojas puestas en el suelo abrigándose con las mismas y con un niño recién nacido en los brazos llorando de frío.

A los tres días el dueño de casa invitó al señor Granados y a su hermano Juan a una vivienda cercana donde estaba un indio sesentón fumando un gran puro, sentado orgullosamente en una hamaca, con el cabello que le caía sobre los hombros, el cual era sukia o curandero. Tenía una mochila con un pizote vivo adentro y otra con unos pollos, un gran manojo de hojas de sahínillo, y sobre una piedra plana un buen poco de polvo oloroso, que parecía ser corteza de canelillo molida.

En ese momento se apareció la joven madre viniendo del bosque completamente empapada, pues le chorreaba el agua por los ruedos del vestido, a consecuencia de un baño que "para purificarse" acababa de tomar con la ropa en la charca, trayendo en sus brazos al niño casi desnudo.

El sukia al verla se levantó de la hamaca con gran ceremonia y fué a recibirla en las afueras del rancho, cubriéndola a ella y al niño de grandes bocanadas del humo de su puro. Entonces la india se acercó y le presentó al niño, siendo tocados ambos varias veces, con el manojo de hojas de sahínillo, con la mochila de los pollos y con la del pizote, mientras que el sukia murmuraba palabras en un lenguaje extraño. Luego frotó el sukia al niño con los polvos olorosos y asimismo las manos y los brazos de la madre, ordenándole entonces a la mujer que entrara bajo el techo de la casa, y con ai-



tes de gran señor se sentó en la hamaca y todos los presentes frente a él, siendo obsequiados inmediatamente con grandes jicaras de "tibio" con plátano asado."

Al regreso el río Coen estaba muy crecido, siendo necesario contratar los servicios del valiente indio Rafael Fernández para que los ayudara. Unos pasaron a nado y otros ayudados por el indio Rafael quien resistiendo a pié firme con un grueso bordón en las manos, el ímpetu de la corriente producía oleadas que desde la cintura le subían a la altura del cuello.

Termina su interesante carta el señor Granados Vargas con esta valiosa observación: "Para un viajero rústico que no pueda llevar un calentador de gas es muy difícil poder hacer café o cocinar alimentos, pues es un problema complicado hacer fuego en cualquier lugar, por la gran humedad y la falta de leña seca."

## **22.—LA TRAVESIA DEL SEÑOR PIO ACUÑA CHAVES Y COMPAÑEROS: (1924).**

El señor Pío Acuña Chaves, acompañado por su hijo, el periodista Pío Luis Acuña, don Diego Povedano y don Gustavo Michaud visitó Talamanca en el año 1924, aproximadamente. Iban en busca de orquídeas, otras plantas exóticas y de fuentes de petróleo, cuyo tema y posible existencia, interesaba como ahora, la opinión pública de ese entonces.

Entrando por Sixaola, siguieron los excursionistas el curso del Río Tarire, y subiendo intrépidamente a la cima del Cerro Chirripó, cruzaron la Cordillera de Talamanca, yendo a salir por un camino viejo al Valle de El General. Esta es, desde luego, otra ruta completamente distinta, más al Norte de las que se han reseñado anteriormente.

## **23.—LA EXPEDICION CIENTIFICA DE LA SEÑORA DORIS STONE: (9 al 24 setiembre 1947).**

En setiembre de 1947 se encontraba en Buenos Aires la señora Doris Stone en compañía del Prof. Ricardo Pozas Arciniegas, Etnólogo de la Escuela de Antropología de México, entregados a sus trabajos de investigación antropológica. Estando en esto, la señora Stone recibió la visita del indio Víctor Chale, sukia del alto de San José Cabécar quien vino a manifestarle "que los indios de su región no querían vivir más en la oscuridad", y que venía a rogarle hiciera extensivos a sus coterráneos del otro lado de la Cordillera, los beneficios de la civilización que ella había llevado a los indios de la vertiente del Pacífico, y que ahora disfrutaban tan



notoriamente y con tan grata satisfacción, los habitantes de los pueblecitos indios de Cabagra, Salitre, Ujarrás, Boruca y Térraba. La señora Stone aceptó inmediatamente la invitación del sukia, y sin hacer muchos preparativos ni alistar muchas provisiones, puso un radiograma al Dr. Paul Shanks, Forestal de la Escuela Agrícola Panamericana de Honduras, conocida con el nombre de Colegio Zamorano, quien se encontraba en San José, invitándole para que le acompañara.

A las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana del martes 9 de setiembre emprendió el viaje, partiendo de la casa del indio Fermín Zúñiga en Ujarrás en compañía del Prof. Pozas, del Dr. Shanks y de seis indios más. Cuatro de estos indios habían sido escogidos por la señora Stone para que el Prof. Pozas les enseñara el castellano, la escritura de su propia lengua cabécar y los preparara como maestros. De acuerdo con los planes trazados por la JUNTA DE PROTECCION DE LAS RAZAS ABORIGENES DE LA NACION, estos maestros servirían en las escuelas indígenas de la región. Eran estos indios: Víctor Mayorga, Teófilo Mayorga, Alfredo Obando y Ernesto Zúñiga, Iban además como cargueros Miguel Villanueva y Fermín Zúñiga. Desgraciadamente en la actualidad solo el señor Teófilo Mayorga sirve como Maestro en la Escuela Indígena de Cabragra, habiendo fallecido ya el cargador Fermín Zúñiga y retirado por varias causas Víctor Mayorga, Alfredo Obando y Ernesto Zúñiga.

Ese primer día de viaje suspendieron la marcha a las once y media de la mañana a causa de un fortísimo aguacero y acamparon en la Boca inferior de la Sabana de Ulán.

El miércoles 10 a las seis y cuarenta y cinco minutos de la mañana emprendieron la penosísima ascensión del empinado cerro despoblado de árboles y sumamente ventoso, llegando a su cima a las nueve y media de la mañana. Acamparon a 2.200 metros de altitud según registraba el altímetro que llevaban, en un bosque de árboles de quina (*Crotón Tonduzii*), de cuya corteza se extrae la quinina. (6).

El jueves 11 emprendieron la marcha a la hora acostumbrada, pasando a la vista de la bellísima cascada del río Kriku. Bajaron entre el agua el curso del río y acamparon en la confluencia de éste con el Río Lori.

El viernes 12 dejaron el Río Lori a las seis y media de la mañana y emprendieron la ascensión de una loma por cuya cima pasaron a las nueve, descendiendo luego por la ladera opuesta. Pasaron

---

(6) Henri F. Pittier, Ensayo sobre las Plantas Usuales de Costa Rica, 1908.

la Quebrada Lari, afluente del Coen, a las once y treinta. En la tarde acamparon en plena selva, entre Lari y Coen.

El sábado 13 de setiembre iniciaron la marcha a las seis y cuarto de la mañana, ascendiendo a una empinada montaña en cuya cima de 1480 metros los indios han plantado innumerables bordones, a los que atan en el extremo superior un pedazo de tela arrancada de sus ropas, como una imploración a Dios para que no les suceda nada malo en el viaje. Llegaron a la casa del indio Alejandro Morales a las dos y cuarto de la tarde, donde acamparon.

El domingo 14 emprendieron la marcha a las 6 y 40 minutos de la mañana y llegaron por la tarde a Subébeta, a la casa del sukia Víctor Chale. Acamparon a 540 m. de altitud y allí tuvieron noticias de los viajes del Obispo Blessing a ese lugar.

En la semana del lunes 15 al sábado 20 de setiembre permanecieron explorando Subébeta y sus alrededores. Conversaron con los indios y visitaron sus ranchos, indagando sus costumbres y sus necesidades; tomaron fotografías y reunieron gran acopio de datos interesantísimos que la señora Stone se propone ordenar y publicar en fecha próxima.

El domingo 21 fueron de visita al palenque del sukia Santiago Lec, para lo cual atravesaron el Río Coen por un puente colgante hecho de bejucos que el sukia renueva periódicamente con sus indios.

El lunes 22 abandonaron definitivamente la región a las siete de la mañana y se encaminaron al embarcadero en la confluencia del Río Coen con el Telire, afluentes superiores del Río Sixaola, por el cual navegaron río abajo y llegaron a la casa de Neftalí Valverde, ex-agente de policía de la Baja Talamanca por muchos años. Desde aquí los cargueros Fermín Zúñiga y Miguel Villanueva regresaron por tierra a Buenos Aires.

El martes 23 los siete expedicionarios se embarcaron de nuevo río abajo, llegando a Cuabre temprano de ese día, dirigiéndose a Finca Margarita. Esta es una finca de cacao de la Compañía Bananera y allí solicitaron un carro motor que los llevó hasta Almirante. La señora Stone tenía interés que sus cuatro maestros indios que la acompañaban, conocieran la Fábrica de Abacá de la Compañía, moderna instalación de su clase, la hermosa Bahía del Almirante y la Ciudad de Bocas del Toro.

El miércoles 24 tomaron un avión que los condujo a San José. Los cuatro indígenas fueron enviados en otro avión a Buenos Aires.

## CAPITULO IV

### LA EXPEDICION DEL GOBERNADOR PORTOCARRERO.

(12-25 marzo 1954)

- 24.—Orígenes.
- 25.—Salida de San José, comestibles, equipo y trastos.
- 26.—Bctiquines con medicinas.
- 27.—Comienza el viaje.
- 28.—En vuelo a Sixaola.
- 29.—El puente, el ferrocarril y el Resguardo de Sixaola.
- 30.—Las fincas de cacao de la Compañía Bananera.
- 31.—Nuestra llegada a Volio y sus demandas.
- 32.—De Volio a Piedra Grande.
- 33.—La navegación por el Río Sixaola.
- 34.—Suretka.

RUTA y ETAPAS: Limón, Sixaola, Cuabre, Uatsí, Piedra Grande, río Sixaola, Suretka, Urén, Amubre, Túnsula, Katsi, Sipurio, Suretka, Pto. Lari, Brísbeta, C. Piste, Quichúguecha, San José Cabécar, Cúrguicha, Suébeta, C. Búkku, Lari, Lori, C. Pelón, Celím-munubetá, Hákku, Sabana de Ulán, Chibugra, Ceibo, Ujarrás, Buenos Aires.

#### 24.—ORIGENES:

El Gobernador de la provincia de Limón, señor Alfonso Portocarrero Argüello se propuso hacer la travesía de la Cordillera de Talamanca, invitando a algunos amigos para que lo acompañaran.

Entre éstos figuró siempre en lugar prominente el Embajador Norteamericano, señor Roberto Charles Hill, por su fuerte personalidad así como por el verdadero interés que siempre demostró en la gira, visitando como ya veremos durante un día a la Expedición en

Suretka y lamentándose sinceramente que sus muchas ocupaciones no le permitieran disponer de unos diez a doce días que demandaba en total la travesía.

Habiéndose enterado el Gobernador de las visitas preliminares que había hecho el suscrito a los pueblos indios de ambas vertientes y de su gran interés por esta travesía, le dispensó la distinción de invitarle, lo cual aceptó en el acto. Dejé para más adelante mi proyectada visita de ese año, en uso de mis vacaciones anuales, a los volcanes de la provincia de Guanacaste y me fui con el Gobernador. Más adelante llegó a decirme el señor Portocarrero que yo era el compañero que le había caído del cielo, sin cuya compañía se le habría hecho muy aburrido el viaje, aunque la verdad es que yo creo que fué la expedición del señor Portocarrero, la que cayéndome del cielo, me permitió realizar el "safari" tantas veces proyectado. De todos modos, de común acuerdo pusimos manos a la obra.

## 25.—SALIDA DE SAN JOSE, COMESTIBLES, EQUIPO Y TRASTOS:

El miércoles 10 de marzo salí de San José para Limón en el tren rápido de las doce y treinta minutos que las gentes han dado en llamar "El Pachuco". Me acompañaron hasta Cartago, para despedirme, mi señora Dita Brünker de Kohkemper y mis dos hijos Roberto y Sonia.

El tren apenas les da tiempo de bajarse en Cartago, pues arranca y corre briosamente hasta la estación de Pavas, a donde llegamos a las dos de la tarde para encontrarnos con el tren regular de la mañana y las caras de sus aburridos y cariacontencidos ocupantes.

Uno de los carros de carga nuevos, de acero, que la Northern había construido en Limón, más grandes y más pesados de la cuenta, en su primer viaje a San José, venía cargado con cemento. Frente al Cementerio de Turrialba, cayó y se atravesó en la línea, en una curva. Después de dos horas enteras de paciente espera lograron despejar la línea y pudimos proseguir el viaje, dejando atrás el lerdo tren ordinario que hace paradas en todas las estaciones. Llegamos a Limón a todo correr, a las siete y media de la noche, con un tiempo atemporalado que se prolongó durante todo el día siguiente.

Me dirigí a la casa del señor Gobernador que me recibió con la mayor cordialidad, siéndome presentados su señora, doña Iris Blanco de Portocarrero, y sus hijitos Alfonso y Sonia María, que ya van a la escuela, y la pequeña María Rocío. El Gobernador y su

señora venían llegando de una gira de inspección por Tortuguero, donde se planea abrir un campo de aterrizaje de gran necesidad para las gentes del lugar.

Después de la comida nos comunicamos nuestros respectivos planes, esbozando por escrito un proyecto de expedición que nos permitiera aunar nuestros esfuerzos y evitar malentendidos.

El jueves 11 de marzo desde muy temprano nos dedicamos a enviar algunas cartas y telegramas en las que avisamos al señor Ministro de Gobernación y al Director del periódico "La República" nuestra salida, y a las autoridades de Sixaola y a los amigos que nos recibirían en Buenos Aires, nuestra llegada.

En el Comisariato de la Compañía y en otros comercios de Limón, nos proveímos de las siguientes clases de artículos:

1.—*Ítems*: Sal, azúcar, dulce, aceite, nestcafé, leche en polvo, queso colorado, pan negro, pan bon, harina de pan cake, corn flakes, sopas en paquete, avena, span, chocolates, jalea, anchoas, jamón y cognac.

De estos alimentos, a causa de las lluvias se nos descompuso al segundo día el pan negro y hubo que echarlo a las gallinas; por el contrario el pan bon que hacen los negritos de Limón, resistió todo el viaje y probó ser con el queso colorado y el nestcafé, un excelente y rápido desayuno; y las sopas de paquete, con una dosis adicional de sal y una lata resultaron ser, con alguna otra cosa, una magnífica comida para la tarde, pues lo importante era contrarrestar la fuerte deshidratación que sufríamos esos días a causa de los grandes esfuerzos y sudores de cada jornada. Almuerzo, propiamente dicho, no se acostumbró hacer en la montaña, pues no había tiempo ni comodidad para disponerlo.

2.—*Equipo*: Llevamos una excelente tienda de campaña de paredes. El material era muy liviano, pues apenas pesaba 28 libras, contra las 60 que suelen pesar estas tiendas con capacidad para 4 adultos. Estaba equipada con subpuertas de velo de mosquitero, con zipper de arriba a abajo. Llevamos además: lonas para proteger las provisiones, un rifle de repetición, calibre 22, tiros, machetes, puñales, cantimploras, mecates, focos, pilas, botiquín, cámara, películas, linterna, bombillos, mechas y fósforos en buena cantidad.

3.—*Trastos*: Llevamos dos ollitas, una sartén, una cafeterita, dos cucharones, jarros, platos y cubiertos, abrelatas, suficiente canfin, (kerosén) para una magnífica cocinilla de presión desarmable, por ser menos peligrosa que las de gasolina, ésta nos prestó valiosísimos y rápidos servicios.

## 26.—BOTIQUINES CON MEDICINAS.

Además del Botiquín de la expedición, llevamos un gran bulto con medicinas suministradas por la Municipalidad de Limón, las que se aumentaron considerablemente con el valioso stock que nos fué a llevar personalmente a Suretka, el señor Embajador Norteamericano Mr. Robert Hill.

Ambos conjuntos componían la siguiente lista de *medicinas*: Aralén, Penicilina, Suero Butantán, Vacuna antitetánica, equipos de jeringas hipodérmicas, Metoquina, Cristoides, Coramina, Camoquin, Repodral, Genotiacina, Zepol, Mentholatum, Pomada de Sulfatiazol, Sal de Inglaterra, Sal de Frutas, Leche de Magnesia, Alcohol, Merthiolate, Mercurocromo, Yodo, Repelente para los moscos, aspirinas, Mejorales, Vendas y Algodón.

Uno de los fines esenciales de la expedición era el de formar una idea clara de la clase de medicinas que necesitan los indígenas, y ahora sabemos a qué atenernos: tanto grandes como pequeños sufren especialmente de parásitos intestinales, de malaria y sus calenturas. En poca escala mordeduras de serpientes y padecen también de resfriados.

Apenas plantábamos la tienda de campaña al terminar una jornada y hasta el anochecer nos rodeaban constantemente grupos de indios, hombres, mujeres y niños que venían de los alrededores a solicitar medicinas para sus dolencias y cigarrillos para matar el rato. El Gobernador Portocarrero soportó esta ininterrumpida avalancha de solicitudes con paciencia benedictina y con admiración de mi parte, pues no se apartaban de nuestra presencia, ni cuando yo preparaba nuestra única comida diaria, mostrando interés todos ellos por lo que cocinábamos y comíamos, haciendo chistes y alegres comentarios en su sonoro y enredado lenguaje; desde luego, nosotros no les comprendíamos y nos limitábamos a sonreírles.

Ante el peligro de que se terminaran pronto las medicinas, se dispuso hacer cuatro *botiquines grandes*, para dejarlos a cargo de una persona responsable que pudiera leer y transmitir sus indicaciones y que supiera poner inyecciones; los dejamos en cuatro lugares diferentes donde observamos que están los centros de población, repartiéndolos así: el *primero* quedó en Uatsi (Volio) a cargo del Foreman señor Víctor Zamora; el *segundo* quedó en Suretka a cargo del señor Juan María Urbina García; el *tercero* en Amubre, a cargo del buen Simón Mayorga; y el *cuarto* en Quichúguecha, a cargo del sukia bribri Santiago Lec, dejándonos desde luego el Botiquín de la expedición y otro stock adicional para atender las solicitudes que se nos presentaran en el camino.

Revisadas las listas anteriores, las cosas se empacaron en cajas de cartón, envueltas luego en lonas o en sacos de lona, nos asustamos en principio ante la montaña de bultos que teníamos; pero una vez pesados en la Oficina de Aviación del señor Francisco Vannoli en Limón, nos tranquilizamos con las indicaciones de la romana a saber:

Provisiones y trastos, 82 libras, medicinas y regalos para los indios, 44 libras: tienda de campaña, 28 libras, dos salveques, 60 libras; otro equipo, 20 libras. Subtotal de carga, 234 libras. Peso del señor Portocarrero, 135 libras: peso del suscrito, 181 libras. Total de carga para el avión, 550 libras exactamente. Habiéndonos asegurado que el "Cesna" despega fácilmente con 1.000 libras de carga nos pareció entonces que en este viaje especial no iría el avión muy cargado y que de consiguiente, pudimos haber llevado más carga. Las fatigas del camino se encargaron de decirnos lo contrario.

Poco antes de partir logré obtener la visita del Presbítero Don Bernardo Drüg, Cura de Limón y Misionero de Talamanca a la Oficina de la Gobernación. En amable y cordial entrevista le suministró al señor Gobernador muy valiosas informaciones y consejos que luego confirmamos plenamente durante el viaje. Coincidió conmigo en que el hombre indicado para servir de *guía* a nuestra expedición y para reunir los indios cargueros era *Simón Mayorga*, de Amubré, a quien yo había conocido y tratado de cerca en mi primer viaje a Talamanca en 1952. El Padre nos manifestó que tal persona se encontraba por casualidad en Limón, pues había venido a hacer unas compras.

Cuando por la tarde de ese mismo día encontré a Simón por la calle, y lo llevé a la Gobernación logrando contratar sus servicios, consideré tal hecho como providencial. Los servicios que nos prestó en la formación del "safarí" y en las distintas parlamentaciones que hubo que celebrar con los indios, fueron muy valiosos. Simón les hablaba y explicaba en su propia lengua, y el Gobernador llegó a tomarle gran cariño y estimación.

## 27.—COMIENZA EL VIAJE.

El viernes 12 de marzo a la una y cuarto de la tarde, previas las despedidas de rigor, tomamos en Limón la camioneta del aviador Vannoli, que nos condujo junto con nuestra carga, al Campo de Aterrizaje en la playa de CIENEGUITA. Al llegar no más, pasó tronando sobre nuestras cabezas un gran avión de la *Lacsa* que se disponía a aterrizar a un kilómetro más al Sur, donde los trac-



tores ya estaban terminando de nivelar una pista y un aeropuerto que, según manifestación orgullosa del señor Gobernador, será el primer aeropuerto del país mientras no se termine el de "El Coco" de Alajuela.

Saludamos a nuestro amigo el Piloto Francisco Vanolli que nos llevaría en vuelo especial a Sixaola y quien con sus empleados se ocupó de cargar y revisar minuciosamente el aeroplano. Estábamos listos ya para zarpar en su avión "*Cesna*" cuando se apareció sobre el campo y descendió otro "*Cesna*" gemelo, pero de mayor potencia. Pertenecía a la Oficina del "INTERAMERICAN GEODETIC SURVEY", con marcas U.S. ARMY N° 112274 y venía piletado por nuestros amigos el Capitán Frank J. Spacek Jr. y el Teniente Perry S. Marlin. Yo había conversado con ellos en la Embajada Americana el lunes anterior, al tratar de arreglar la incorporación del Embajador Hill a la expedición. Por falta de tiempo, deseaba poder alcanzarnos en Suretka, para lo que me pareció aconsejable que trataran de aterrizar en una isla grande que hay en la mitad del Río Sixaola, que si bien puede tener una pista de unos 20 metros de ancho, es baja, plana y tiene más de 600 metros de largo. Dicha isla está a más de medio camino entre el embarcadero de Piedra Grande y Suretka, lugar este último de arranque definitivo para toda Talamanca. En mi primer viaje a este lugar, los indios me habían informado, al pasar junto a la pista de dicha isla, que allí había estado aterrizando, varias veces, hacía algunos años, un aeroplano pequeño.

Después de los alegres saludos con que celebramos tan inesperado encuentro, en el momento preciso en que íbamos a zarpar, nos comunicaron que venían de volar sobre la isla mencionada, y que desgraciadamente la habían encontrado llena de troncos y piedras, que seguramente había arrastrado alguna creciente. Esto lo constatamos al día siguiente cuando pasamos junto a la isla. El señor Embajador Hill nos rogaba que lo esperáramos todo el próximo lunes 15 en Suretka, a lo cual accedimos gustosamente.

## **28.—EN VUELO A SIXAOLA.**

A las dos de la tarde el avión despegó conducido por el Piloto Vanolli llevando al Gobernador y al suscrito. Volando muy bajo, a lo largo de la costa, pasamos sobre el Aeropuerto donde estaban trabajando los tractores y luego sobre el Puente del Río Banano, también en construcción. El Banano tiene suficiente caudal de aguas en su desembocadura, y las bocas de los ríos Bananito y Estrella estaban cegadas. Vimos luego Punta Caluita con el puerto del mismo nombre.

Más adelante volamos sobre Puerto Viejo, donde nuestro amigo Augusto Mason, más conocido por GOSÍ, salió a saludarnos al jardín de su casa agitando los brazos. Le contestamos con un balanceo de las alas del avión. Pasamos luego sobre la explotación de maderas de la Atlantic Lumber C<sup>o</sup>, que poseen los señores Rodrigo Castro e Hijos en *Gandoca* y a poco encontramos la desembocadura del caudaloso Río Sixaola. En esta expedición lo remontamos hasta sus fuentes y notamos que su desembocadura es más angosta, que muchos trechos del río arriba.

Enderezamos el rumbo, volando siempre a escasa altura y seguimos curso arriba del río, que en la desembocadura hace dos ex-

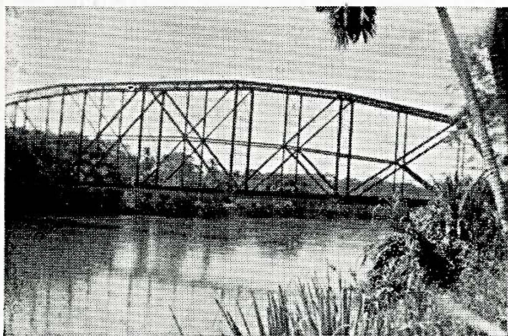


Fig. 1.—El puente internacional de Sixaola, punto de arranque de la Expedición.

tensas curvas. A poco nos encontramos con el imponente PUENTE FERROCARRILERO INTERNACIONAL conocido, antes de ser lugar fronterizo con el nombre de Bridge-foot (brichfut). Después de una rápida maniobra del Piloto Vanolli, para tramontar los amplios arcos del puente en la que nos hizo por inercia hundirnos en el asiento del avión, aterrizamos, a las dos y veintiocho minutos, en el campo de aterrizaje de SIXAOLA. Este está junto al río en la Finca Costa Rica, que la Compañía Bananera tiene en esta

zona. Fuimos recibidos muy amablemente por el señor Teófilo Alvarado, Gerente de las fincas de cacao en esta región, y por el Teniente Franklin Bonilla, a cargo de la Oficina de la Subinspección de Hacienda en el puesto fronterizo del Puente Internacional.

## 29.—EL PUENTE, EL FERROCARRIL Y EL RESGUARDO DE SIXAOLA.

Nos dirigimos en motor-car a la Sub-Inspección para saludar y conversar con sus elementos, y estuvimos en el hermoso *Puente Internacional* (Fig. N° 1) por el que pasa el ferrocarril, ambos construidos en el año 1909. El puente se compone de tres grandes arcos, está pintado enteramente de negro y tiene 884 durmientes, que una vez tuve la paciencia de contar, para darme una idea de su extensión. El río que discurre por debajo, en una anchura de 100 a 150 metros, es profundo, de suave corriente y muy hermoso, pero es un río triste y muy desolado: ni un bote motor ni un miserable cayuco navegan por sus aguas. El contraste es notorio con el intenso tráfico y navegación que observé hace unos años en la desembocadura del *Río San Juan*, en la Barra del Colorado.

La navegación de Río Sixaola existe arriba de Cuabre o de Peña Grande, donde los indios dejan sus botes, prefiriendo venir a Sixaola por ferrocarril ya que les resulta menos pesado, pues hay que hacer un gran esfuerzo para "palanquear río arriba."

*LA LINEA FERREA* viene desde Puerto Almirante en Panamá, el cual se parece mucho a nuestro Puerto Limón. Allí tiene la Compañía Bananera su principal asiento, un Hospital, la Planta del Abacá, etc. La línea férrea pasa primero por Changuinola, que tiene un magnífico campo donde aterriza regularmente la *Lacsa* de Costa Rica y la *Copa* de Panamá; pasa luego por GUABITO, que está inmediatamente al otro lado del Río Sixaola, en su margen derecha. La Compañía tiene allí su base de operaciones de esta región, así como su central telefónica, por lo cual la llaman más comúnmente BASE LINE y es punto intermedio entre Almirante y Volio.

En la tabla de la estación del ferrocarril se lee a ambos lados del nombre GUABITO lo siguiente: Almirante 24,42 millas - Suretka 28,76 millas, pero bien sabemos que desde las fuertes crecientes del Río Sixaola que en 1925 destruyó puentes y se llevó tramos enteros de la vía férrea, el ferrocarril llega solamente hasta Volio, lugar que los negros llaman Chase y los indios Uatsí, viniendo a ser lo mismo.

El Gobierno de Panamá tiene instaladas en Guabito las Oficinas de su Resguardo, Aduana y Cuartel. Las construcciones son toscas, de madera, pero espaciosas, limpias, cómodas y bien dispuestas y sus agentes y militares en número de unos 20 a 30 se ven siempre bien uniformados y armados.

Almirante, Changuinola y Guabito son poblaciones panameñas que deben su existencia a la Compañía Bananera. En todas ellas se encuentran la Iglesia y algunos negocios comerciales, pero muy poca gente ajena a la Compañía. A ésta pertenecen todas las casas, edificios e instalaciones colocados simétricamente en las con-sabidas *Zonas*: zona de talleres y oficinas, zona gris para peones y zona para jefes y altos empleados. Esta última tiene características distintivas: hileras de casas iguales protegidas por cedazo, jardines y patios enzacatados, arboledas, caminillos, tanques para agua potable, plantas para luz eléctrica... y yarderos. Los *Yarderos* son mozos, cuyos variadísimos servicios van desde hacer mandados hasta ensillar una mula o servir unos tragos.

SIXAOLA en la margen izquierda del río, en territorio costarricense, se reduce a la casona vieja del Resguardo, donde está la Oficina de Visación de Pasaportes y en donde dicen los Guardas que, cuando llueve, hay que dormir con el paraguas abierto porque el zinc está pasado. Al frente hay otra casona peor, destinada a cocina y comedor de los guardas. Estos tienen por fuerza que hacer vida de solteros, porque no pueden llevar consigo a sus familias ya que no hay donde acomodarlas. De aquí que la permanencia de nuestros Guardas Fiscales en ese pintoresco lugar de desierto, sea cosa de pocos meses.

Hay allí media docena de guardas sin uniforme, apenas vestidos, casi sin armas y muy aburridos. Su permanencia y labor es meramente simbólica. No hay más camino que la vía férrea y para movilizarse tienen un par de mulas o piden por teléfono un carro motor a Base Line, que la Compañía les facilita inmediatamente. No disponen de un bote motor o de remos para patrullar el río y de esta manera, los contrabandistas, si los hay, o si vale la pena contrabandear, pasan el Río Sixaola, arriba o abajo del Puente, como gusten ya que nuestro Resguardo, por muy buena voluntad que tenga, no puede hacer nada mientras esté en ese estado de desamparo en que vive desde hace años.

Hay otras dos casas arrimadas al espolón del Puente y al terraplén de la línea: de un lado el Puesto de Guardia donde se detienen los trenes y los carros motores con los viajeros que de antemano han decidido dejarse registrar de nuestros Guardas. En la habitación contigua está la Oficina de la Agencia Postal, a cargo del anciano don Carlos García.

Enfrente hay un pequeño Comisariato de la Compañía y Agencia de la LACSA a cargo de don Edgar Grégory, gentil y caballeroso amigo. Esto es Sixaola: en total cuatro casas arrimadas al Puente y nada más; después la línea férrea hacia Volio...

### 30.—LAS FINCAS DE CACAO DE LA COMPAÑIA BANANERA.

A partir de aquí, el ferrocarril sube la margen izquierda del Río Sixaola atravesando las fincas de cacao, único producto de la Compañía de este lado de la frontera. Del otro lado cultiva además el banano y el abacá, y en Almirante hay instalada una magnífica Planta de Abacá con todos los adelantos modernos para su elaboración. Los nombres de las fincas de cacao por orden sucesivo son: Finca Costa Rica, La Palma, Sixaola, Daytonia, Sleeping Village, Paraíso, Catarina, Margarita, Olivia (Cuabre), Fields y Volio (Uatsí).

En el carro motor que nos cedió gentilmente la Compañía, y con nuestros amigos Don Teófilo Alvarado y el Teniente Bonilla, nos dirigimos a la Finca Margarita siendo recibidos por su Mandador, el señor Baudilio Castillo, quien nos obsequió con una suculenta comida y nos procuró una dormida muy confortable.

En esta Finca Margarita estuvo de Mandador por muchos años el señor Franklin Venegas, quien desempeñó la Gobernación de Limón durante el Gobierno de Otilio Ulate. Sirvió por largo tiempo con mucho celo y devoción a la Compañía, que lo pensionó, otorgándole la explotación de una finca de cacao que ahora administra personalmente. Ha tenido la buena suerte de que el cacao haya vuelto a obtener excelentes precios en el mercado mundial.

Por la noche logramos telefonar desde este lugar a la señora Isabel Wilson, en Changuinola, quien al enterarse de nuestro viaje se apresuró a poner a nuestras órdenes la casa y los caballos de su finca en *Suretká*. Más adelante se verá lo valioso y oportuno de este amistoso gesto de la señora Wilson, a quien habíamos conocido desde el primer viaje que hicimos a este lugar.

El sábado 13, aunque estuvimos listos desde muy temprano, no pudimos proseguir nuestro viaje si no hasta las 8 y 45 de la mañana. Con atraso vino el carro motor a recogerlos, trayendo a los elementos del Resguardo: Teniente Franklin Bonilla, Sargento Viquez y Guardas Carlos Luis Calvo y José J. Morales. Descendieron luego a medio camino, en busca de un contrabando de marihuana, del cual habían recibido noticia, llegando nosotros al Puente del Río Carbón, donde descendimos, ya que su mal estado desde hacía un año no permitía el paso de los motores ni el de los trenes.

### 31.—NUESTRA LLEGADA A VOLIO Y SUS DEMANDAS.

A este puente nos vino a topar nuestro amigo el señor VÍCT Zamora, Foreman de la Finca Volio, situada a un kilómetro de distancia, justamente en el terminal de la línea, a donde llegamos con toda nuestra carga, instalados sobre un carrito plano, tirado hábilmente por una mula grande y poderosa.

El señor Zamora presentó a sus acompañantes: el señor Carlos Luis Araya, Agente de Policía del lugar, que luego habría de acompañarnos en la primera parte del viaje; el Maestro, señor Gerardo Garay, el señor Demetrio Ovaes, encargado del Comisariato, Marcos Morales, el amigo mulero de otra vez y a un numeroso grupo de señoras, indios y trabajadores.

Don Víctor Zamora toma la palabra y alzando la voz pronuncia un discurso de salutación y bienvenida. Luego pasa a enumerar con claridad y precisión todas y cada una de las necesidades de sus gentes en cuyo favor habla: el Gobernador promete tratar de remediarlas. Se necesita pedir a la Compañía que arregle este puente del Carbón, para que los trenes y los motores vuelvan a llegar a Volio y poder dejar de caminar, a veces con niños y con carga, tantos kilómetros hasta la próxima estación, donde se devuelven los trenes actualmente. Necesitan también que la Compañía les envíe en un carro plano uno de los tractorcitos que tienen en Base Line para ayudarse en la construcción del campo de aterrizaje, que los peones y los indios, están construyendo activamente en horas extras, bajo la dirección del señor Zamora. El señor Gobernador es invitado a venir a inaugurar dicho campo dentro de un mes. El señor Zamora propone celebrar unos turnitos para recoger fondos y una "*chichada*" para atraerse el trabajo gratuito de los indios. Estos trabajan por el aliciente de la chicha, la que constituye su alimento principal, sin dejar de ser desde luego un licor si se toma en exceso y con un grado superior de fermentación. Desean ardientemente tener un campo de aterrizaje: el Gobernador promete que una vez hecho velará por su conservación y mantenimiento por medio de la Junta de Aviación Civil, para que puedan viajar rápidamente a Limón y sacar a sus enfermos, su cacao, gallinas, huevos y demás productos, así como para ir al Puerto a sus compras y menesteres. Piden también otro maestro y medicinas, y la visita de un médico por lo menos una vez al mes, pues la Compañía sólo receta y cura a sus empleados.

Llegamos poco después con toda la comitiva a Volio, a casa del Foreman, y en vista del engrose de nuevas gentes, el señor Zamora, con énfasis y voz segura, volvió a repetir su discurso. Se tomaron al-



gunas fotografías, se le entregó al señor Zamora el *PRIMER BOTIQUIN* destinado a esta región; el Gobernador repartió medicinas a las gentes y el suscrito comenzó a repartir unas estampas y medallas del *CORAZON DE JESUS*, que los indios llaman *SIBU MEU*, que un Canónigo amigo, al enterarse de su viaje, le había rogado distribuir entre los indios.

### 32.—DE VOLIO A PIEDRA GRANDE.

Compramos en el Comisariato del lugar arroz, azúcar, aceite y sal para los cargueros indios que nos habían de acompañar, y se nos agregan desde aquí Simón Mayorga a quien ya habíamos contratado en Limón como guía de la expedición. Rehusó acompañarnos en el avión por andar en compañía de otros indios, viniéndose en tren desde Limón a Pandora y de aquí por la picada de la montaña a Volio; el Agente de Policía de este lugar, señor Carlos Luis Araya, y el joven Simón Valverde, hijo de Neftalí Valverde ya fallecido, quien fué Agente de Policía de esta zona por larguísimos años y cuya familia vive aún o orillas del Río Sixaola.

Salimos de Volio a medio día, montados a caballo y llevando nuestras cargas en mula. El señor Zamora nos llevó de paso a recorrer el lugar del campo de aterrizaje. A la una de la tarde llegamos al pueblito de Rebatón y media hora después al embarcadero en el Río Sixaola llamado Piedra Grande, donde nos esperaban ya las mulas con la carga, también Vicente Nango con un bote grande de una vara de ancho por unas diez de largo y sus ayudantes Francisco y Tranquilino Páez.

### 33.—LA NAVEGACION POR EL RIO SIXAOLA.

Embarcamos todos, y faltando un cuarto para las dos de la tarde comenzamos a alejarnos de Piedra Grande, remontando el curso del anchuroso Río Sixaola al empuje acompasado y sincronizado de cuatro palanqueros: Nango, los dos Páez y Simón nuestro guía, dos de pie en la proa y otros dos en la popa del bote. Cómodamente recostados a las cargas iban el Gobernador y el suscrito en un solo asiento, tal era la anchura del bote; el Agente de Policía de Volio, don Víctor Zamora, (el hombre de los discursos), y el joven Simón Valverde componían el resto de los cinco pasajeros, que con los cuatro palanqueros hacían un total de nueve personas.

La navegación río arriba es penosa para los boteros, quienes llevan la canoa impulsada por sus largas varas de madera de camposanto o gasparí. Siguen por una orilla o por la otra, en busca de poca corriente y poco fondo en que apoyarse. De vez en cuando



es menester subir raudales, afrontar las desembocaduras de los afluentes o cruzar el río y entonces es de admirar la habilidad de los palanqueros al impulsar el bote en la dirección deseada; la fuerza empleada hace vibrar, como cuerdas templadas, los músculos de sus cuerpos y las palancas, cuyo extremo inferior reforzado con un anillo metálico, produce un sonoro y acompasado repiqueteo al chocar contra las piedras del escaso fondo en que se apoyan.

A las dos y media pasamos frente a *Pumbre*, nombre que significa "la hondonada del gavilán", donde vive el señor José María Escorcía. A las tres frente a la Boca del Río Yorkin en donde nos bajamos brevemente para visitar uno de los monolitos fronterizos que hay en ese lugar. Hasta aquí hemos navegado por el Río Sixaola, teniendo a la derecha el territorio de Costa Rica y a la izquierda el de Panamá. A partir de esta desembocadura el límite con Panamá cruza a la izquierda, en el cauce del Río Yorkin y desde aquí el Sixaola cambia de nombre para tomar el de Río Tarire, que las gentes de toda Talamanca pronuncian "Telire".

Bajando por el Yorkin en su bote viene Luis Vega, concuño de Simón y conocido por "Lindbergh"; vuelvo a encontrármelo casualmente en este mismo lugar, como hace dos años. Trabajo nos costó reconocerlo por la distancia y por el extraño sombrero que traía. A las tres y media de la tarde, en una vuelta del río, navegamos frente a la casa de Neftali Valverde a quien nos hemos referido; luego pasamos frente a *Bratsy* donde vive el negrito Marcos Clark, que cocina para el Cura de Limón, Padre Bernardo Drüg cuando viene en misión, y a poco alcanzamos ISLA GRANDE, presunto campo de aterrizaje, en medio del Telire. Al extremo inferior de la isla nos bajamos, tanto para aliviarnos del entumecimiento como para recorrerla; reembarcamos en su extremo superior constatando que efectivamente ahora no ofrece seguridad para el aterrizaje. A las cuatro y cuarto navegamos frente a la Boca del Curubarío y a los ranchos de San Juan; pasamos a las cinco de la tarde frente a la Boca del Río Urén. Este río viene directamente del Sur, de la región de Anubre y pueblos vecinos; su curso, así como el del Río Lari que viene del Suroeste, es usado por todos los indios para viajar y sacar sus productos a Volio. Finalmente llegamos a SURETKA a las cinco de la tarde.

#### 34.—SURETKA!

Suretká (Tsuritkub), como dijimos, era el punto terminal del ferrocarril que comienza en Almirante, distante unas 53 millas y está situada en la margen izquierda del Río Telire. Es el antiguo asiento de la CIUDAD DE SANTIAGO DE TALAMANCA que fundaron

los españoles el 10 de octubre de 1605. En las grandes lluvias del año 1925, los puentes y los trozos de vía férrea fueron destruidos y arrebatados por las aguas turbulentas del Río Telire; la Compañía levantó entonces el resto de la línea, cortándola en Volio y llevándose las instalaciones. En Suretka no queda hoy día más que una casa vieja de la Compañía, situada en lo alto de la ribera del río, detrás de una sabaneta con unas palmeras que le dan un encanto triste y pintoresco al lugar. Esta fué la casa de Mr. Charles Wilson, conducto de tren y jefe de la estación de este lugar, casado con la señora Isabel Dalphius, quienes tuvieron un cocinero de color llamado James Griffith.

Muerto Mr. Wilson hace muchos años, y retirada de esa región la Compañía, doña Chabela ha logrado firmar con ella unos contratos de arriendo que le permiten, por una cuota mínima habitar la casa y explotar sus terrenos. Mr. Griffith, ya hecho un anciano de casi 70 años continúa sirviendo a la señora de Wilson, con la lealtad característica de los servidores de su raza. Suretka, cuenta Mister Griffith, era un gran centro de actividad; allí se oía jadear las locomotoras, chirriar los carros y crujir los durmientes del gran puente que atravesaba el Río Telire, agobiados por el peso de los trenes cargados de bananos que venían de multitud de ramales de las fincas que la Compañía explotaba. Por todos los rincones de la Baja Talamanca, hacia el Sur y el Oeste, al otro lado del río, a increíbles distancias, hasta el propio pie de los cerros, se cultivaban fincas cuyos nombres apenas se recuerdan como una lejana evocación: Shiroli, Sifarm, Bifarm, Táberi-farm, Coen, Sipeque, Koedi, Lari, Sipurio, Krane y Coroma.

La Compañía llegó a explotar esta feraz región, en el año 1916, mediante la compra de terrenos y fincas que fué haciendo a varios particulares. Los indios fueron echados de sus asientos primitivos de la planicie, forzándolos a trasladarse a las sierras y montañas circunvecinas. La Compañía se retiró definitivamente de estas tierras, en el año 1925, por haber comprobado ya desde 1922, que sobre un subsuelo uniforme de piedras, solo había una capa a veces muy delgada de tierra, producto de aluvión y sedimentación, que se estaba agotando, que se depositaba hoy aquí y mañana allá, barrida por la acción devastadora de las lluvias y por los torrentosos ríos que atraviesan esta región, transformando de la noche a la mañana su fisonomía. Los indios regresaron entonces a sus tierras ancestrales, reinstalándose como dicen ellos "EN LOS BANDONOS DE LA COMPAÑIA".

Esta planicie, regada por los ríos Urén, Lari, Coen y Telire, fué explotada durante unos nueve años por la Compañía, que hizo

desaparecer la montaña propiamente dicha, para transformarla en bananales y cacaotales. Ahora son abandonos en forma de grandes charrales o tacotales, que los indios no cuidan ni resiembran para su provecho. Dicha planicie contenía, y volvió a contener, los vestigios de las rancherías de indios de la raza Bribri denominadas: Sipurio, Lari, Urén, Katsi, Túnsula, Amubre y San Bernardo, donde todavía habitan, muy dispersos unos 300 a 500 indios.

Al llegar el bote a Suretka, el anciano negrito Mr. Griffith, vino renqueando con un pie muy inflamado a saludarnos cariñosamente; nos explicó con lágrimas en los ojos, que *"me patea la pié la caballa."* Le dimos algunos ungüentos de nuestro botiquín para que se aliviara. Instalamos rápidamente nuestra tienda de campaña en la sabaneta frente a la casa, justamente sobre la elevación dejada por la trocha del ferrocarril, y aunque era tarde, dispusimos bañarnos rápidamente en el Río Telire. Poco después saludamos a nuestro amigo Don Juan María Urbina García, Mandador de esta finca, que a esa hora tardía regresa a caballo de sus quehaceres diarios. Se sorprendió de nuestra repentina llegada, explicándole que era con el objeto de emprender la travesía que dos años antes, en esa misma casa, había discutido con él. Mr. Griffith hizo honores a su buen nombre de cocinero, preparándonos una excelente comida. La mesa, cubierta de blanquísimo y engomado mantel, fué servida con toda corrección por Leonidas Cabraca, a quien todos llaman simplemente "Leona". Es esta una guapa muchacha india, hija mayor de Simón, quien vive en un rancho de la vecindad. Es casada con el indio Agustín Almengol y tiene ya tres hijitos a sus dieciocho años. Leona es baja, morena, prieta de carnes, de ojos negros, y con una bellísima dentadura natural, que exhibe sencillamente en sus risas y constante buen humor.

Esa noche fué la primera de una serie, que dormimos confortablemente instalados en nuestra tienda de campaña.



## CAPITULO V

### VISITA A LOS PUEBLOS INDIOS DEL SUR DE LA BAJA TALAMANCA

- 35.—Excursión a Urén, Túsula, Katsi, Amubre y Sipurio. El Campo de Aterrizaje y el Namú-Uoki.  
36.—Sipurio y la Obra de Monseñor Thiel.  
37.—La Llegada del Embajador Norteamericano a Suretka.

35.—EXCURSION A UREN, TUNSULA, KATSI, AMUBRE Y SIPURIO.  
EL CAMPO DE ATERRIZAJE Y EL MACIZO DEL NAMU-UOKI.

El día siguiente de nuestra llegada a Suretka era *domingo 14 de marzo*. Nos levantamos a las cinco y media y tomamos un baño reconfortante en el Río Telire. La violencia de la corriente le arrastra a uno al menor descuido y como no hay piedras grandes a donde asirse, es menester tomar el baño sentado o acostado cerca de la orilla. Tomamos el desayuno servido por Leona, enviando don Juan Urbina a coger las yeguas para el recorrido de este día, operación complicada que como de costumbre demandó un par de horas de carreras, sudores, maldiciones... y galopes de yeguas con el rabo parado.

Finalmente, a las ocho cruzamos el río en bote, llevando embarcadas las monturas, ya que los caballos lo cruzaron hábilmente a nado, amarrados a otro bote para que no se escaparan. Un bote que remontaba el río procedente de Puerto Viejo, era conducido por James Brown y en él iban las señoras Matilde Michol y María Isabel Freilán, parientes del sukia Santiago Lec a quienes saludamos, y como se dirigían donde Santiago, le mandamos aviso de que llegaríamos a visitarlo, según nuestro itinerario y planes, el miércoles de esa semana.

En otro bote que iba río abajo pasa el señor Domingo Smith, de Puerto Lari. Viene a saludarnos acompañado por José Crompt, Comisario de Telire, quien se agrega voluntariamente a nuestra partida. Mientras ensillamos las bestias recordamos que Don Alfredo González Flores, siendo Presidente de la República, en el año 1918, estuvo de visita en este sitio. Se comenta también que, la gran tolerancia que por mucho tiempo ejercieron en estos lugares las autoridades de esta región, permitiendo la pesca con dinamita, determinó el casi completo exterminio de los peces en estos ríos. Todos recuerdan que había gran abundancia de ellos.

Con don Juan de guía, los seis excursionistas: Juan, Simón Carlos Luis, José Crompt, el Gobernador y el suscrito, tomamos rumbo al Sur, por entre cañizales y bananales. Como a las ocho y media de la mañana encontramos el curso del Río Urén, que viene de Sur a Norte, a desembocar en el Telire. Lo cruzamos con el agua llegando a la panza de las bestias, y remontamos su curso por la orilla opuesta. Encontramos primero el rancho del indio Eduardo Herrera, en donde hallamos el fuego encendido y la hamaca balanceándose aún, como si hubiera sido abandonada precipitadamente al sentirnos llegar. A pesar de nuestras voces no logramos que los habitantes volvieran al rancho.

Después de mucho cabalgar, siempre rumbo al Sur y vadeando varios afluentes del Urén, llegamos a las diez y media de la mañana a un extenso potrero plano que Simón posee en su finca *La Esperanza*. Esta está en la jurisdicción de Sipurio y, por rara coincidencia, el lugar se llama EL COCO. Se nos informa que aquí aterrizó en 1951, el helicóptero del Geodésico cinco veces, ocupado en su trabajo de triangulación del país; los pilotos manifestaron que en este lugar se podría hacer, con poco esfuerzo, una pista de aterrizaje. En efecto, el campo, que es rectangular, está colocado de Noroeste a Suroeste, la dirección más corriente de nuestros vientos. Es un potrero plano, enzacatado, con unos pocos árboles dentro y fuera de él, que habría que botar, para lograr un buen "approach", ya que de toda suerte no lo obstaculizarán ni montes ni lomas cercanas, pues no los hay.

El Gobernador cree haber dado con un verdadero hallazgo CON LA LLAVE DE ORO QUE LE PERMITIRA ABRIR LA PUERTA DE LA BAJA TALAMANCA. Con gran entusiasmo se propone poner en marcha, en los meses de abril y mayo, los trabajos y proyectos que someterá al conocimiento y aprobación de la afanosa y comprensiva Municipalidad de Limón. Espera contar con su apoyo para que una vez construido el campo de aterrizaje, envíe a estos indios abandonados y necesitados, medicinas, médicos maestros y otros auxilios.

Continuamos nuestra marcha hacia el Sur, por entre un verdadero laberinto o red de trillos, desechando unos y tomando otros, saludando y conversando con los indios, hombres, mujeres y niños. Casi no desmontamos de los caballos, pues es mucho lo que hay que recorrer en un solo día. A las once llegamos a Túnula, orgullosa ranchería que se vanagloria de haber sido el asiento del trono, morada de los Reyes de Talamanca. Visitamos el Palenque de la familia real de Talamanca donde saludamos a la anciana ALEONA ALMENGOL SALDAÑO, según dice llamarse, sobrina-nieta del último Rey de Talamanca, Antonio Saldaña, cuya pintura se conserva aún en el Museo Nacional. Ella como sus hijos y nietos se precian todavía mucho de su ascendencia real indígena. Tomamos con ellos unas fotografías y proseguimos la marcha, esta vez enderezando nuestro rumbo al Este y al Sureste, subiendo en suave gradiente para llegar, siempre dentro de una umbria e intrincada red de trillos, y después de una hora más de jornada a KATSI. Para ello vadeamos el río del mismo nombre, afluente superior del Urén. Desde esta ranchería de indios se ve hacia el Sur y a corta distancia, las serranías del macizo del *Namú-Uoki*, un coloso de 1183 metros de altura sobre el nivel del mar, que tiene algunos compañeros no menos imponentes, llamados Acásbata y Mas-ku o Mótchum.

Este macizo del NAMU-UOKI es importante geográficamente, porque hasta su cumbre llega, serpenteando la línea fronteriza con Panamá. Esta sube por el río Sixaola, sigue el curso del río Yorkín, sus afluentes superiores y la división de las aguas, hasta su cima. De aquí se lanza una recta astronómica hacia el Sur (objeto del último valioso arreglo y Tratado de Límites con Panamá) hasta encontrar la cumbre del Cerro Pittier, de 2869 metros sobre el nivel del mar, en la vertiente del Pacífico.

Se ha rumorado siempre en la bajura que en los afluentes superiores del río Urén, que bañan estos cerros, los ríos Súcut, Carbli y Mogli, hay una mina. En febrero de 1952, el Ingeniero Beneth y un compañero, con pasaportes de las Naciones Unidas, que exhibieron al entrar en el Resguardo de Sixaola, estuvieron algunas semanas haciendo exploraciones en los afluentes mencionados. Buscaban petróleo, según unos, oro y uranio, según otros. Algunos creen que el rumor de la existencia de esta mina, se refiere a la famosa *Mina del Tisingal* que los españoles buscaron tan afanosamente en el límite formado por la Baja Talamanca y el Valle de la Estrella, en un lugar que nadie puede precisar.

Emprendemos el regreso hacia el Norte por el camino que baja de Katsi y, visitando brevemente los ranchos del camino, nos dirigi-



mos a la casa de Simón Mayorga en AMUBRE. El desea presentarnos a su señora, doña Beatriz Aguirre, y a sus hijitos. Nos detenemos a almorzar en su palenque a la una y cuarto de la tarde. El Gobernador hace muy buenos comentarios de la región que hemos recorrido y de la construcción del campo de aterrizaje proyectado a fin de que los indios puedan sacar su cacao. Los presentes dicen que el cacao se paga ahora a doscientos sesenta colones el quintal.

A las dos y cuarto volvemos a ponernos en camino, visitando el

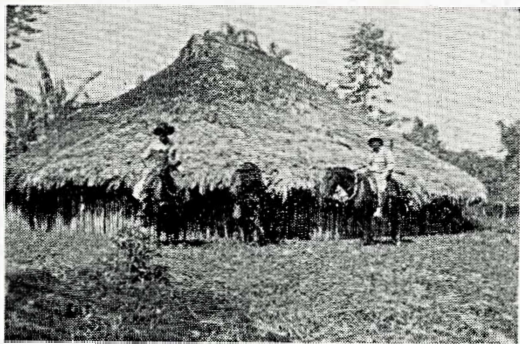


Fig 2. - Palenque indígena en forma cónica de Amubre

palenque de Alfredo Arias, Comisario de Amubre (Fig. N° 2), a quien conocí en una mañana hace dos años, cuando venía de una chichada gritando: "Yo ser indio puro!" Nos detenemos también en los palenques de Rosendo Mayorga y Ramiro Sequeira; éste último vino del Guanacaste en el año 1922.

### 36.—SIPURIO Y LA OBRA DE MONSEÑOR THIEL:

Llegamos a Sipurio a las cuatro de la tarde (Fig. N° 3), y por insistencia nuestra nos condujo Simón al propio lugar donde estaban las construcciones que hiciera levantar el Obispo Thiel: la Iglesia y la Casa Cural contigua. El Gobierno se encargó de construir



la Escuela, la Agencia de Policía y unas casas para los colonos del interior. De todo no queda más vestigio que una base de mampostería donde estuvo la agencia, una macolla de bambú y dos hermosos y altísimos árboles de caimito que sembró el Obispo al frente de su querida misión. Todo lo demás es montaña cerrada. En este lugar dirigimos una plegaria por el Ilustrísimo Obispo-Misionero que a costa de tantas fatigas, de las que no queda más que el re-

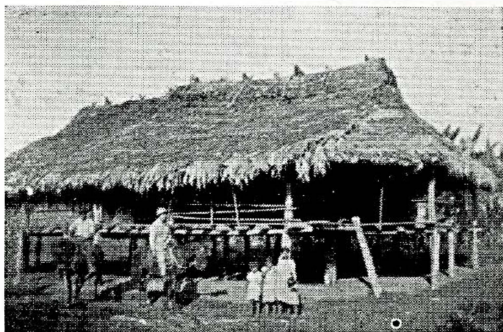


Fig. 3.—Rancho típico de los indios de Sipurio.

cuerto, procuró por todos los medios a su alcance el mejoramiento de las condiciones de vida, de sus bien amados indios, lo que logró transitoriamente.

Después de la primera visita de Monseñor Thiel a Talamanca en junio de 1881, se edificó la primera Iglesia de Sipurio. Estaba en un terreno que el Prelado compró a Mr. John H. Lyon, un protestante casado con una indígena de sangre real, que se convirtió al catolicismo en este viaje del Obispo. Mr. Lyon oriundo de la ciudad de Baltimore en los Estados Unidos, llegó a vivir a Talamanca en 1858 y desde entonces procuró por todos los medios, el bien y la defensa de los indios. Se llamaba así mismo, creemos que con alguna justicia, el segundo conquistador de Talamanca. En ese mismo terreno se construyó una casa o galerón para alojamiento de los in-

dios. La iglesia y la casa cural fueron terminadas en 1882, cuando el Obispo hizo su segunda visita a Talamanca.

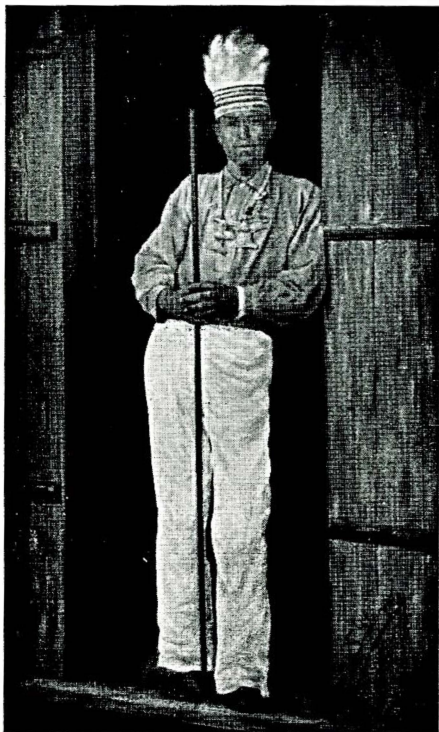
Después de su primer viaje, el Obispo nombró al Presbítero Don Manuel Hidalgo, Cura de Sipurio. Hidalgo había estado ya unos años de Cura en Terraba, permaneciendo en Talamanca hasta 1884. Su labor espiritual era muy difícil a causa del mal ejemplo que daban las propias autoridades enviadas por el Gobierno y la tenaz labor de boicoteo que solapadamente llevaban a cabo entre los indios, los sukias y el propio Rey de Talamanca. Una vez que el Padre Hidalgo se vino, todo decayó. Se fundó la Colonia de San Bernardo en un lugar bastante distante de la iglesia, pero un jefe político de apellido Peñaranda, se apropió de los materiales de las construcciones.

*El Obispo Thiel realizó cinco viajes a Sipurio a saber:*

El primero en 1881, a propósito de su travesía de Terraba a Talamanca; el segundo en agosto de 1882, acompañado por el Presbítero Jerónimo Fernández, el viajero sueco Dr. Carlos Bovalius y el botánico alemán Hübach; el tercero en enero de 1890 a propósito de su segunda travesía de la Cordillera, viniendo de Chirripó a Sipurio y luego a Terraba; el cuarto estuvo de visita en Sipurio y en la Colonia San Bernardo, el 4 de setiembre de 1890; y el quinto de visita en estos mismos lugares, en julio de 1892. En el año 1895 reerigió el Obispo Thiel las Parroquias de Talamanca, Chirripó y Estrella que habían sido constituidas en tiempo de los españoles en los años 1590, 1613 y 1621, respectivamente, confiadas ahora bajo la jurisdicción del Vicario Apostólico de Limón.

A principios de 1896, la Congregación de los Padres Paulinos del Seminario de San José (Misioneros Lazaristas) se hizo cargo de la misión y hubo que comenzar todos los trabajos de nuevo. El Padre Vicente Krautwig entró por vez primera a Talamanca en enero de 1896, y ya en junio había comenzado la construcción de la nueva iglesia. Después del Padre Krautwig trabajaron en esa misión, con sede fija en Sipurio, los siguientes misioneros lazaristas: José Breiderhoif, Enrique Staschek Menzel, Felipe Vetter, Francisco Acosta y Agustín Blessing, quienes recorrieron periódicamente toda la región, pero los frutos eran escasos. Más adelante establecieron una escuela que en 1900 tenía solo veinte alumnos.

En el lapso comprendido entre 1904 a 1907 fungía como Cura residente en Sipurio el recordado Padre Blessing y le asistía el Hermano lego Simón que actuaba también como maestro en la escuela. El lego Simón me ha narrado lo siguiente:



ANTONIO SALDAÑA, último cacique o REY DE TALAMANCA, quien murió trágicamente envenenado en Tümsula, Talamanca, el 3 de enero de 1910. Ocho días después falleció en igual forma su sobrino José Saldaña, heredero del cacazgo. Tal fué el fin prosaico de la indómita estirpe de los indios bribris, que luchó valerosamente durante siglos por conservar su independencia.

Esta fotografía se ha tomado del retrato al óleo que se conserva en el Museo Nacional, el cual fué enviado a pintar a Madrid en 1892, por el recordado profesor Anastasio Alfaro, con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América.

En el año 1905 murió la Reina viuda Victoria, actuando como Rey de Talamanca su hijo mayor Antonio Saldaña. Este usaba sobre sus ropas corrientes, camisa y pantalón, corona de plumas en la cabeza, collar de colmillos de tigre y lagarto al cuello y su largo bastón de cacique. En ocasión de los funerales de la Reina, fueron invitados todos los indios de los alrededores y mientras los hombres sacrificaban reses y cerdos, las mujeres acucilladas en el suelo, en largas filas de más de cien varas de largo, molían el maíz y preparaban la chicha. Habían concurrido los caciques de los alrededores con sus gentes, entre los cuales descollaba un dominante jefe de indios, hijo natural del explorador Mr. William Gabb, quien siendo muchacho se había educado por cuenta del Gobierno en un colegio de la capital. Este Mister Gabb, que así se llamaba también, vivía a la sazón con Victoria, una hermosa princesa india hija de la difunta y hermana del Rey Antonio.

La celebración de los funerales de la Reina duró cuatro semanas durante los cuales los indios se entregaron como de costumbre a una verdadera orgía, bailando, comiendo, bebiendo, y a otros excesos que no podemos describir.

Como era de rigor, el Padre Blessing y el Hermano Simón fueron invitados a la fiesta. Al llegar salió el Rey Antonio a recibirlos y a obsequiarlos con chicha. Los dos religiosos tuvieron que ausentarse muy pronto, pues no soportaban el horroroso olor agrio que se respiraba en el ambiente ni los cuadros y escenas que presentaban hombres y mujeres en estado de ebriedad: unos bailaban y tomaban, otros estaban tumbados en el suelo, en medio de las mayores suciedades, o hacinados en promiscuidad de a dos o de a tres, en unas trecientas hamacas que colgaban por todas partes.

Dice el Hermano Simón que después le contaron que el Rey Antonio y Mr. Gabb habían reñido por cuestiones de la princesa y que Mr. Gabb había matado al rey: que le había envenenado y que los parientes de Antonio se vengaron de él envenenándolo ese mismo día. El Rey Antonio hizo con varios indios un viaje a San José, a fines de 1882 con el objeto de conocer al Presidente de la República General don Próspero Fernández, quien para festejarlo le ofreció una comida: en ésta se sirvió una ensalada de lechuga que el indígena se negó a comer, manifestando paladinamente, que no era descendiente de conejos para comerla.

Cuando en 1909 el río Lari barrió los terrenos de la misión destruyendo las obras, los misioneros abandonaron la sede fija en Sipurio, trasladándola a Amubre donde construyeron en 1910 la iglesia actual. Desde entonces se recargó al Obispo y al Cura de Limón la función de visitar periódicamente esta región, habiéndolo

hecho así entre otros los Obispos Alberto Wollgarten y Juan Odenahl y los Padres Juan Hotze, Antonio Drexler, Alfonso Hoefler y Bernardo Drüg, este último Cura Párroco de Limón actualmente.

EN CONCLUSION y sin disputa alguna, uno de los títulos más bien ganados por Monseñor Thiel fué el de *Obispo-Misionero*. Con sus numerosos viajes a los asentamientos de los indios, logró despertar gran interés público en favor de nuestros aborígenes, sintiéndose así más estimulado en alentar la evangelización religiosa estable de los indígenas, lo que logró en realidad desde que la Congregación de los Lazaristas de San Vicente de Paúl se hizo cargo de las misiones de Talamanca y del cantón de Osa.

Desde 1881, al año de su consagración episcopal, inició el Obispo sus viajes misioneros que prolongó intensamente hasta 1896 y, en menor escala, hasta su muerte. En aquel primer período de quince años realizó cinco viajes a Talamanca, cuatro a Boruca y Térraba, dos a Chirripó y cinco al territorio Guatuso.

No resolvió el problema indígena, porque careció de medios económicos y de personal numeroso para resolver esta clase de empresas, pero conserva intacta su gloria por haber sido el primero que lo planteara con toda seriedad, consiguiendo desde entonces, y por más de cincuenta años, que la benemérita Congregación Paulina de los Padres del Seminario se hiciera cargo de las misiones de Talamanca, Chirripó, Térraba y Boruca.

Como fruto científico de sus expediciones puede citarse sus "Apuntes Lexicográficos de las Lenguas Indígenas" y las relaciones de sus numerosos viajes .....

.....  
Espoleando nuestros fatigados caballos apresuramos el paso y llegamos, ya al oscurecer, pues era cerca de las seis de la tarde, a la orilla del Río Telire, frente a Suretka. Desensillamos nuestras cabalgaduras que atravesaron el río a nado, dejándose en parte arrastrar por la corriente y permaneciendo un rato más en el agua para refrescarse, según observamos. A nuestro llamado vinieron con el bote a pasarnos al otro lado del río y no hay para que decir que antes de probar la exquisita comida de Mister Griffith, seguimos el ejemplo de los caballos en el río.

### 37.—LA LLEGADA DEL EMBAJADOR NORTEAMERICANO A SURETKA.

El martes 16 nos despierta a las cinco de la mañana el canto de los pájaros. Ha llovido durante la noche y las brumas cubren el río y los alrededores. A las seis y media, después de nuestro baño reglamentario y de un excelente desayuno, oímos el motor de un

avión y poco después, por un claro de las nubes, desciende sobre el río el avión "Cesna" con el señor Embajador Norteamericano. Después de dos pasadas volando a baja altura, con el consiguiente alborozo de todos, nos tira un mensaje atado con una cuerda a un frasquito de "repelente" que se salvó de estrellarse al caer sobre la arena del playón del río. El mensaje decía: "March 15. Dear Governor: We look forward to seeing you. We expect to spend the day returning early tomorrow morning. With best wishes. Robert C. Hill. American Ambassador".

El avión dió una pasada más y tomó altura rumbo al Este, siguiendo el curso del río, hacia el campo de Sixaola. Nosotros hicimos nuestros cálculos: de Sixaola a Volio en moto-car, a Peña Grande en mula y hasta aquí en bote, suponiendo que todo estuviera listo y nada atrasara, significaba un viaje de unas siete horas. Así pues, el Embajador y sus acompañantes llegarían a la una y media de la tarde.

Gastamos la mañana tomando fotografías, repartiendo medicinas y haciendo preparativos, por lo cual pudimos ofrecer a nuestros visitantes que llegaron completamente mojados a causa de la lluvia, ropas secas para que se mudaran y un buen almuerzo. El trago para calentarse lo trajeron ellos.

A la una y tres cuartos de la tarde, es decir quince minutos después de nuestros cálculos, fue la llegada del señor Embajador, elegantemente vestido de kaki y casco, acompañado por los pilotos del avión, Capitán Spacek y Teniente Marlin, el Teniente Bonilla del Resguardo de Sixaola, el Foreman Víctor Zamora, de Volio y Vicente Nango con sus boteres. El Embajador Americano entregó al Gobernador Portocarrero un variado y valioso stock de medicinas para distribuir entre los indios, al cual me referí anteriormente, y que el señor Portocarrero agradeció muy vivamente.

Mister Griffith volvió a colocar muy en alto la hospitalidad de su patrona la señora Wilson, sirviendo un excelente almuerzo, después del cual visitamos, con el señor Embajador y su comitiva, un palenque de la cercanía. El diplomático americano se mostró muy interesado por el menaje y las cosas de los indios a quienes formuló muchas preguntas por medio de un intérprete, tomándose luego varias fotografías con ellos.

Poco después Mister Hill se despidió de nosotros con toda cordialidad, lamentando que sus muchas ocupaciones en la Embajada no le permitieran disponer de algo más de una semana de tiempo, reembarcándose con su comitiva en el Telire. Con prolongados "adioses" se perdieron en la distancia río abajo, cerca de las cinco y media de la tarde.



## CAPITULO VI

### VIAJE A LOS PUEBLOS INDIOS DEL ALTO COEN Y CABECAR

- 38.—Puerto Lari, Brísbeta y el ascenso del Piste.
- 39.—Quichúguecha, el sukia Santiago Lec y su Palenque.
- 40.—Tipos fisonómicos y carácter de los indios.
- 41.—La alimentación de los indios.
- 42.—Parlamentaciones y preparativos para la travesía.
- 43.—Viaje a San José Cabécar y a Cúrguicha.
- 44.—Los indios cargueros.

#### 38.—PUERTO LARI, BRISBETA Y EL ASCENSO DEL PISTE.

El martes 16 nos levantamos a las cinco de la mañana y después de tomar un baño en el Río Telire y nuestro desayuno, desarmamos la tienda de campaña y empacamos rápidamente. A partir de esta fecha comenzamos a tomar una perla de "Multicebrín Lilly" con las comidas, tratamiento intensivo de pan-vitaminas, que nos prescribió el médico con muy buenos resultados. Un grupo de indios de Coroma vino a visitarnos y a llevar medicinas y a sus preguntas de a dónde íbamos, pudimos contestarles: "Mishka bribrí upákoc", vamos a visitar los indios bribrís.

Embarcamos la carga en un bote que se alejó río arriba por el Telire, y a las ocho de la mañana salimos a caballo hacia el Oeste, por un camino umbrío de la montaña. A las nueve atravesamos el Río Niroles y a poco el Río Blai, afluentes del Telire. Ya por un lugar más despejado llegamos a los playones de Puerto Lari, situado un poco abzjo de la junta de los ríos: Telire, que hasta aquí descendiendo, desde el Noroeste, y Coen, que viene del Oeste y del Suroeste.



Desde esta despejada planicie se ve hacia el Oeste la imponente CORDILLERA DE TALAMANCA, formada por una bellísima valla de cerros color azulado, redondos unos, picudos los otros, sobresaliendo en primer plano uno muy hermoso en forma de fortaleza, en la dirección de 290° que marca nuestra brújula de bolsillo, es decir al Oeste-noroeste, al que le ponemos El Morro, ya que nadie sabe decirnos su nombre. (Se llama Kabiku, como veremos más adelante).

Atravesamos el Telire en bote y nos sale al encuentro un numeroso grupo de indios, mujeres, hombres y niños, que han venido a toparnos para saludarnos y llevar gratuitamente nuestras cargas. Les repartimos cigarrillos y regalos. Simón Mayorga escoge los cargueros que han de acompañarnos durante los dos días siguientes: Marcos Quirós, Juan Aguirre, Delio Escalante, Armando López, Bernabé Segura, Alberto Reyes y Marcos Chaves. El indio "Joaquín Tinoco" se excusa de ayudar porque dice que está enfermo, a nosotros nos parece que de pereza! Sabida es la costumbre entre nuestros indios de ponerse nombres de personajes célebres y así se han bautizado algunos de ellos: Ricardo Jiménez, León Cortés, etc.

Tomamos las bestias y seguimos desde aquí, durante un par de días, por la margen derecha del torrentoso río Coen, que en definitiva remontamos hasta sus cabeceras. En toda esta travesía seguimos un rumbo constante: hacia el Oeste y el Suroeste.

Cabalgamos durante todo el día por un interminable camino plano, recto y enzacatado de unos tres a cuatro metros de ancho, a cuyos lados se levantan monótonamente los conocidos abandonos de la Compañía: tacotales y porciones de cacao y banano. Vamos pues, sobre el trazado de una trocha de la vía férrea de antaño, que se dirige derechamente al pie de la montaña que se ve muy cerca. Desembocan caminitos a uno y otro lado de este camino principal, y en ellos encontramos algunos indios que nos saludan al pasar. A las doce del día pasamos a la altura de Coroma, nombre de una finca abandonada donde hay algunos ranchos dispersos y habitados.

Nos encontramos al indio civilizado Rolando Smith vestido de camisa y pantalones muy limpios arrollados poco abajo de la rodilla. Viene muy peinado, con anteojos de aros de oro, cadena al cuello y reloj de pulsera. Luce como un *señorito indio*, pero nos asombra manifestándonos que se está entrenando al boxeo, para ir a concertar una pelea a la Capital.

En esta interminable trocha topamos en su caballo, al anciano negro-rubio de ojos azules Lisandro Fitzgerald de 63 años, procedente de Limón con 40 años de residencia en este lugar, y también

al esposo de "Leona", Agustín Almengol quien viene a pie, de regreso a su hogar, sin mayor prisa, con dos gallinas y una escopeta al hombro.

Finalmente después de las tres de la tarde llegamos a *Brisbeta*, al final de la trocha. Es en este pie de la montaña donde está el rancho de Rosendo Sáenz, comisario del lugar; a la par "chapeamos" un zacatal y en un claro del bananal armamos nuestra tienda de campaña. Entre seis nos almorzamos una gallina y unas galletas de soda, última amable previsión de Mister Griffith.

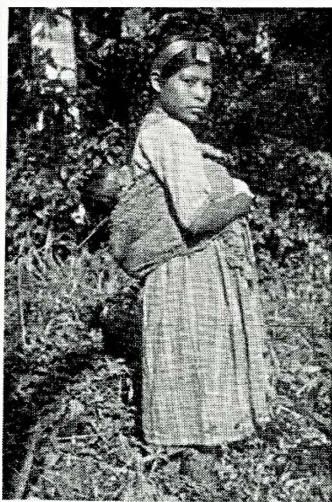
El rancho de Rosendo, de forma rectangular, mide unos seis metros de ancho por diez de largo; está entechado con hojas de una palmera enana que se encuentra en espacios considerables de nuestros bosques cenagosos. Los indios la usan para tapar las paredes y techos de sus ranchos y se conoce con el nombre de *Siuta o coligallo* (*Calyptrogyne sarapiquensis*) a causa de la forma de sus hojas. El piso en forma de entarimado, a un metro del suelo, bajo el cual alborotan durante la noche los perros y los chanchos, está hecho con cortezas de *Maquenque* (*Iriastea* sp. pl.), palmera de madera muy dura e incorruptible, que los indios aplanan y colocan estrechamente una junto a otra, casi como nuestro moderno tabloncillo.

Sobre el entarimado del rancho, y casi al centro, está instalado el fogón, sobre una mesa recubierta de barro; en un costado y detrás de un tabique, los tabancos o camarotes para dormir; colgando de los horcones del techo una decena de hamacas; sobre el piso varios troncos o vigas que hacen las veces de sillas o bancas en los que estuvieron sentados toda la tarde y parte de la noche una treintena de indios. Fumando y conversando con excitación, en su lenguaje, y en medio de grandes risotadas comentaban la llegada del Gobernador de Limón. Toda la tarde le acosaron en su tienda de campaña en solicitud de medicinas. Por todo el rancho, tirados aquí y allá, entorpeciendo el paso de las personas, había multitud de objetos de uso general y comestibles, tales como: manos de plátanos, mazorcas, cueros, calabazos, canastos, jabas, leña, etc.

Aquí en *Brisbeta* comprendimos por primera vez el valor de nuestra tienda de campaña. Sin ella nos hubiéramos visto obligados a colgar nuestras respectivas hamacas, de algún horcón del rancho, haciéndonos a duras penas y a fuerza de ingenio, un lugar a donde acomodarnos; sin ella habríamos tenido que permanecer en medio de la batahola y del bullicio de un rancho de indios, en el que alternan los humanos, pequeños y grandes que hablan y rien continuamente, en promiscuidad con perros y chanchos; dentro de un ambiente de malos olores, a causa de las cáscaras, basuras y desechos de comi-

das que en estado de putrefacción tiran los moradores del rancho a todo su alrededor, amén del enjambre de cucarachas y alepates que caen de la techumbre del rancho y que andan por todas partes.

Nuestra tienda de campaña como la vieja Albión, se hallaba siempre en un orgulloso y confortable aislamiento, que contribuyó sin duda alguna a concedernos un descanso reparador durante las noches.



**Fig. 4.—Las indias llevan a sus pequeñuelos a horcajadas sobre sus espaldas, durante sus viajes o sus menesteres.**

El miércoles 17 nos levantamos a las cinco, desarmamos y empacamos la tienda de campaña y dispusimos las cargas de la misma manera que la víspera: los indios llevaban la carga a la espalda, sostenida por cinchas o por fajas de cuero o de lona, apoyándola en los hombros y en la cabeza al mismo tiempo. De esta manera pueden llevar con comodidad cargas de 40 a 50 libras, aunque en nues-

tro viaje nunca llevaron tantas. Las indias a su vez no llevan a sus pequeñuelos en brazos sino que los transportan durante sus viajes o sus menesteres a horcadas sobre sus espaldas. Como puede apreciarse en la Figura 4, los atan sólidamente a su cuerpo mediante una tira de tela, con la cual les quedan libres sus brazos para llevar un racimo de plátanos, un gran calabazo con agua o alguna otra carga.

Tomamos un delicioso café preparado por Juan y Simón y a las siete y media de la mañana, después de haber esperado hasta el último de nuestros cargueros que había ido a dormir a su casa, emprendimos el camino, pasando el río *Orotsi*, afluente del Coen, con agua a la rodilla y comenzamos el empinado y escabroso ascenso de la Loma del Pisté. Es, por decirlo así, nuestro "bautismo de sudor", que, en esta primera jornada nos corre copioso por la cara y nos empapa el dorso. El desentrenamiento, producto de un año de vida sedentaria (desde mi última vacación anual), hace que la primera jornada de una excursión, parezca ser la más pesada y agobiadora de todas, según he podido observar, también en mis jóvenes boy scouts, tanto en el novato como en el experimentado.

El trillo que seguimos parece ser camino de cabros: sube y baja abruptamente. En síntesis sube desde la orilla del río hasta la cumbre del Pisté, o "alto del rastrojo del ayote", para descender abruptamente por el otro lado. Hacemos alto a las 11 de la mañana en dicha cumbre. Sobre una gran piedra nos sentamos para comer algo mientras que otros fuman un cigarrillo; divisamos por entre las copas de los árboles que nos rodean, un rastrojo en la ladera de una lejana montaña, a cuyo pie está el palenque del sukia Santiago Lec a donde nos encaminamos.

Después del descenso seguimos por un extenso plan sembrado de cacao, con varias quebradas y ranchos de indios por aquí y por allá; a la una de la tarde atravesamos el Río Suitzi que con rumbo de Sur a Norte trae aguas corrientosas que van a caerle al Coen, el cual vadeamos metidos más arriba de la rodilla.

### 39.—QUICHUGUECHA. EL SUKIA SANTIAGO LEC Y SU PALENQUE.

Cerca de las tres de la tarde llegamos a *Quichúguecha*, "la hoja del papayo", asiento del Palenque del Sukia bribri Santiago Hernández, conocido más bien por Santiago Lec o Danielec. Juan y Simón van a un rancho vecino a notificarle nuestra llegada y entre tanto el Gobernador y el suscrito hacemos chapear un zacatalito a cincuenta metros del palenque, armamos rápidamente nuestra tienda

de campaña e instalamos dentro de ella nuestras cargas en el orden acostumbrado. Llega a poco el sukia y nos saluda cortesmente, manifestándonos en su charla que llegó a vivir a este lugar en el año 1914, invitado por su tío Nicolás Hernández, cuando tenía apenas unos 10 años. Tiene mujer y ocho hijos cuyos nombres son: Chabela, Clemencia, Amorosa, Santana, Hermenegildo, Olga, Ema y Aurelia: todos viven en el palenque con la madre, y él vive en un ranchito contiguo con su concubina, una guapa moza de unos veinticinco años de edad.

Es alto, delgado, moreno, descalzo, de pelo negro, lacio y ojos negros vivos y redondos; podría confundirse fácilmente con cualquier campesino acomodado de nuestra Meseta Central, pues carece de los ojos achinados y de las facciones angulosas de estos indios. Conversa con mucho aplomo y de manera interesante y, como todo hombre mayor, cita fechas, casos y cosas. Es muy vanidoso para vestir: usa pantalón azul de casimir, camisa de color claro, gran pañuelo de seda de colores al cuello, que cambia cada día, anudándolo en forma de corbata, y sombrero negro de fieltro de ala angosta.

Es un "sukia" a quien los indios temen y respetan mucho. Aseguran de él que es un "doctor" que cura a las gentes con sus conocimientos, soplos, sahumerios, amuletos y bebedizos. En el segundo semestre de 1953 hizo un extenso recorrido por los pueblos de la vertiente del Pacífico: Parrita, Quepos, Golfito, Boruca, Térraba, etc., medicinando a las gentes con lo cual aseguran que se hizo de más de cinco mil colones. Esto no lo he comprobado, pero sí es cierto que al regresar en diciembre, después de haber estado en la capital visitando al Presidente Otilio Ulate, en la primera semana de agosto, compró en Buenos Aires una partida de ganado, compuesta de once vacas de la raza "Nelor" y tres caballos. A fuerza de hacha y de machete, sus indios despejaron el camino por entre la intrincada montaña durante siete días de lenta jornada, ampliando muchas veces los pasos estrechos o peligrosos por donde los animales no habrían podido pasar y construyendo ranchos en sitios determinados para pernoctar en la montaña. Fué así como se introdujo el ganado hasta aquel lugar.

Esta empresa titánica del sukia y de los indios, arreando tal partida de ganado por entre el agua de los ríos, por trillos sombríos y abruptos, saltando sobre árboles tumbados en la montaña y bordeando peligrosos barrancos, conquistó la admiración del Gobernador tanto como la mía por su valentía; nuestra admiración subió de punto cuando en lo alto del Cerro Búku encontramos la osamenta completa de un caballo, que había muerto de cansancio, según nos explicaron los indios, y que pertenecía a la partida del sukia.



EL PALENQUE DEL SUKIA es de forma cónica (Fig. Nº 5), puede medir unos ocho metros de alto por diez de diámetro en su base. Está construido por una armazón de varas largas y delgadas que sembradas en el suelo rematan en la cumbre siendo amarradas con un bejuco llamado "nana". Sobre estas varas se cruzan otras horizontalmente formando aros que van desde la base hasta la cumbre, sobre los cuales se apoya el entechado de hojas de Maquenque (*Iriastea* sp. pl.) dando la impresión de un gran paraguas abierto, pero en forma punteada. Estas hojas duran de 4 a 6 años, después de los cuales es menester renovarlas. El rancho tiene un solo bequete o puerta de unas tres por cuatro varas, pró-

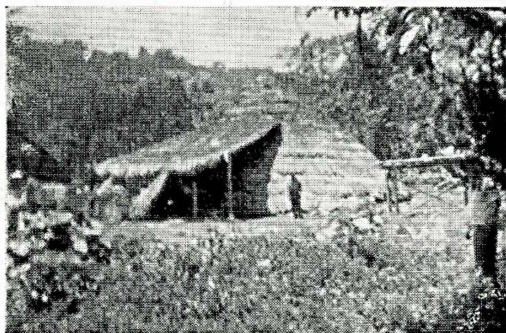


Fig. 5.—Palenque cónico con alero usado como vestíbulo, del sukia Santiago Lec del Alto Coen.

tegida por un alero o caedizo también empajado, de unos cuatro metros en cuadro, sostenido por delante por dos horcones. Debajo de este alero hay una especie de vestibulo con troncos a los lados, a guisa de bancas, donde los visitantes son recibidos.

Desde este vestibulo no vemos más que tinieblas en el interior del rancho; en cambio sus ocupantes a favor de la luz, nos miraban y analizaban mientras tanto a su sabor. Penetramos en el palenque y a medida que nuestros ojos se acostumbraban a la oscuridad vamos percibiendo sus detalles: el piso es de tierra más o menos plano y arden sobre él dos fuegos separados; el fogón está

formado por tres o cuatro largos troncos colocados en forma de estrella o de i griega (Y), en cuyo centro o vértice está colocada una olla grande de hierro con bananos o plátanos en sancocho, cubierta con una tapa de hojas de bijagua. Sentados alrededor y sobre los troncos hay algunas mujeres y niños.

El fuego de los ranchos indígenas es pequeño, mortecino y despide poco humo; arde silenciosamente durante el día y la noche. Sentados sobre los troncos se mueven las indias, los niños y los perros en su proximidad; estos últimos en gran número, en estado esquelético, sarnosos y con gusaneras, husmeando y lamiéndolo todo. Nunca he podido comprender el apego de los hombres por esta clase de animales en tan repulsivo estado. "Chichi mit urki!", "perro, salga!", era la expresión que alguna vez pronunciábamos, con gran alborozo de los indios, para librarnos de tan molestos animales. En el interior del palenque, donde pega el techo con el suelo hay tabancos a vara y media de altura, apoyados contra la armazón del techo, recubiertos por alguna estera, por un cuero sin curtir o por una cobija donde duermen las indias con sus niños. Delante de los tabancos cuelgan ocho o diez hamacas de los postes del techo; en ellas se acuestan los hombres a matar el tiempo y a charlar de día como de noche, mientras que las mujeres trabajan en los menesteres de la casa o se sientan en los troncos junto al fuego. De la armazón del techo penden racimos de guineos o bananos puestos a madurar, con los cuales frecuentemente se obsequia al que llega de visita al rancho.

En los rincones del palenque puede observarse aquí y allá, los siguientes objetos de uso general: un par de hachas, varios machetes sin los cuales no salen los indios al monte, varios calabazos grandes para jalar el agua para cocinar, media docena de jabas o canastos que denominan "tságachas", de manufactura casera, algunas bolsas de fibra o "chácaras" que tejen las mujeres con una clase de fibra, un tambor o bongó para acompañar el baile y cuatro o cinco bancos bajos o escabeles, toscamente tallados de una sola pieza de madera, con tres gruesas patas de una cuarta de alto, a lo sumo.

Las "tságachas" o canastos los elaboran los indios con *Bejuco real* (*Anthurium scandens*) que llaman bejuco de alambre, que se usa además en la industria indígena, para amarrar, como dije, la armazón de las casas. Tiene para los indios la misma importancia que el alambre y los clavos para la gente civilizada. Llevan estos canastos cargados a la espalda, sostenidos desde la frente por una correa de fibra o mecate.



*Las chúcaras o bolsas* las tejen las mujeres muy hábilmente usando los dedos de los pies y de las manos y empleando una clase de fibra o pita llamada "skú o mica". Las mujeres usan buen número colgando del techo de sus ranchos para guardar huevos, cacao, tamales de mojado, sus efectos personales, etc., etc. *El tambor* es construido de un pequeño tronco excavado, uno de cuyos extremos va cubierto con una piel seca de iguana, firmemente templada con unas correas de cuero de res.

#### 40.—TIPOS FISONOMICOS Y CARACTER DE LOS INDIOS.

Observando atentamente las facciones de los indios encontrados durante nuestra expedición, me ha parecido que se puede concretar, con bastante seguridad, los siguientes rasgos sobresalientes que constituyen a mi juicio cuatro tipos entre todo el conjunto, a saber:

1º *El tipo acholado* de pelo negro y piel muy morena, ojos negros redondos, prototipo del cual podría ser, el sukia Santiago Lec de Quichúgüecha: tal tipo puede confundirse con facilidad, con el del campesino acholado de cualquier pueblo de la Meseta Central.

2º *El tipo achinado* de facciones suaves, tez morena clara, y rostro inteligente, forma el grupo de los bien parecidos y aparentemente de los más inteligentes. Como prototipos se podrían señalar a Bernaldo Abarca, el cazador, y a José Villanueva, nuestro carguero parlanchín, de quienes nos ocuparemos más adelante.

3º *El tipo de facciones angulosas*, cara y nariz ancha, ojos grandes achinados y boca grande de labios gruesos. Este tipo de rasgos marcados y toscos parece ser "el más indio de todos", y es precisamente el que aparece en los ídolos y estatuas de piedra que he observado en el Museo Nacional y en el Colegio Seminario.

4º *El tipo negroide*, mezcla de indio y negro, en el cual la sangre de color se impone sobre la del indio, produciendo un tipo de indio con las inconfundibles características del negro. Como prototipos de este grupo podríamos señalar claramente a nuestro guía Simón Mayorga y a Vicente Nango, el botero del Sixaola.

*Las mujeres indias*, de facciones más suaves en los tipos anteriores merecen ser descritas como más limpias; son de buena estatura, algunas más bien altas y espigadas, de buenos muslos que lucen continuamente descubiertos hasta la mitad, en su casi per-

manente posición de cuclillas o sentadas en piedras bajas junto al fuego, con las piernas abiertas y las ropas recogidas dentro de ellas.

No se observó indios varones o mujeres enflaquecidos, enclenques o demacrados, sino que todos demuestran buena constitución, buena salud y algunas veces dentaduras envidiables. Solicitan medicinas para parásitos intestinales, calenturas, resfriados y otras enfermedades que, sin vivir en la selva, los blancos también las padecen.

Como dije, son los indios de carácter tranquilo, conformes con lo poco que tienen, ignorantes de los conocimientos que poseyeron sus belicosos antepasados y de los de la civilización del blanco, a cuyo margen viven y de la que dependen; perezosos, faltos de iniciativa, pues sus necesidades son elementales; grandes y alegres conversadores, aunque algunos lucen también taciturnos y tristes. Aparte de los pocos cultivos que a veces emprenden, de la caza y de la construcción de un rancho, no se ocupan de otra cosa, pasándose las horas meciéndose en las hamacas o conversando incansablemente; las mujeres en los quehaceres de la casa, junto al fuego, ayudándolos en las siembras y a transportar pesadas cargas, parecen más ocupadas y más trabajadoras.

#### 41.—LA ALIMENTACION DE LOS INDIOS.

La dieta de los indios está constituida principalmente por plátanos o bananos verdes sancochados, pejibayes, chicha de maíz, cacao, carne de res o cerdo y productos de la caza. Rara vez usan sal, azúcar o dulce y nunca ocupan los olores ni los condimentos, por lo que sus comidas siempre nos parecerán insípidas.

Los plátanos y bananos verdes los sancochan sin cáscara en grandes ollas de hierro negro, tapadas con hojas de bijagua; luego los guardan en canastos o "tságachas" recubiertas con dichas hojas, hasta que sea hora de consumirlos. Una de las indias de nuestra expedición llevaba en su *jaba* sobre los hombros, un gran cargamento de estos plátanos ya pelados y sancochados, para comerlos durante el viaje.

Junto con los plátanos y los bananos siembran los indios alrededor de sus ranchos, unos cuantos *árboles de cacao*; con las semillas de este fruto, preparan muy rudimentariamente el "tibio" o chocolate: muelen el cacao y luego lo diluyen en agua hirviendo, sirviéndolo en una jícara, y en casos excepcionales lo obsequian a los visitantes de consideración, como serviríamos nosotros un trago de whiskey. En este sentido la chicha viene a ser el trago popular y el cacao la bebida selecta.

La *chicha* se prepara moliendo el maíz crudo sobre una gran piedra plana y achatada que tienen colocada debajo de algún árbol en el patio de la casa o junto al río (Fig. N° 6). Las indias asumen para ello la posición característica: se sientan frente a la gran piedra, en otra piedra pequeña o en un tronco que arriman, con las rodillas muy separadas y el vestido recogido entre ellas, mostrando muchas veces los muslos hasta más arriba de la mitad. Toman entre sus manos la piedra de moler que es redonda y achatada como una rueda de unos 50 cms. de diámetro por 15 cms. de grueso, y balanceándola de un lado para el otro sobre su canto, trituran y pulverizan el maíz que rocían con un poco de agua, convirtiéndolo en una masa de color amarillento. La masa la aprie-



Fig. 6.—Indias de Amubre moliendo maíz en piedras especiales al efecto, para preparar la *chicha*.

tan en pequeños atados que envuelven y amarran en hojas, como se hace con los tamales, los cuales cuelgan del techo o de un *horcón* de la casa durante tres o cuatro semanas para que se fermente; es así como toma un sabor y un olor agrio característico. Esta leyadura es lo que ellos llaman "*mojo o mojado*". Cuando se desea preparar *chicha* rápidamente se repite toda la operación descrita y se le agrega un poco de *mojoso*, con lo cual se obtiene una *chicha*

suave en forma de alimento o de estimulante para la marcha o para el trabajo, que puede servirse en el acto o al día siguiente.

Cuando un indio decide *construir un palenque*, voltear un poco de montaña, chapear un terreno o sembrar una milpa, etc., prepara suficiente cantidad de la chicha descrita, invita a los vecinos a ayudarlo en los trabajos y mientras la chicha dure, dura también la mano de obra gratuita. Tal es el origen de las actuales "*chichadas*".

Dejar fermentar la chicha mayor número de días, agregarle mayor cantidad de mojoso, poner a una india que tenga la dentadura sana, después de haberse enjuagado cuidadosamente la boca, a mascar un puñado de maíz para revolverlo con su saliva, o a escupir un poco de saliva dentro del maíz molido en la piedra, para que ésta haga las veces de un mojoso más efectivo (ya que la saliva contribuye a la fermentación de los alimentos en nuestro estómago), es rebasar deliberadamente el carácter tónico y alimenticio de la chicha descrita, para convertirla en el licor embriagante de sus velorios y fiestas ocasionales.

La carne de res o cerdo y la que obtienen de la caza, es rara vez salada, comiéndola frita, sancochada o simplemente ahumada, varios días después, cuando ha entrado en proceso de descomposición, pues les parece entonces más apetitosa.

#### **42.—PARLAMENTACIONES Y PREPARATIVOS PARA LA TRAVESIA.**

El jueves 18 de marzo habíamos dispuesto quedarnos en Quichúguécha. Nos levantamos a las seis. Los compadres Juan y Simón se lucieron en la preparación del desayuno. El sol salió por un rato en la mañana y lo aprovechamos para asolear nuestras húmedas ropas, cobijas y la propia tienda de campaña que estaba muy mojada con el fuerte sereno de la noche. Nos entretuvimos tomando fotografías o nadando en el cercano, torrentoso y helado río Coen. Logramos navegar una balsa de troncos a través del río. Después del medio día vinieron muchos indios a visitarnos: tomamos fotografías con grupos de ellos y les repartimos obsequios, estampas y medicinas, entregándosele al sukia el *Botiquin de Medicinas* destinado a esta región. Algunas críticas tardías que oímos después nos hizo dudar que el sukia llegara a administrar o repartir tales medicinas.

Por la tarde se compró un cerdo de regular tamaño que un indio carnicero de Puerto Viejo mató y destazó; se destinaba exclusivamente a bastimento de los cargueros y las indias se dedicaron inmediatamente con febril actividad a prepararlo, así como

gran cantidad de plátanos sancochados; además tostaron maíz para hacer pinol que una vez molido lo empacaron apretadamente en una jicara, envolviendo además en hojas de hijagua, gran cantidad de mojos para preparar la chicha que durante el viaje, "da juerza para caminar", como dicen ellos.

Desde buen temprano entablamos conversaciones con el sukia, y con el indio viejo Rogelio Sánchez, Comisario de esta región, con el objeto de conseguir una segunda partida de indios cargueros para la travesía de la Cordillera. Los que nos acompañaron hasta aquí, no conocen el resto del camino y regresaron a sus casas en el curso del día. Después de mucho parlamentar y casi de rogar, fuimos formando poco a poco la lista de los indios que habrían de acompañarnos y a quienes prometíamos buena paga y recompensas adicionales. No nos explicamos muy claramente el retraining de los indios para servirnos de guías y cargueros, como no fuera su gran pereza y apatía por todo; de todas partes acudieron, como dije para mirarnos y recibir cigarrillos, regalos o a pedir medicinas, y creemos de buena fe que el sukia a quien respetan, hizo sentir su autoridad entre ellos, para lograr integrarnos el grupo que nos sirviera de guías y cargueros.

#### 43.—VIAJE A SAN JOSE CABECAR Y A CURGUICHA.

El viernes 19, día de San José, nos levantamos a la hora acostumbrada y después de tomar el último desayuno preparado por Juan y Simón, empacamos y distribuimos las cargas entre los siete indígenas que al mando de Rogelio Sánchez, comisario del lugar, nos acompañarían en esta segunda etapa del viaje.

Nos despedimos de nuestros buenos amigos Simón Mayorga, Juan Urbina, Carlos Luis Arias y Simoncillo Valverde, que hasta aquí nos han acompañado; ellos regresaron ese mismo día a sus quehaceres. Después de despedirnos también del sukia Santiago Lec y de sus familiares partimos, como a las nueve de la mañana con rumbo al torrencioso río Coen, que atravesamos por el curioso *Puente Tsa*, construido con tres gruesos bejucos apoyados de una a otra orilla, sobre dos corpulentos árboles de *Sotacaballo* (*Pithecolobium cognatum*) uno frente a otro, hasta donde hay que subir por medio de una escalera de palos y bejucos. El puente puede medir unos 60 metros de largo y está instalado a unos 8 metros de altura sobre el río. Los tres bejucos de unos ocho o diez centímetros de grueso, están colocados en forma de letra V, sirviendo el bejuco del vértice para caminar y los de los extremos superiores para asirse a manera de pasamanos. Los tres bejucos, claro está, están reforzados y entrelazados por una red de bejucos más del-

gados que le prestan al puente mayor consistencia y seguridad (Fig. N° 7).

Seguimos el camino al otro lado del río remontando su margen izquierda y como a las diez de la mañana llegamos al Palenque del sukia Víctor Chale. En el frente hay un potrero pedregoso y de forma alargada que no reúne condiciones para campo de aterrizaje, como se creyó en principio, debido a la proximidad de las lomas vecinas. Este indio, Víctor Chale, fué el sukia que en 1947 invitó a la señora Doris Stone a visitar esta región y quien ahora se ha trasladado a vivir al Valle de El General.

Nos adentramos un poco en la montaña subiendo y bajando pequeñas lomas y a las diez y media nos encontramos con el río Suitzi que corre por un barranco, al pie de una escarpada loma.

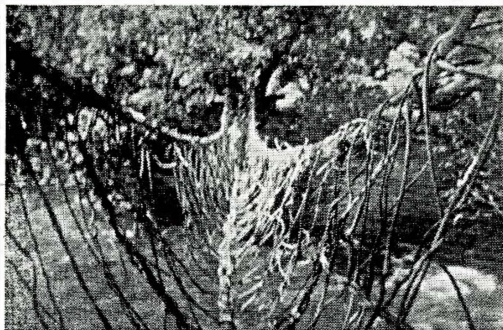


Fig. 7.—Puente de Hamaca de 60 m. de largo construido por los indios, de tres gruesos bejuco entre dos corpulentos sotacaballos. Comunica a Quichúguecha en el Alto Coen con San José Cabécar.

Cruzamos su cauce con agua hasta la rodilla y nos encontramos con una bifurcación de trillos que conducen: el de la izquierda a Cúrguicha y el de la derecha a San José Cabécar. Tomamos este último con rumbo al Norte. Después de una hora de duro trepar llegamos a un lugar relativamente plano que fuera otrora el asiento de una numerosa y temible tribu indígena: Los Cabécares.



Todavía cuando en el año de 1890 visitó Monseñor Thiel estos agrestes y pintorescos parajes, los Cabécares sumaban unos 300 a 400 indígenas repartidos en una apreciable extensión, asiento de los palenques y rancherías de indios cuyos nombres consignó Henri Pittier en su maravilloso Mapa de Costa Rica. Estos fueron Sibube, Picute, Agabetá, Bébliyak, Lótsinyak, Súrisi, Suébeta, Kuissa y San José Cabécar. Dejó el Obispo extensa crónica sobre el estado en que los encontró y de sus proyectos para sembrar café y otros cultivos, a lo cual me referí en páginas anteriores.

Visitamos San José Cabécar precisamente el viernes 19 de marzo, día de San José, Patrono de la República y patrono especial de esta región que lleva su nombre desde el tiempo de los españoles. Con cierta prisa a la que desgraciadamente nos obliga el itinerario del viaje que nos hemos trazado observamos el lugar. Cuenta apenas con cuatro o cinco ranchos donde viven 30 a 40 indios en total. Diseminados en esta altura, donde hace 64 años Monseñor Thiel encontró de quince a veinte palenques, con cerca de 400 indios, quedan estos pocos indios, que han sido diezmos por un *problema complejo* que nadie ha investigado seriamente todavía. Los factores conocidos, aunque sin poder precisar cuáles son los más graves, son: la emigración a la vertiente del Pacífico, más cálida y acogedora y menos fiera y salvaje que la del Atlántico; la mortalidad infantil a causa de los parásitos intestinales; la mortalidad prematura de los adultos a causa de la deficiente alimentación y de las enfermedades como el paludismo y de las mordeduras de serpientes, así como de los vicios y excesos. Esto determina de modo evidente la ausencia casi total de viejos de 50 a 60 años entre los indios.

Finalmente y este parece ser el más grave, el control de la natalidad y la esterilización intencional de las indias, mediante el uso de unos polvos que se obtienen de la corteza machacada de cierto árbol; este procedimiento lo descubrió y conoció en detalle Monseñor Thiel; ahora la señora Doris Stone manifiesta conocer la droga contraria, que usan a voluntad las indias precisamente para concebir. De lo primero dejó el Obispo amplia documentación en los archivos episcopales, y de lo segundo, con la conveniente reserva, la señora Stone, me ha ofrecido publicar oportunamente algunas referencias.

Dejamos prontamente esta región tan despoblada con el pesar de no haberla conocido en su antiguo esplendor, y descendiendo rápidamente por el otro costado de la loma, vamos a caer un poco más adelante, cerca de las doce y media del día, al camino que traíamos por la mañana; este nos conduce hacia el Oeste, bordeando el Río



Coen por su margen derecha. Subimos la loma del KEGLIBU "El Cacique", que nos cierra el paso contra el río, y en uno de sus altísimos vadeamos la Sibúriñak o "Quebrada del Santo" afluente de este río en el cual desemboca en ángulo recto. Descendemos poco a poco la loma por el otro lado y seguimos nuestro camino bordeando otra vez el río. Como a la una y media de la tarde llegamos a *Hácmatga*. Hay allí dos grandes rocas de color rojizo, de unos seis metros de diámetro cada una, que se hallan colocadas a la orilla del río a cien metros de distancia la una de la otra. Este lugar tiene su leyenda que dice que en este sitio se encontraron una vez las fuerzas del Bien capitaneadas por Sibú (Dios), y las fuerzas del Mal, jefeadas por el Diablo, librándose en el acto una batalla en la que se lanzaron muchas piedras mutuamente. Finalmente Dios venció al espíritu del Mal, al lanzar una de las dos piedras más grandes que han quedado desde entonces como recuerdo del combate, ante lo cual el Diablo "bí" se retiró.

Seguimos nuestra marcha río arriba y a poco atravesamos el río Buari, o río Iguana, en el propio lugar de su desembocadura al Coen. Cada uno procuró encontrar el paso menos profundo, pero el indio José Díaz tuvo tan mala suerte, que resbaló y cayó dentro del río, saliendo muy amoscado, chorreando agua desde la punta del pelo!

Después de un último "treponcito" a una loma escarpada y cubierta de cascajo, ascendiendo por el curso seco de un caño o torrente en invierno, llegamos a las dos y media de la tarde a *Cúrquicha*. Este nombre significa "árbol del guarumo"; el lugar está situado en lo alto de una loma y efectivamente junto a varios árboles de Guarumo (*Cecropia mexicana*) y allí está el rancho del indio Bernaldo Abarca, Comisario de San José Cabécar. Hacemos chapear un poco el suelo, en un clarito del monte entre algunas cepas de plátano cerca del rancho, y en menos de quince minutos tenemos instalada nuestra tienda de campaña. Procedimos a acomodar a cada lado el salveque con nuestra ropa, y apilamos a los pies de nuestros lugares para dormir y junto a la puerta de salida, los demás bultos y cajas del equipo.

Bernaldo Abarca pertenece a aquel tipo que clasifiqué anteriormente como de ojos achinados y facciones suaves; es alto, musculoso y bien proporcionado; reúne, a mi juicio, los más acentuados rasgos del indígena típico de esta región. Tiene mujer y cinco hijos, al mayor de los cuales, Ireño, le ordena alistarse en nuestro "safarí". Es cazador con escopeta calibre dieciséis y pescador en el río con arco y flecha, de los cuales tiene varios juegos que ha hecho él

mismo; fuma con frecuencia y con fruición una pequeña "cachimba" de su manufactura, que llena con tabaco de cigarrillos.

Su mujer, sus hijas y algunas indias vecinas se entretuvieron con febril actividad desde la tarde hasta la noche, preparando bastimento para los expedicionarios: pelando y sancochando plátanos, tostando y moliendo maíz para el pinol, cocinando exquisita carne de saíno (*Dicotyles tajacu* Sel) y de tepescuintle (*Coelogenis paca tomes*) (7), y preparando mojoso para la chicha del camino.

Por la tarde descendimos nuevamente al Coen para tomar un delicioso baño y probar la suerte de Arnaldo que trataba de ensartar bobos (*Joturua pichardi*) en los remansos del río con su arco y flechas; anduvimos con mala suerte a causa de la falta de sol y consiguiente poca visibilidad.

Desde aquí nuestros alimentos fueron preparados en la *cocinita de cañin a presión* que nos prestó excelentes servicios. En efecto, hoy cociné nuestra comida única que consistió en una sopa de paquete, unos huevos y unas lonjas fritas de la deliciosa carne de saíno y de tepescuintle, que nos obsequiara Bernaldo; una tajadita de queso colorado con pan-bon, un cacao nestlé y un sorbo de whiskey. En total un banquete en plena selva.

Ya al oscurecer, cerca de las seis de la tarde, me dediqué a observar el imponente paisaje que nos rodeaba desde lo alto de la Loma de Cúrguicha donde estábamos acampados. Con sorpresa descubrí que casi al alcance de nuestra mano, a menos de un kilómetro en línea recta hacia el Oeste, está el CERRO KABIKU, aquel cerro Morro, de extraña conformación que divisamos hacia el Oeste-Suroeste, desde los playones de Puerto Lari.

Allá en el fondo del barranco hacia el Este, corre rumoroso con rumbo de Sur a Norte, el río Coen, levantando oleadas de espuma blanca que brillan en la semioscuridad. Por todos lados nos rodean lomas enteramente cubiertas de árboles, de montaña cerrada; hacia el Suroeste, hacia donde nos encaminaremos al día siguiente, contemplé asustado una sucesión de altos y empinados cerros a casi un tiro de escopeta. En la cumbre del primero se divisaba una milpa, que Arnaldo cree haber sembrado fuera del alcance de sus chanchos. Cada día el Gobernador empleaba unos momentos para dibujar al crayón, con mucho acierto, *nuestra tienda* de campaña o nuestro campamento con un trozo del paisaje que lo rodea, con lo cual ilustra un cuaderno de viaje. Si el día fué maravilloso y no llovió, el atardecer era espléndido; los cuyeos habían

---

(7) Rómulo Valerio R., *Los Nombres Vulgares de la Fauna Costarricense*, 1944.

comenzado sus vuelos y sus monótonos gritos; esa noche la luna empezó a brillar con todo su fulgor iluminando con su claridad lechosa los montes vecinos; proyectando sobre nuestra blanca tienda de campaña las sombras fugitivas de las largas hojas del platanal que nos cobijaba, mecidas por la brisa adormecedora. Un silencio imponente nos rodeaba. Nos recogimos en nuestra tienda de campaña a dormir tranquilamente en espera del nuevo día.

#### 44.—LOS INDIOS CARGUEROS.

Ya explicamos anteriormente como los indios llevaban nuestras cargas a la espalda, suspendidas de fajas de cuero, de lona o de cinchas de mecate que tuvimos la buena precaución de llevar, las que pasan simultáneamente sobre la frente y sobre los hombros, pudiendo cada hombre alzar en esta forma unas 30 a 40 libras de peso.

Nuestro segundo grupo de indios cargueros estaba constituido por Rogelio Sánchez, Tomás Morales, José Díaz, José Villanueva, Silverio Tello, Javián Fernández e Ireno Vargas. No fué sino hasta que nos pusimos en camino que advertimos que los dos primeros traían consigo a sus esposas con el objeto de que les cocinaran y sirvieran a ellos y a los demás indios, las comidas durante el viaje. Monseñor Odendahl había celebrado sus matrimonios en Amubre, lo cual es la excepción entre estas gentes.

Así pues, *Rogelio Sánchez*, el indio viejo de la partida, un poco gruñón y perezoso para caminar, Comisario de Quichúguecha, trajo a su mujer Cecilia Martínez, india buena, paciente y sufrida; y *Tomás Morales*, joven de unos 25 años, de ojos negros vivos y rostro inteligente, de carácter reservado, quien ha trabajado en épocas pasadas en Puerto Viejo, trajo a su mujer María Vargas, india recelosa y desconfiada, quien nunca nos miró de frente, ni contestó nuestras preguntas, a pesar de haberla sorprendido riendo de los chistes que yo hacía. Estas dos parejas caminaban siempre de últimas, por lo cual *José Díaz*, joven indio de unos veinticuatro años, calzado, de ojos achinados y largo pelo lacio, inteligente y seguro de sí mismo, asumió desde el principio la delantera con nosotros. Iba en calidad de guía, convirtiéndose en nuestro confidente y compañero, y suministrándonos durante el viaje gran cantidad de nombres y otros datos informativos.

*Silverio Tello*, grueso, de cara y cabeza redonda como una luna llena, de unos veintiocho años de edad, era el melancólico de la partida. Conversaba pocas palabras con sus propios compañeros y pre-

fería dormir o sentarse un poco aparte, mirando a lo lejos con un tanto de nostalgia, al parecer. *José Villanueva* por el contrario, joven de unos veinte años, de ojos achinados, peinado de carrera a un lado, era el alegre parlanchín y bromista de la partida; de todos era el que articulaba más sonoramente su expresivo idioma, mostrando al parecer cierta predilección en pronunciar con énfasis las erres y las sílabas explosivas. El Gobernador y yo lamentamos siempre no comprender el idioma bribri, para disfrutar de las gracias y chistes de este muchacho, mayormente cuando nos pareció advertir, que algunas veces los hacía a costillas nuestras. En el campamento del río Lari, por falta de campo para plantar nuestra tienda de campaña decidimos el Gobernador y yo dormir en el rancho con los indios. El indio Villanueva al acostarse junto a nosotros me dijo: "Chicke pucke bar" que significa "Esta noche dormiré contigo" que los demás celebraron con las risotadas de costumbre.

*Jazán Fernández*, indio joven de unos veinte años, con la cara picada de viruelas, se ponía colorado hasta la punta de las orejas, con solo dirigirle la palabra. Era el penoso del grupo. El último, *Ireno Vargas*, jovencito de dieciocho años, hijo de Bernaldo Abarca, nuestro amigo cazador, andaba siempre sonriente, con los ojos muy abiertos y con aire azorado. Daba la impresión que iba corriendo la gran aventura, de la que no quería perder detalle, haciendo todo lo posible por estar a la altura de los demás, para hacer quedar bien a su padre que le había enviado, según declaró, sin más interés que el de servir y cooperar con el Gobernador. En todo esto hay algo de cierto, pues de ellos sólo los tres primeros, Rogelio, Tomás y José Díaz han hecho esta travesía tres o cuatro veces; los demás van con la ilusión de conocer Buenos Aires, donde esperan poder comprarse algunas cosas.



## CAPITULO VII

### CRUCE DE LA CORDILLERA DE TALAMANCA

- 45.—Ascenso del Búkku y su cima Hákku:
- 46.—Del Búkku al Río Lari.
- 47.—Del Lari al Coen y al Río Lori.
- 48.—Del Campamento del Lari a Hákku y a Chibugra.
- 49.—De Chibugra a Ujarrás y Buenos Aires.
- 50.—Conclusión.

#### 45.—ASCENSO DEL BUKKU Y SU CIMA HAKKU.

Sábado 20 de marzo: a las cuatro de la mañana nos despiertan las voces de Rogelio llamándonos: "Gobernador! Licenciado! Levantar ya!" Nos vestimos con prisa y tumbamos nuestra tienda de campaña a los primeros fulgores de la aurora. Mientras que el Gobernador empaca y dispone las cargas, preparo y sirvo nuestro desayuno: nestcafé, leche en polvo, tortas de harina, pan-bon y queso colorado. Los indios toman en jicaras su pinol caliente, acompañándolo con plátanos sancochados y trozos de carne de saíno. Intercambiamos partes de nuestros desayunos: tortas por pinol caliente con azúcar, que estaba delicioso. A las seis de la mañana a nuestra exclamación que repiten los indios "Mishka safari", "Vámonos de excursión", vocablo de creación nuestra durante el viaje, nos ponemos en marcha agregándonos a la partida Bernaldo Abarca, su cuñado Alejandro Fernández con sendos rifles, y Miguel Abarca, indio de 10 años, hijo del primero, con su pequeña mochila a la espalda. Tomamos un trillo que sigue primero hacia el Oeste, y luego al Suroeste a través de un yucal, por unos breñones y luego de cruzar un barranco, subimos la primera loma: pasamos frente a la milpa de Arnaldo y continuamos la ascensión hasta llegar su-

dórosos y agitados al Alto de Bruerguébeta. Eran las ocho y cuarto de la mañana; el sol brillaba por primera vez en todo este viaje y el cielo sin nubes prometía un buen tiempo.

Hacia el Suroeste a 225° de nuestra brújula de bolsillo, vemos, entre otros cerros, el imponente Búkku, en cuya cima está la Roca Hákku; allí esperamos acampar al atardecer. Seguimos la marcha por un extenso llano que cruzamos a las nueve de la mañana; es éste el asiento primitivo del pueblo o ranchería extinta de *Suébeta*, que el señor Pittier consignó en su Mapa como Suibēta, y en el Mapa del Instituto Geográfico Nacional aparece como Sibubeta, posiblemente por error.

Es importante llamar la atención del lector en este punto, para que se ponga en guardia contra la autenticidad de los nombres geográficos de Talamanca, que sus habitantes alteran constantemente. Esto obedece en mi opinión a dos causas: a la variedad de dialectos indios que denominaron un mismo lugar de manera distinta aunque parecida, y a la presencia de los negros que bien sabemos que pronuncian mal el inglés y el castellano, deformando también de consiguiente, los nombres indígenas.

Allí en *Suébeta* no queda un alma, ni hay un solo rancho, solo se encuentran algunas palmeras, matas de café y chayoterías enredadas en los matorrales, que parecen ser vestigios del asiento de los antiguos ranchos. Quince minutos después pasamos por *Panteónbeta*, lugar donde los indios tenían su cementerio de esta región; descubrimos que la palabra "panteón" sinónimo de "cementerio" es de origen cabécar. Se nos presenta una bifurcación de caminos y tomamos el de la derecha.

Descendemos desde el plan hasta el borde del río Coen, el cual remontamos por su margen derecha hasta un poco arriba de la desembocadura de la *Ductipé* o Quebrada del Caracol. En este punto es necesario cruzar el caudaloso Río Coen lo que realizamos despojándonos de los pantalones únicamente y arrollándonos la camisa más arriba de la cintura, hasta donde nos llegan las oleadas de la fría y caudalosa corriente. Pasamos el río de dos en dos, apoyándonos fuertemente en nuestros bordones, y una vez rehechos en la orilla opuesta continuamos nuestra marcha. Durante todos estos días hemos mantenido con tenacidad admirable el rumbo Oeste-suroeste a 245°, bordeando y remontando nuevamente la margen derecha del río. Escalamos los peñascos para volverlos a bajar, pasando por barrancos y pasos estrechos de la escarpada Peña que, por trechos se levanta casi perpendicular; terminamos por caminar por entre el río chapaleando y a veces con el agua a la cintura; lo atravesamos parcialmente varias veces de un lado para el

otro, en busca de los pasos menos hondos y valiéndonos de los islotes colocados en medio del curso, avanzamos cerca de un par de kilómetros, sometiendo nuestro calzado a la dura prueba del agua, de los golpes y resbalones en las piedras del fondo del río.

A las diez de la mañana salimos a la orilla derecha y comenzamos a ascender la montaña o *Loma Dipari* por un trillo húmedo y barrialoso, que serpentea por entre los árboles y matorrales; los bejucos, espinas y ortigas del camino nos hieren al menor descuido, clavándose en las manos cuando al sentirnos flaquear, o al resbalárenos de pronto nuestro inseparable y valioso *bordón*, nos asimos inadvertidamente a ramas erizadas de espinas.

Nos detenemos a descansar por primera vez en una planicie llamada *Alto del Haménquin*, donde viene a salir la bifurcación de caminos que pasamos en *Panteónbeta*. Descendemos de nuevo hasta un profundo barranco a cuyo pie corre de Sur a Norte el río Dipari; éste cae al Coen algunos kilómetros abajo, llegando a este río a las once y cuarenta y cinco minutos de la mañana. Nos sentamos a tomar el sol para calentarnos, ya que el frío y la humedad de la montaña son grandes, y comemos algunos pedazos de carne de saíno con galleta de soda.

A las doce en punto atravesamos el *Río Dipari*, con el agua hasta la rodilla. Comenzamos entonces el penoso ascenso del *Cerro Búkkú* por un trillo escabroso tapizado de raíces y piedras, a veces hondo como para servir de caño a las aguas y a veces accidentado bordeando peñascos en la orilla de algún barranco o precipicio (*Cerro Stutuk?* a 2.416 m).

Los indios caminan generalmente sin prisa pero a pesar de la carga que llevan, en las cuestas se muestran más desahogados que los blancos; sin embargo se detienen de vez en cuando a tomar aliento produciendo al exhalar el aire un suspiro musical que en mi opinión corresponde a la *nota do* del pentagrama. El Búkkú que estamos escalando tiene una mayor gradiente que la de otros cerros y por trechos es la pendiente tan fuerte, que al resbalar necesitamos ir aferrándonos a los árboles para poder sostenernos; el camino está lleno de cascajo y filosas lajas sueltas, como las que he visto en abundancia en el Cerro San Miguel del Macizo de Escazú. Se nota la ausencia de lianas y bejucos característicos de la bajura, presentando un bosque más limpio y claro, propio de la altura; bajo la bóveda de las altas copas subimos jadeantes, con el corazón marcándonos, como un tambor, el avance dentro del pecho.

Cerca de las cuatro de la tarde, muy extenuados y caminando casi como autómatas, llegamos al alto; en un claro del bosque y mostrándome la osamenta de un animal, me dijo el indio José Villa-



nueva parodiando a Mister Griffith: "Aquí murió la caballa del sukia! "Era efectivamente la osamenta de uno de los caballos que trajo el sukia de Buenos Aires, que murió durante el viaje en este lugar, de cansancio según dicen.

Comenzamos a descender un poco y como a doscientos metros llegamos finalmente a *Hákku*, o sea "casa de piedra" en lengua cabécar. Hákku es una hermosa roca color gris claro, de unos quince metros de alto por veinte metros de base, empotrada en la ladera de la montaña, mirando al oeste, sobre un barranco cubierto de árboles y de charral, cuyo fondo no pudimos apreciar; tiene una base al pie en forma de corredor o pasadizo, de dos varas escasas de ancho, por unos doce metros de largo. En esta angosta y alargada tira nos recostamos a descansar, presentándonos, hasta donde alcanzaba la vista, al frente y a los lados, un mar de crestas de montaña recubiertas de espesísima selva.

Con su rifle de repetición calibre U el Gobernador mató de dos certeros balazos en la cabeza una pareja de *Congos* o *Mono bramador* (*Mycetes palliatus*) que tuvieron la ocurrencia de despertar los bríos del Gobernador al ponerse a gritar en la copa de los árboles. Los indios los desollaron inmediatamente quemándoles el pelaje, el que una vez achicharrado pudieron raspar fácilmente con un cuchillo. Luego fueron a lavar la piel a un pequeño ojo de agua cercano, que brota en un rincón escondido entre los árboles y la maleza, a unos doscientos metros del lugar en que se halla la piedra.

Los indios se banquetearon esa misma noche con uno de los monos, el Gobernador regaló el otro a Arnaldo para que se lo llevara a su casa, pero nosotros no pudimos participar en el festín. ¡Cuestión de estómago!

Sobre el pasadizo y la maleza preparamos, como mejor pudimos, nuestros lugares para dormir al abrigo de la roca; apilamos las cargas en un sitio. Durante el ascenso de ese día y a causa del esfuerzo, el sudor nos ha bañado el rostro y empapado el dorso; habiendo sufrido gran deshidratación preparo suficiente cantidad de sopa concentrada de paquete con una dosis adicional de sal; en la sopa hirviendo eché cuatro huevos crudos que pronto se volvieron "tiernos", y acompañamos tan reconfortante alimento, con un sorbo de whiskey, una tajada de queso colorado y un poco de pan y chocolate.

De nuevo reina la majestuosa y absoluta quietud de la noche. Nos encontramos en un sitio al amparo del viento, no corre la más leve brisa, ni se escucha siquiera el canto de un grillo. La luna ha vuelto a salir esta noche en todo su esplendor, y proyecta sus rayos lechosos sobre el verdor azulado de los montes dormidos.

#### 46.—DEL BUKKU AL RIO LARI.

*Domingo 21 de marzo:* El murmullo de la conversación de los indios sentados a la par de su fuego mortecino, y a la luz de la luna que nos da de lleno en la cara, nos despiertan antes del amanecer. La luna y las estrellas brillan en un cielo despejado y no experimentamos ahora, ni durante la noche, el frío que creímos hallar en estas alturas, habiendo disfrutado de un sueño ininterrumpido sobre el mullido colchón de la dura roca.

Con los primeros rayos del sol admiramos al frente y a lo lejos, allá a 2300' de nuestra brújula, al suroeste, la cima más alta de todas las que la preceden, al parecer desprovista de árboles en la cumbre: es el *Cerro Durika*, cerca del cual debemos pasar dentro de un par de días, para tramontar finalmente la Cordillera de Talamanca, compuesta de esta ininterrumpida sucesión de lomas y crestas.

Después de nuestro desayuno de nestcafé con leche en polvo, pan y queso colorado, al grito de "Mishka safari!", nos ponemos en marcha cerca de las seis de la mañana. Comenzamos a descender la montaña hacia el noroeste y a la hora de caminar enderezamos el rumbo hacia el suroeste sin haber traspasado ningún barranco ni cauce: a partir de un claro del bosque comenzamos a ascender lentamente el *Cerro Cóbata* por un lomo de tierra; poco a poco parece volverse tan empinado y tortuoso como el de la víspera. A las ocho y media de la mañana pasamos por *Chindanguicha*, que significa "la rama del naranjo", pequeña planicie dentro del bosque grandioso y umbrío y quince minutos después, vuela de pronto a la izquierda del sendero, un gran bulto oscuro que se detiene en una rama cercana. Es una Duciari (Pava negra - *Chamaepetes unicolor*), nos dice José. El Gobernador la mata de un certero balazo. Tiene cresta y plumas negras, la piel de la cara es de color azul morado y el moco color celeste; las uñas y el pico son negros y ligeramente encorvados. Los ojos negros con aro, canillas y patas rojas.

La cacería comenzó, ya que a poco divisamos también algunos monos congos en lo alto de unos gigantescos robles; con las peripecias, las ansiedades, las emociones y las carreras del caso, se desató tremenda balacera que duró más de una hora, en la cual el mortífero repiqueteo del rifle de repetición calibre U del Gobernador, alternó con el retumbante cañonazo esporádico de las escopetas calibre 16 de Arnaldo y de su cuñado Alejandro.

Los gritos ansiosos de: "¡le pegué!", "¡va herido!", "¡atajámelo por ahí!", etc., contrastaban con la flemática tranquilidad del indio Arnaldo, que se sentaba a un lado del camino a renovar los fulminantes martillados en las grandes cápsulas de su pequeño arsenal;

vacía cuidadosamente la pólvora que guardaba en un cuerno de buey taponeado en su base y con un agujerito hecho en su extremo agudo, a un pico de Curré color de marfil transparente, que actuaba como medida y como embudo práctico: luego la vaciaba a su vez en la cápsula de metal. Taponeaba cuidadosamente la pólvora dentro de la cápsula, con unos trocitos de mecha y con el mismo pico vaciaba otra cantidad de pequeños balines, que taponeaba sólidamente con otro poco de mecha. Y... vuelta a disparar su escopeta con ecos retumbantes que repetían los montes y las hondonadas. Total tres monos más en tierra y otros tres también muertos entre las horquetas de los árboles, donde corrían a afianzarse al sentirse heridos. Los indios nos informaron que los monos muertos en los árboles serían comidos por los gusanos, porque en estas montañas no hay zopilotes, gavilanes, lechuzas, ni otras aves de presa que acudan en busca de los cadáveres. Tal es la aterradora soledad de estas montañas, que los novatos creen pobladas de toda clase de fieras y culebras!

Después de las diez de la mañana, subiendo el cerro, se devuelven Bernaldo, Alejandro y Miguelito, quienes recogen de paso la pava azul y los monos que se llevan para sus casas; nuestros cargueiros renuncian a llevar carga adicional. A las once de la mañana pasamos por *Buickpone* o sea el *Plan de Sajinillo*, y a medio día exactamente, nos detenemos por unos veinte minutos en un alto, para descansar y comer un poco. El día se ha nublado y nos rodea la semioscuridad del bosque. Proseguimos la marcha entre el bosque ininterrumpido, y a las doce y media pasamos por *Karkiguicha*, o sea "la rama del árbol"; efectivamente encontramos una serie de grandes árboles tumbados sobre la picada, que nos obligan a desviarnos por atajos y barrancos laterales, para salir nuevamente al camino, más adelante. Finalmente a las dos de la tarde llegamos al RIO LARI, que corre de Sur a Norte, y por falta de valor y decisión nos quedamos bajo el viejo rancho de hojas que dejó hecho el sukia Santiago Lec junto al río.

El cielo está nublado y acentúa el aspecto húmedo y triste del lugar. Después de tomar un baño rápido en las frías aguas del Lari, afluente superior del Coen, cuyo nombre es una deformación de Arari, nombre de la estribación de la Cordillera de Talamanca en esta región, nos mudamos la ropa y los zapatos húmedos para sentirnos más abrigados. Desplegamos la tienda de campaña a guisa de alfombra, sobre un extremo seco del piso del rancho, a falta de un lugar adecuado adonde poder armarla afuera; alistamos nuestros lugares para dormir apilando las cargas a los pies; los indios

ocupan la otra parte del rancho donde María y Cecilia luchan por encender el fuego, con pequeños trozos de madera blanca que Rogelio y Tomás cortan y pican en la montaña; provienen de una palmera no identificada, alta y delgada, cuya corteza desprenden fácilmente con el cuchillo; a causa de hallarse muy entrapada en agua, a pesar de ser excelente combustible, según afirman los indios, despiden gran cantidad de humo picante que nos hace salir huyendo del rancho a cada rato "llorando a lágrima viva."

Con todo, preparo y sirvo nuestra consabida "sopota", como la llamamos, tan reconfortante como la de la víspera; la acompaño con unas tajadas de pan fritas, de queso, pan-bon y un sorbo de whiskey. Me propongo luego derribar con el machete, una media docena de altos y delgados árboles que hay alrededor del rancho y que están cubiertos de musgos, lianas y parásitas que chorrean agua por todas partes. Algunos indios para matar el rato, siguen mi ejemplo, con el propósito de abrirle paso a los rayos del sol de la mañana, pero nuestros propósitos resultaron fallidos y nuestra labor inútil.

Al oscurecer nos recogemos en el interior del rancho aislándonos con una cobija a guisa de tabique para lograr desviar el humo empujándolo por la brisa hacia afuera. Fue aquí donde el indio José Villanueva al acostarse a nuestro lado, me dijo: "Clieke pucke bar", hoy dormiré contigo, ocurrencia que divirtió tanto a sus compañeros. Exactamente a medianoche comenzó a llover fuerte y el agua se pasó por el techo del rancho poco a poco; principió por salpicarnos la cara, luego las goteras nos pringaban las cobijas y por último el agua corría por el piso. Si nos estirábamos para desentumecernos, metíamos los pies en un charco; si volvíamos a acurrucarnos, nos corrían chorritos de agua helada por el costado o por la espalda, sin poder hacer nada y rodeados por la intensa oscuridad que parecía aumentar nuestra afflictiva situación.

#### 47.—DEL RIO LARI AL COEN Y AL RIO LORI.

*Lunes 22 de marzo:* A Dios gracias, al amanecer cesó la lluvia. A las cinco de la mañana nos vestimos y empacamos nuestras cargas mojadas como mejor pudimos. Después del desayuno, a nuestra voz de partida que repiten los indios: "Mishka safari!", nos adentramos en la montaña por la que chorrean y corren aún hilos de agua. Caminamos ansiosos y con paso apresurado, no pensando más que en alejarnos de este lugar. Después de subir una lomita atravesamos, a las ocho de la mañana, la *Quebrada Coctushé*, y caminando por un extenso plan, comenzamos a subir gradualmente el *Cerro Compta*.

Nuestra ansiedad aumentó al dar un prolongado rodeo hacia el sureste, que José, el guía indio no nos pudo explicar, limitándose a decirnos que ése era el camino; miramos inquietos nuestra brújula, que consultamos frecuentemente durante el viaje, comprobando que caminábamos hacia el sureste, subiendo durante hora y media y apartándonos del rumbo suroeste que, con admirable constancia, hemos venido siguiendo a lo largo de todo nuestro trayecto en bote, a caballo y a pie, bordeando el río o selva adentro.

A las 10 de la mañana llegamos al *Alto del Cerro Compta* y tomando por un lomo de tierra que descendía gradualmente, notamos que el camino enderezaba de pronto su rumbo otra vez al suroeste. Fué entonces cuando nos dimos cuenta de que habíamos estado bordeando un profundísimo barranco, y que para evitarlo se daba tan extenso rodeo. Continuamos bajando en suave declive, y a las diez y media de la mañana encontramos al río Coen, convertido a estas alturas en una mansa quebrada, cuyo cauce muestra apenas un pie de profundidad. Fué esta la última vez que lo vadeamos en nuestro viaje, ya que ésta era la cabecera del indómito y salvaje río Coen, compañero inseparable de nuestro viaje desde que en su desembocadura lo vimos discurrir lentamente al mar con el nombre de Sixaola bajo el puente internacional.

Al otro lado del río, en un hermosa y asoleada planicie desprovista de árboles, está instalado el CAMPAMENTO DEL COEN; el rancho es semejante pero más grande y mejor que aquel en el que pernoctamos anoche. Viendo la mejor disposición de este campamento, donde el suelo seco nos indicaba que la lluvia no había llegado hasta ahí, nos lamentamos tardamente de no haber forzado la marcha la víspera, para haber venido a acampar aquí, lo que se debió, a la falta de iniciativa de los indios.

Después de un cambio de razones con Rogelio, quien alegando sentir dolor en una pierna pretendía que nos detuviéramos ahí y afrontando los vaticinios de que nos esperaba una dura jornada, los indios se prepararon tomando algunos guacales de chicha, "para coger juerza para caminar", tomando nosotros con igual propósito, nuestra cápsula de Multicebrin (Pan-Vitaminas Lilly), un poco de leche en polvo con azúcar y algunos tragos de agua.

Reanudamos la marcha siempre con rumbo suroeste y a escasos cien metros nos encontramos con la Quebrada Kriku o Kriket; comenzamos a remontarla con agua a la rodilla, procurando sortear los pasos más hondos y las numerosas ortigas que cubren sus orillas: la terrible Pringamosa conocida comúnmente por Pringamosca (*Loasa triphylla*, guss. var. *nudis*, Benth, *Urba* y *Gilg*), euforbiácea americana, arbustiva, de no más de 1 m. de alto, con el

tallo y las hojas cubiertos de pelos urticantes que penetran aún a través de las telas produciendo una irritante picazón. Desde ambas orillas cubiertas de charrales y a veces de grandes troncos tumbados que han arrastrado las crecientes de esta encajonada quebrada, se levantan sendas peñas, y es evidente que el único camino a seguir es chapaleando agua.

A mediodía dejamos la quebrada, nos internamos por su orilla izquierda y subiendo una empinada loma, atravesamos maravillosos bosques de Robles y de Roble-encinos (*Quercus guatemalensis* y *Quercus insignis*). Me hacen recordar los robledales y encinales del Copey y de la Carretera Panamericana, que conocí y aprendí a querer de niño, y que ahora, a pesar de nuestras leyes, unos cuantos están derribando para transformarlos en carbón que vienen a vender en grandes camiones a Cartago y San José.

Subiendo por el borde de la loma a cuyo pie corre el Kriku, contemplamos entre las copas de los árboles, una altísima y preciosa catarata que en tres saltos se precipita desde lo alto de la loma opuesta, a la par misma de los robles de la cima, hasta lo hondo del barranco del Kriku, donde levanta nubes de fina lluvia, que brillan con el sol. Es una ironía contemplar tal caída y derroche de fuerza, y pensar que en la Meseta Central estamos padeciendo ahora una grave crisis de energía eléctrica, por falta de agua! No podemos quedarnos por más tiempo contemplando este bello panorama, y seguimos la marcha; a la una de la tarde llegamos al *Alto de Krikicuta* donde el canto de los jilgueros (*Myadestes melanops*), nos acompaña mientras transitamos sobre una gruesa alfombra de recortadas y encrespadas hojas de encino y de roble. Pasamos la quebrada del mismo nombre como a las dos y media de la tarde. Descendiendo en suave gradiente atravesamos un extenso bosquecillo de pacayas y palmitos (*Chamaedorea bifurcata*, y *Enterpe* sp.) y llegamos por fin cerca de las tres de la tarde al RÍO LORI que los indios a veces pronuncian O'lori. Atravesamos el río Lori, un poco más caudaloso que el Lari, y decidimos quedarnos a dormir en un rancho que encontramos allí, tomando la precaución de hacerlo recubrir con más hojas de palma, mientras que nosotros ponemos a asolear nuestras cobijas, ropas y la tienda de campaña. Nos damos el baño rápido de rigor mudándonos de ropas y calzado. Preparo y sirvo la sopa concentrada, que parece haberse consagrado como la comida de rigor en este viaje, a la que agregamos alguna lata y un poco de pan.



#### 48.—DEL CAMPAMENTO LORI A HAKKU Y A CHIBUGRA.

El martes 23 de marzo hace un día esplendoroso. Nos levantamos a las seis y después de desayunarnos y empacar, nos ponemos en camino a las siete de la mañana. Comenzamos a ascender el Cerro Cásma, con la alegre sensación que de un momento a otro llegaremos a la ansiada cumbre de la Cordillera. El camino serpentea por entre un bosque de hermosos y altísimos árboles, entre los cuales distingo robles, encinos y cedros y se respira el vivificante aire de la montaña de altura. A las nueve y media llegamos a Cerro Pelón. Inadvertidamente el que escribe pasa sobre una pareja de culebras conocidas con el nombre de "Lora" a causa de su color verde encendido; el Gobernador que venía detrás de mí las mató con su bastón, en lo que no reparé por mi precipitación por acudir a la cima, desde donde nos llamaba el indio José. La "lora" tiene la piel de un bello color verde con manchitas amarillas, su cabeza es grande y triangular, el hocico redondeado, el cuello delgado y mide a lo sumo un metro de largo. Su veneno produce fuerte inflamación y la herida es a veces lenta para sanar.

Los arrayanes y otras plantas características de los páramos que cubren este cerro, hacen que se le diera el nombre de Cerro Pelón. Desde esta imponente altura, a los 360 grados a nuestro alrededor, contemplamos embelesados un mar infinito de apretadas copas de árboles, de las que emergen los siguientes montículos, picos y sierras: Al Este se mira una altísima sierra que se dirige al Noroeste que tiene una loma o mayor altura hacia el Noreste. Al Noroeste se divisan dos cerros redondeados, como dos inmensas cúpulas separadas entre sí por corta distancia, en la cual corren de la una a la otra dos sierras paralelas, siendo la del fondo más alta que la primera. Al Oeste-noroeste admiramos un imponente cerro, el Durika, sobresaliente de una sierra que al fondo se dirige al Noreste. Al Oeste se mira un cerro de gran altura del que se desprende una sierra próxima, que ascendiendo poco a poco se dirige al Sureste primero y luego al Este, para completar el círculo que hemos descrito alrededor de este mirador. Este último cerro al Oeste es Hákku y la sierra próxima que se desprende de él, es Celin-mumubetá que atravesaremos para comenzar a descender definitivamente la vertiente del Pacífico.

Desde este mirador o Cerro Pelón, donde me hallo observando, sacó en claro que el paso definitivo de una a otra vertiente, o mejor dicho el paso de la cumbre, no es un solo cerro pelón de naturaleza volcánica, más o menos extenso, cubierto de arrayanes, de zacate o de simple arena y roca, sino que está compuesto de dos cumbres separadas una de la otra, por una hoya u hondonada de



unos tres kilómetros de diámetro; tiene una cresta al Este: el Cerro Pelón en la vertiente del Atlántico y otra cresta al Oeste: el Cerro Hákku en la vertiente del Pacífico.

Descendemos por un trillo tortuoso y abrupto, que va por entre los arrayanes, siendo preciso pasar a veces casi a gatas y llegamos al fondo de la hoya, a las diez de la mañana, ahí se juntan las Quebradas Dvaó y Coeza que ya unidas corren al Norte. Con agua de estas dos quebradas y gastando el resto del mojoso que traímos, María y Cecilia nos prepararon un buen guacal de chicha para cada uno, con lo que celebramos el próximo asalto final de la Cordillera. El indio José Villanueva nos mostró un trozo de bejuco llamado *Tiririquicha*, seco y carnoso, que traía doblado en la bolsa, muy parecido a la corteza del gütite y del cual nos aseguró que machacado en agua, da una infusión tonificante y estimulante para la marcha.

A las diez y media tomamos rumbo Oeste-suroeste por el lecho de la *Quebrada Coeza*, chapaleando agua otra vez y remontamos su curso en busca de la cima anhelada. A las once de la mañana cuando el Gobernador mataba otra Pava negra que revoloteó entre la espesura de la orilla, pasó volando sobre nuestras cabezas a mucha altura, un avión pequeño de un solo motor, posiblemente un Cessna, aparentemente con rumbo al Este. Conjeturamos que podrían ser nuestros amigos Spacek o Vanolli, quienes nos ofrecieron volar alguna vez sobre nuestra ruta, tratando de observarnos.

Salimos de la quebrada tomando la derecha y escalando la montaña pasamos por un ojo de agua; nos advierten ser el último, pero nuestras cantimploras traen suficiente abastecimiento. A las once y media de la mañana llegamos a *Celim-munabetá* o sea el alto de la loma que mirábamos al Oeste; desde aquí vemos el imponente Cerro Durika al Noroeste. Nos damos cuenta que aquí es el límite entre la provincia de Limón y la de Puntarenas.

Comenzamos a descender una suave pendiente por un extenso bosquecillo de *Cañuela* (*Chusqueae* sp. plur.) de cuyos carrizos nos asomos de vez en cuando para no resbalar. Hemos abandonado el suelo húmedo y blando y pisamos ahora tierra reseca y dura. La vegetación aunque verde está completamente seca. El sol raya en lo alto en todo su esplendor sobre las copas de los robles y sopla un fuerte viento helado del Norte.

A las doce del día nos damos cuenta de que el cañuelar por el que hemos venido descendiendo, cubre la cresta de un estrecho lomo de tierra que se dirige al Suroeste y que a ambos lados hay dos grandes barrancos; subimos una pequeña elevación dentro del bosque de robles y nos muestra el guía a un lado del trillo una gran

roca. Este es el *Cerro Hákku*, el que señala el señor Pittier en su Mapa con una altura de 2657 metros sobre el nivel del mar. Al abrigo de esta roca suelen acampar las expediciones y los indios que transitan por esta vereda, pero nosotros decidimos proseguir el camino. El cerro Durika se observa desde aquí al Norte exactamente.

Una hora después, salimos súbitamente del bosque y desembocamos de pronto en la Punta superior de la Sabana (Fig. N° 8),

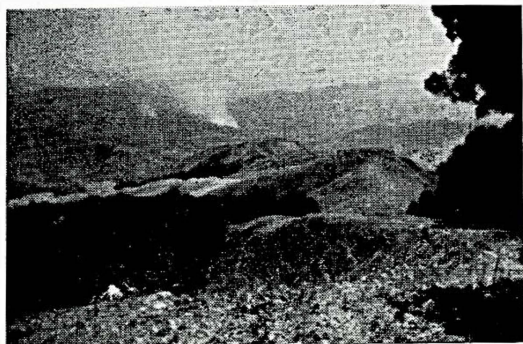


Fig. 8.—Vista desde la punta superior de la Sabana de Ulán hacia los llanos de Buenos Aires.

conocida también con el nombre de *Sabanas de Ulán o de Dolora*, y que es una sucesión de pequeñas lomas o cerros pelados, que desde aquí descienden abruptamente hasta el valle y que están llenas de piedras y recubiertas apenas de zacate. Por las crestas se distingue con claridad un angosto trillo amarillento que las cruza de Nor-noreste a Sur-suroeste, hasta alcanzar la llanura que se divisa allá a lo lejos. A ambos lados de esta sucesión descendente de lomas, corren en el fondo de inmensos barrancos las cabeceras de dos rumorosos torrentes: a la derecha el río Coeza y a la izquierda el Cuijec; se juntan al pie en la llanura, forman el río Chibugra, afluente del Río Ceibo, que atraviesa toda esta desolada región para caerle al Río Grande de Térraba, hacia el Sur de Buenos Aires.

Volviendo nuestras miradas hacia el Sureste contemplamos el *Cerro Utyim* o *Cruz del Obispo* con una altura registrada de 3078 metros; hacia el Noroeste, a nuestra derecha está el *Cerro Durika* con 3296 metros; hacia el Suroeste, por entre el humo de las quemas que cubre toda la extensión de la llanura, adivinamos a lo lejos el blanco y brillante cordón de espumas de la costa. Poco después del pie o Extremo inferior de la Sabana, donde el trillo se confunde con la llanura, divisamos el rancho del indio Ernesto Zúñiga uno de los ex-maestros de la señora Stone; también una inmensa quema de un potrero cercano que han encendido con el objeto de eliminar los charrales para que en el invierno renazca el pasto limpio de abrojos y matones. Los terrenos quemados se transforman al cabo de los años en un páramo desolado como el de esta Sabana; son estos terrenos comunales que usan los vecinos para echar sus ganados, pero ni esto ni las amenazas de las autoridades previenen a la gente de ejercer esta funesta práctica.

Comenzamos a descender a la una y media de la tarde, con el sol quemándonos de lleno la cara y con un viento helado del Norte azotándonos fuertemente; a ratos tuvimos que detenernos para que no nos derribara, dándonos cuenta que "el trillo" que seguíamos no era tal trillo, sino un descenso escabroso lleno de piedras y escalones que bajábamos en interminable gradería uno después del otro.

Cerca de las cuatro de la tarde llegamos al extremo inferior o Pinta de la Sabana de Ujarrás o de Dolora, a cuyo pie corre el río Chibugra; para refrescar nuestros adoloridos pies nos metimos en sus aguas.

En el primer rancho que encontramos habitan los indios Sebastián Ríos y su mujer Laura Díaz con sus hijas las guapas mozas Teresa, Genoveva y Fidelina; y Eduardo el hermanito menor; nos obsequian naranjas y nos informan que desde el domingo ha venido mucha gente a teparnos entre ellos Pablito Beita y Víctor Mayorga que subieron el domingo esta escabrosa sabana hasta la cumbre; los señores Tito Acosta, Director de la Escuela Indígena de Ujarrás, Laudencio Mora, Presidente Municipal de Buenos Aires, José Beita y otros más, quienes con vista de nuestro retraso, planeaban formar una expedición para ir a buscarnos.

Escogimos para acampar un bosquecillo cerca de un arroyuelo y con júbilo volvimos a instalar nuestro campamento. Tomamos nuestro baño de reglamento, esta vez echándonos el agua con un gual; comenzamos a preparar nuestra comida dentro de la tienda de campaña para defendernos del recio viento que aún soplaba. Llegaron a caballo don Tito y don Laudencio a invitarnos a continuar el viaje hasta Ujarrás y confirmando que habían planeado organizar una

expedición para ir en nuestra búsqueda. Les agradecemos todas sus atenciones, pero preferimos pasar la noche donde ya estábamos instalados; disfrutamos muy confortablemente nuestro descanso, enviando con el señor Mora a Buenos Aires, unos mensajes para que los trasmitiesen a nuestras familias avisando nuestra llegada sin mayor novedad, a este lado de la Cordillera.

#### 49.—DE CHIBUGRA A UJARRAS Y BUENOS AIRES.

*El miércoles 24* nos levantamos a las seis de la mañana y después de levantar el campamento procedo a repartir entre los alborozados indios nuestros cubiertos, jarros, platos, lonas, el resto de los obsequios que llevábamos, algunas ropas y comestibles. A las nueve de la mañana nos pusimos en marcha. Seguimos un trillo primero y luego un camino que sigue derechamente por la llanura donde alternan los potreros, los rastrojos y los bosquecillos. A las nueve y cuarenta pasamos por el hermoso rancho del indio Víctor Zúñiga. Apenas nos detuvimos para alabar la amplitud, brillante aseo y otras disposiciones de su rancho, así como el jardín cercado que cultiva a la par. A las diez de la mañana pasamos el río Ceibo, afluente superior del Diquís y cerca de las once llegamos a la Escuela de Ujarrás siendo recibidos por don Tito quien muy atento y ufano nos presentó los dos grupos de niños que estaban recibiendo lecciones. El y el otro maestro nos llevaron luego a visitar la extensa y bien cuidada huerta a cargo de los maestros, de un agricultor y de los mismos niños. Cada cual abona y cultiva su parcela. Los niños cantaron el himno de su escuela que compuso el propio don Tito, adaptándolo a una melodía popular puntarenense, y cuya letra dice:

#### HIMNO DE LA ESCUELA INDIGENA DE UJARRAS

Como franja de esperanza  
entre el Ceibo y la Sabana  
Ujarrás luce altiva  
su belleza singular.

Es el Ceibo tu hermosura  
se descansa entre el mangal  
allí canta el gallo alegre  
su canción primaveral.

Allí crece la hortaliza  
con esmero y con primor,  
la hortaliza que da vida  
da salud y da vigor.

En tus lares Ujarrás  
la salud encontrará  
quien cultiva su huerita  
y trabaja sin cesar.

Llegó don Laudencio cabalgando un brioso corcel, pues su oficio es amansar caballos finos y enseñarles el paso, tomamos algunas fotografías y don Tito nos sirvió en su casa un delicioso almuerzo preparado por su señora.

A la una salimos a caballo para Buenos Aires en compañía de los señores Acosta y Mora, mientras que los indios nos precedían a pie, y a la una y cuarenta minutos pasamos el caudaloso río Ceibo con agua hasta la panza de las bestias. El río está atravesado en este lugar por un puente de hamaca de tres cables de acero, del mismo estilo que el puente Tsá, de bejucos sobre el Coen. Nos encontramos en el camino a los señores Ovidio Bustamante, Leonel Garita y Esteban Villanueva, quienes vinieron a toparnos a caballo para acompañarnos hasta Buenos Aires.

A las dos y veinte de la tarde entramos a visitar ligeramente la finca del norteamericano señor Jorge Brundaje; admiramos las disposiciones prácticas con que la ha acondicionado, su secadora y descascaradora de arroz, el gran tanque de almacenamiento de agua potable y su campo de aterrizaje. Fuimos obsequiados finamente con una taza de café por doña Josefa, su activa y gentil señora. Nos despedimos y prosiguiendo la marcha, desfiló nuestra ya apreciable cabalgata por las calles de Buenos Aires a las tres y media de la tarde.

Nos encaminamos a la Jefatura Política del lugar, siendo recibidos por los señores Pío Quinto Araya Gómez, Jefe Político, y don Guido Barrientos, Director Técnico de Escuelas Indígenas, con asiento en Salitre, y otros empleados públicos de la localidad.

Reunimos a los indios en la oficina de la Jefatura y después de expresarles nuestro agradecimiento por sus servicios, les pagamos a cada uno a razón de cinco colones por día, según habíamos discutido y acordado en nuestro último Campamento en Chibugra. A Cecilia y a María les obsequiamos quince colones, además de una moneda de un dólar con que el Gobernador obsequió a cada uno de ellos, incluso a los indios, con lo que se dieron por bien recompensados. Se les entregó a cada uno de ellos una tarjeta escrita a máquina que decía:

#### **ATENCION PREFERENTE:**

Por cuanto el señor XX prestó valiosos servicios a la Expedición de Talamanca a Buenos Aires, que organizó esta Gobernación, se le concede por la presente para él y su familia, atención preferente en los servicios médicos y despacho de medicinas que se organizará próximamente en la región de Talamanca. Firmado: Alfonso Portocarrero, Gobernador.—Lic. Mainrad Kohkemper, Secretario ad-hoc."

Esa tarde fuimos invitados a comer a casa del Jefe Político, hospedándonos en un cuarto contiguo a la Jefatura y durmiendo los indios en el siguiente. Desde por la tarde fueron éstos a hacer sus compras a los negocios del pueblo, regresando gozosos a mostrarnos las ropas y demás adquisiciones. Al día siguiente se despidieron de nosotros, con grandes muestras de cariño, formulando votos para que volviéramos a Talamanca.

#### 50.—CONCLUSION:

*El jueves 25 de marzo* teníamos dispuesto visitar Térraba y dormir en Boruca; el viernes 26 tomar en el embarcadero de Lagarto un bote que nos condujera por el Río Grande de Térraba, río abajo a Palmar; para esto el Gobernador envió un radiograma al Gerente de la Compañía Bananera en ese lugar, solicitándole hospedaje. Se envió otro mensaje a la Lacsá haciendo reservaciones para volar desde ahí, el sábado, a San José.

Pero sucedió que durante la siempre complicada y retardada operación de coger las bestias del Resguardo que íbamos a ocupar, el Gobernador leyó los periódicos y se enteró de la peste de poliomielitis que azotaba San José. Preocupándonos mucho la suerte de los nuestros, en cuestión de minutos se decidió alterar nuestros planes; tomamos un avión de "Aerovías del Valle", manejado personalmente por su propietario el Dr. Fernando Cruz y salimos de regreso para San José. Al hacer escala en El General, saludamos a la Dra. Sonja P. Karsen y al Profesor Max H. Miñano García, funcionarios de la Unesco adscritos al Ministerio de Educación Pública, que allí se encontraban de paso en estudios de su ramo. A las diez y cincuenta minutos nos elevamos nuevamente y a las once y media de la mañana llegamos felizmente a San José, con la satisfacción de la memorable expedición realizada.

San José, 1º de noviembre de 1954.









MINISTERIO DE  
CULTURA Y JUVENTUD

GOBIERNO  
DE COSTA RICA

MUSEO NACIONAL  
DE COSTA RICA

Biblioteca Héctor Gamboa Paniagua  
Museo Nacional de Costa Rica  
Documento digitalizado de la versión impresa

Se permite copiar y distribuir este material solo sin adaptarlo, solo con fines no comerciales y siempre que haga atribución a su creador.

